Jordi Sierra i Fabra

Mascarell, con elle

Después de *Cuatro días de enero*, llega la novela de Mascarell en el Valle de los Caídos.



PLAZA JANÉS

Jordi Sierra i Fabra

Mascarell, con elle



PLAZA JANÉS

A los que estuvieron allí.
A los muertos por dar su vida.
A los vivos por resistir

Día único

Miércoles, 1 de abril de 1964

1

Le gustaba la primavera.

Odiaba el frío, porque lo asociaba, primero, con lo más duro de la Guerra Civil y, segundo, con los años preso en el Valle de los Caídos. Prefería el verano, aunque a veces el calor le agotara. No se sentía cómodo con el otoño, tiempo de nostalgias. En cambio, en primavera todo era luz, color, parques verdes y brotes de amor por todas partes.

Ah, el amor…

Miquel Mascarell bajó el periódico y miró a la gente. Era día laborable, por la mañana, pero aun así pensó que el amor flotaba en el aire. Una pareja que lo acababa de descubrir por allí, un matrimonio que lo seguía masticando despacio por allá, y hasta dos ancianos cogidos de la mano que paseaban al sol por el mismo centro de la plaza de Cataluña.

Esbozó una sonrisa.

La pareja de ancianos rondaría los setenta años.

—Anda que si éstos son ancianos… —pronunció con ironía.

El 28 de diciembre pasado, Patro y Raquel le habían organizado una gran fiesta sorpresa para conmemorar sus ochenta años.

Ochenta.

Como para no creérselo.

—Y aquí estamos —volvió a decir en voz alta.

Cada vez hablaba más consigo mismo. Y no sabía si eso era bueno o malo. No se atrevía a comentárselo al médico, no saliera con darle potingues, diagnosticarle demencia senil o soltarle cualquier tontería de las suyas, porque los médicos, pasada cierta edad, lo que más hacían era curarse en salud: «Cuídese, coma sano, tome verduras y fruta, controle la sal, ojo con el azúcar, haga ejercicio, camine un rato cada día, no fume, reduzca el consumo de alcohol…».

—Doctor, que nunca he fumado ni he bebido.

—Ah, bueno.

Y buscaba cualquier otra cosa para prohibirle.

El caso era que hablar en voz alta y para sí mismo le tranquilizaba: eso quería decir que estaba vivo.

Le echó un vistazo al reloj. Todavía era temprano. Había días que devoraba el periódico de cabo a rabo, leyendo hasta lo que menos le importaba. Pero otros días, solo con ver la portada, ya tenía ganas de dejarlo.

Aquél era uno de esos días.

«25 Años de Paz».

¿En serio?

—De paciencia, eso es lo que deberíamos celebrar, porque otra cosa…

Parecía que iba a ser el lema oficial del año. Un conejo sacado de la sagaz chistera franquista. 1964, veinticinco años después del final de «la Cruzada». Aquí paz y luego gloria. Todo lo iniciado en 1959, con el Plan de Estabilización como bandera, cuajaba por fin en una efeméride destinada a causar el asombro del mundo.

—Me gustaría ver qué dicen de nosotros —rezongó.

Bueno, la visita de Eisenhower en diciembre de 1959, cuatro días antes de Navidad, había blanqueado definitivamente al régimen, consolidando aquello de ser «la reserva espiritual de Occidente». Ya no había vuelta atrás. Algún día Franco moriría en la cama y a muchos de los supervivientes se les caería la cara de vergüenza.

—Tú ya no lo verás, hombre.

Según Patro, llegaría a los cien.

En este caso…

No pudo evitarlo, sus ojos bajaron de nuevo al periódico. Como si naufragaran en un mar alborotado, acabó leyendo aquellas líneas.

> España, crisol del resurgir de una civilización, cristiana, devota, única, debe a su Excelencia el Generalísimo no solo estos 25 años de concordia entre todos los españoles dignos de llamarse así, sino el habernos dado una luz, una guía, el glorioso estandarte que ha de conducirnos por los años, los siglos venideros. Venciendo al comunismo, a las hordas rojas que un día pretendieron pervertir la conciencia de toda una nación sin conseguirlo, el Caudillo sentó las bases que hoy el mundo entero contempla con admiración y envidia. Y decimos «envidia» sin sonrojos y sin que se nos llene el alma de aspavientos, porque basta con mirar cuanto nos rodea allende nuestras fronteras y los mares para sentirnos unos privilegiados que vivimos el momento más sublime de nuestra historia. Un momento que perdurará en los anales de una España que se rinde admirada y gozosa porque la Providencia puso en nuestro camino, y en la hora más tenebrosa, al hombre capaz de empuñar la Santa Espada de la Verdad y conducirnos hasta este presente envueltos en esa paz que tanto necesitamos y hoy nos desborda como un Arco Iris de Luz.

Paró de leer.

No dejaba de admirarse por la retórica franquista, densa, abigarrada, barroca. A los articulistas debían de pagarles por

palabras elogiosas, y cuanto más rebuscadas, mejor. ¿Santa Espada de la Verdad? Bueno, ya había visto algún cuadro con él convertido en santo y empuñándola, sí.

Lo de que el mundo entero estaba poco menos que pasmado ante los grandes logros y méritos del franquismo le hizo sonreír con pena. Recordó aquella frase de un libro infantil, de catequesis o de adoctrinamiento, no estaba seguro: «Pudiendo ser español, ¿para qué ser otra cosa?».

Tenía suficiente por una mañana, por un día.

Se levantó y echó a andar rumbo a casa.

Tranquilo, muy tranquilo.

Patro quizá tuviera razón y llegase a los cien. Y, si no a los cien, al menos hasta los noventa. ¿Seguiría aguantando Franco? A lo peor le embalsamaban y momificaban antes de enterrarle en el Valle. ¿No dormía su mujer con el brazo incorrupto de santa Teresa al lado? Todo era posible en una España festiva y alegre que tenía a Dios de su lado y celebraba desde ese día sus 25 Años de Paz.

Salió del centro de la plaza de Cataluña, enfiló el paseo de Gracia hacia arriba y se mantuvo a resguardo del sol hasta la calle Consejo de Ciento. La prefería antes que la calle Aragón, por donde, en las vías soterradas, pasaba el tren que llenaba de humos toda la zona. Al llegar al cruce con Gerona subió los dos últimos tramos del Ensanche hasta su casa, en la esquina de Gerona con Valencia. No era un paseo excesivo, pero la leve subida del paseo de Gracia siempre le pasaba factura, así que se notó cansado y con ganas de sentarse en su butaca, en la galería, desde donde también se apreciaba la primavera, aunque fuese viendo el interior de la isla formada por las cuatro calles de cada manzana del Ensanche.

La garita de la portera estaba cerrada. La hija no era mejor que la madre en este aspecto. Subió hasta el piso y abrió sin hacer ruido, como era su costumbre, aunque ya no sabía por qué la mantenía. Patro estaba en casa. Después de pasarle el control de la mercería a Teresina, disfrutaban de más tiempo juntos. Además, Raquel ya era mayorcita.

Patro apareció por el pasillo.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el paseo?

Estaba seguro de que, por más veces que le hiciera la misma pregunta, siempre le resultaría hermosa, llena de vida. Como lo estaba su mujer, que a los cuarenta y tres años seguía pareciendo que tenía los dieciocho del día que la conoció, en enero del 39, o los veintiséis de su reencuentro, en el verano del 47.

—Bien, bien.

El mismo ritual, el beso. La misma sonrisa. A veces, en los días funestos, regresaba a casa y pensaba que Patro ya no estaría allí. No porque se hubiera cansado o se hubiera enamorado de otro más joven, sino porque quizá lo hubiese soñado todo.

Un sueño más en aquellos años preso en el Valle.

—Mira. —Le tendió el periódico.

—¿Qué es eso de los 25 Años de Paz? —Levantó las cejas.

—¿Qué te parece con lo que nos salen ahora? —expresó él con fastidio—. Se ve que los fusilados hasta el 52 no cuentan. O sí, porque, desde luego, para ellos sí llegó la paz. A la fuerza y con un tiro, pero paz al fin y al cabo.

—Venga, no te hagas mala sangre. —Patro dejó el periódico sobre la mesita de la cocina—. ¿Vas a leer un rato?

—Sí, claro.

—Yo me pasaré por la mercería por la tarde, a ver cómo le va a Teresina.

—Tranquila, que la lleva bien.

—Sí, ya lo sé. Pero le gusta verme por allí. Así charlamos un rato. —Recordó algo de pronto—. Ah, ha llamado Amalia, que vendrán a comer el domingo ella y David.

—¡Vaya por Dios!

—¡No te quejes! ¿Serás malo?

—Mientras él no me líe… Porque ya sabes cómo es.

—¿Cuánto hace que no te lía, Miquel?

—Ya, sí, vale. —Le lanzó una mirada escéptica.

David Fortuny no había cambiado con los años. Seguía siendo el mismo superviviente ambicioso y oportunista de siempre. Ni felizmente casado con una comunista más roja que un tomate, había conseguido cambiar sus «simpatías» por el régimen. Aunque de lo que se trataba era de vivir y dejar vivir.

Seguro que discutirían por lo de los 25 Años de Paz.

Faltaba mucho para el domingo.

Se quitó la chaqueta en el dormitorio, se descalzó, se puso un jersey ligero y unas zapatillas. Después pasó por el baño para aliviarse. Una vez hechas las paces con su cuerpo, se sentó en la butaca, alargó la mano y cogió la novela que estaba leyendo. Era un poco farragosa, pero lo tenía muy enganchado: *El manantial*, de la escritora rusoamericana Ayn Rand. La película de Gary Cooper y Patricia Neal también le había parecido soberbia. Por eso leía el libro.

Ni siquiera tuvo tiempo de deslizar los ojos por las primeras líneas del capítulo cuando escuchó el timbre de la puerta.

¿Una vecina? ¿La portera? Se despreocupó al escuchar la voz de Patro diciendo:

—¡Voy!

Volvió a concentrarse en la novela, el hijo de puta de Ellsworth Tohey decía que los hombres como Howard Roark resultaban peligrosos, porque eran diferentes, y la diferencia no tenía cabida en un mundo regido por la vulgaridad. La perversidad de la filosofía de vida del crítico chocaba con el poder de la libertad del protagonista.

Fascinante.

Apenas si escuchó que Patro hablaba con alguien en el recibidor.

Apenas si percibió el suave tono del hombre.

Apenas notó los pasos de su mujer, por el pasillo, hasta que entró en la galería, se detuvo y se le quedó mirando.

Miquel levantó la cabeza.

—¿Quién es?

—No sé. —Patro estaba seria—. Dice que se llama Argimiro Campoamor y que es amigo tuyo.

A Miquel le atravesó una descarga eléctrica.

Casi de inmediato, el frío.

El rostro de estupefacción.

—¿Qué te pasa? —se asustó ella—. ¿Le conoces?

—Dios… —Tragó saliva.

Dejó el libro sobre la mesita y se levantó de un salto, con la olvidada agilidad de los veinte años.

—Miquel…

—No puede ser… —balbuceó—. Es… imposible.

Salió de la galería con el paso vivo. Llegó al pasillo y, a la mitad, parado en medio del recibidor y mal iluminado por la lamparita del

techo, le vio.

Y le reconoció.

A pesar de los años.

A pesar de los cambios.

Porque cada día en el Valle de los Caídos había sido como vivir una pequeña gran vida de veinticuatro horas marcada por el miedo, la angustia, la soledad, el amargo sabor de la derrota y las pérdidas irremediables de Quimeta y Roger.

—¿Campo?

—¡Mascarell!

Se encontraron y se abrazaron. Se dieron golpes en la espalda con una energía demoledora. Y solo entonces, mientras Miquel cerraba los ojos y se dejaba llevar por la emoción, su visitante se vino abajo y comenzó a llorar.

A llorar como si llevase toda la vida sin hacerlo y por fin hubiese abierto las compuertas de su alma.

2

Estaban sentados en la galería, el visitante con un vaso de agua en las manos. Ya no temblaba. Ya no lloraba. Ya no decía tacos, porque se había pasado un buen rato gimiendo: «¡Joder! ¡Coño, Mascarell, coño! ¡Hostia puta!» y demás lindezas. Lo que hacía era mirar a Miquel como si viera a un fantasma, sin darse cuenta de que Miquel le miraba a él de la misma forma. Después de las presentaciones y de atenderle, Patro los había dejado solos, no sin asegurarse antes de que su marido estaba bien.

De pronto, con un mundo por contarse, estaban callados, sin atreverse a hacerlo, sin que ninguno diera el primer paso.

Solo aquellas pequeñas exclamaciones, de nuevo, y ahora por parte de los dos.

—Joder, Mascarell…

—Coño, Campo…

Era como abrir dos enormes compuertas por las que caían a borbotones los recuerdos de los peores años de sus vidas. Mascarell y Campo, aunque a Miquel le llamaban de muchas formas. Era «el policía» y estaba en las oficinas, mientras que Argimiro Campoamor, mucho más joven, trabajaba en la explanada, para su suerte, sin jugarse la vida barrenando o picando piedra en el largo túnel de la cripta.

Finalmente…

—¿Cómo estás?

—Bien, bien, ¿y tú?

—Ya ves. —Miquel abarcó la galería y, más allá de ella, la misma Barcelona.

—¿Cuándo te soltaron?

—En julio del 47.

—¿El 47? ¡Jesús!

—Una larga historia.

—Pero al menos, al final, no te fusilaron.

—No, ya ves. Con el paso del tiempo incluso me acostumbré a vivir con esa espada de Damocles sobre la cabeza.

—Yo no sé si habría podido.

—Uno se acostumbra a todo.

—Me contaste que a ti, en la cárcel, antes de enviarte al Valle, simularon fusilarte un día, ¿verdad?

—Una pequeña broma.

—¡Tú y tu sentido del humor! ¡Muy serio, muy serio, pero mira que a veces eras sardónico, amigo mío!

—¿Qué hiciste cuando te dejaron libre? —Desvió la conversación para no recordar el día de su falso fusilamiento.

—¡Imagínate! —Argimiro Campoamor subió y bajó los hombros en un gesto que podía significar cualquier cosa. Dejó el vaso de agua, ya vacío, en la mesita, junto al libro—. Fue a comienzos de enero del 45, ¿recuerdas? Yo sí porque hacía un frío que pelaba, oye. Como que los sabañones de las manos apenas si me dejaban cerrarlas para coger bien el maldito pico.

—Pero tenías familia.

—Sí, claro, aunque… ya me dirás. No sé ni cómo llegué al pueblo, cerca de Huesca. Mi padre, fusilado; mi madre, loca; mi hermana insultada por todas partes por ser hermana, viuda e hija de tres rojos… Una delicia. Hasta mis sobrinos me tenían miedo y me preguntaban dónde guardaba el rabo, porque les habían dicho que éramos el diablo. —Tomó aire—. No fue nada fácil, así que al final me fui y trabajé aquí y allá, haciendo de todo. En Zaragoza conocí a mi mujer y, aunque las pasamos canutas, nos casamos. Tengo una niña de diez años.

—Enhorabuena.

—Cuando conseguí asentarme un poco, gracias al padre de mi mujer, todo hay que decirlo, las cosas empezaron a ir mejor. El señor Martín, mi suegro, tiene una pequeña empresa de maquinaria. Por eso estoy aquí, en Barcelona. He venido por unos asuntos y…

Pareció que se volvía a emocionar.

—¿Me has buscado?

—Otro superviviente del Valle, el Mosca, me dijo que te había visto un día caminando por Barcelona. Le dije que no podía ser y él insistió, que sí, que sí, que te habría reconocido a un kilómetro porque estabas igual. Bueno, sabía que tú habías sido policía, que tenías mucho apego a tu ciudad, y supuse que andarías por aquí. Aprovechando el viaje he ido a tus antiguas señas, en la calle Córcega. Solías hablar de tu casa, del barbero en una esquina, de la carbonería en la otra, de la vaquería delante, y no he tenido problemas en encontrarla. La portera me ha dicho que ya no vivías allí, y me ha dado las señas de una mercería, muy cerca. En ella me ha dicho una mujer muy amable que vivías en este edificio. Así que

ya ves: aquí estoy —acabó la explicación—. ¿Y tú qué? ¿Qué hiciste al salir?

—Pues eso: volverme a Barcelona y tratar de empezar de nuevo, de cero, porque ya no tenía nada ni a nadie. Era…, es mi ciudad, y, más allá de lo que pase en estos años, ella siempre es más fuerte que todo lo que pueda envolverla o sucederle.

—Sí, también eras «el catalán».

—Todos teníamos algún apodo.

—Tú tenías varios: inspector, poli, catalán… ¡Incluso *Mascarel*, sin la elle!

—No me lo recuerdes.

—¿Esa señora que me ha abierto la puerta…? Tu hija no será, porque solo tenías un hijo y me dijiste que murió en el Ebro.

—Es mi esposa.

Argimiro Campoamor abrió los ojos hasta el límite.

—¿Esa señora tan guapa…, y perdona que te lo diga, es tu mujer?

—Sí.

—¡Válgame el cielo! —No le ocultó la estupefacción—. ¿Cómo…?

—Si vas a preguntarme cómo es posible que un viejo carcamal como yo encontrase a alguien como Patro y la convenciese de casarse conmigo, mejor te callas —le previno fingiendo ponerse serio.

—¡No, no, no quería decir eso! —se excusó el hombre—. ¡Es solo que allí, en el Valle, tú eras… como una sombra, aplastado por los recuerdos. ¡Si hasta le escribías cartas a tu difunta mujer!

—Sí.

—¡Cartas contándole lo que hacías, lo que pensabas…!

—Era una manera de tenerla viva. —Abrió una mano en el aire—. Y tal vez de engañarme a mí mismo. Así me mantenía cuerdo.

—Pues le escribiste muchas. Te pasabas el tiempo que podías haciéndolo, o eso se comentaba. Yo lo veía a menudo. Y… ¿has dicho que se llama Patro? —No esperó la respuesta—. ¿Ella sabe tu pasado?

—Claro.

—¡Qué suerte, bribón!

—La conocí en los últimos días de la guerra. Le salvé la vida. Cuando regresé, me la encontré y… Bueno, éramos dos mitades de algo. ¿La diferencia de edad? A la mierda con eso. Lo que habíamos sufrido ambos no estaba escrito. Y la tortura seguía, así que… Primero vivimos juntos, para no estar solos, yo como realquilado, porque ésta era su casa. Luego nos enamoramos, pero de verdad, Campo, de verdad. Necesidad aparte, nos enamoramos. —Pareció emocionarse, aunque se contuvo—. Por eso hemos construido algo tan sólido y bonito.

—Pues ni te imaginas lo que me alegra escucharte decir todo eso, Mascarell. Si alguien se merecía sobrevivir, ése eras tú. Con lo que aguantaste allí y lo mucho que hacías por los demás…

—No tanto.

—¡Pues claro que sí! Cuando se está en el infierno, una pequeña brisa de aire fresco es importante. El día menos pensado, algo así puede ser la diferencia entre vivir o morir. ¡Tú eras grande!

—No, Campo, no, en serio.

—¡Hacías favores! ¡Callabas jugándotela!

—A veces era fácil engañarlos.

—Sí, ya —aseguró Argimiro Campoamor.

—No éramos más que escoria.

El hombre se quedó un momento serio. Su cabeza iba y venía del pasado al presente. Se sintió un poco abrumado, una vez más, porque dijo de manera muy expresiva:

—¿Quién nos iba a decir que, después de tantos años, estaríamos vivos, casados y hablando aquí como si tal cosa, tan felices?

Miquel pensó en los 25 Años de Paz.

—Pues sí. —Sonrió—. Casados y padres. Yo también tengo una hija.

—¿Qué me dices?

—Aún me quedaban balas. —Le guiñó un ojo—. Se llama Raquel y nació en marzo de 1951.

—¡Encima tienes una hija de trece años! —Se golpeó las rodillas con las palmas abiertas—. ¡Te lo dije aquel día!

—¿Qué me dijiste?

—¿Lo has olvidado?

—No sé, hablábamos mucho; tú, Buendía, yo…

—¡Nicanor Buendía, sí! —Casi gritó—. ¡Le faltaba el brazo izquierdo y, aun así, trabajaba por dos, ¡menudo elemento! Él sí murió.

—Sí. En la Navidad del 44, poco antes de irte tú.

—Buendía decía que, mientras uno solo de nosotros resistiera y sobreviviese, eso sería una derrota para Franco, porque no podría matarnos a todos.

—Buendía era todo un anarquista.

—Pues yo te dije un día que, si te dejabas morir, ya nadie iba a recordar a tu mujer y a tu hijo, y que tenías que vivir por ellos.

Necesitabas volver a casa y visitar su tumba, encontrar la de tu hijo…

—La encontré.

—¿SÍ? ¿Cómo?

—Uno de sus compañeros me habló del lugar donde fue enterrado al caer en el Ebro. A fines de 1948, después de meterme en un lío tratando de encontrar a un desaparecido, decidí que ya era hora de buscarle, y lo hice en primavera de 1949.

—¿Lo ves?

—Y no es que me dejase morir. En el Valle todos teníamos días malos, Campo. Fueron muchos años, al final se me hizo monótono. Yo fui de los primeros en llegar, en 1940. Siempre digo que pasé ocho años y medio allí, pero en realidad fueron siete y medio. El primero…, ya sabes, la cárcel, la sentencia de muerte… Sin embargo, lo asocio igualmente al Valle, porque, entre que me detuvieron y fui allí, todo se volvió brumoso, como si tuviese la mente en blanco y, simplemente, me dejase llevar, sin ser consciente de apenas nada. Por eso hablo siempre de ocho años y medio. El Valle empezó el primer día de mi cautiverio.

—Pero la mayoría éramos jóvenes: veinte, treinta, cuarenta años. Y trabajábamos como obreros, sindicalistas, campesinos… No había muchos con estudios, y todavía menos con algo como lo tuyo: inspector de policía. Eso imponía mucho. Incluso a ellos.

—No a todos. El sargento Peláez tenía la mano muy ligera.

—Hijo de puta… —Volvió a algo que acababa de oír poniendo cara de preocupación—. ¿En qué clase de lío has dicho que te metiste en el 48?

—No dejé de ser «poli», ¿sabes? —bromeó Miquel—. No sé cómo acabé de cabeza en un montón de investigaciones, no solo en el 47 o el 48, jugándome la vida, porque si me pillaban… Casos, misterios, queriendo o sin querer… Hasta trabajé como detective privado muchos años, en una agencia.

—¡Si es que no puedo creerlo! —exclamó Argimiro Campoamor—. ¡Tú eres un tanque, amigo mío! ¡Detective! ¡Y con un montón de años a tus espaldas!

—Eso se lleva en la sangre.

—Pues mira, en parte siempre he querido ver si estabas vivo y buscarte también por una razón. ¿Adivinas cuál?

—No.

—Gabriel Cisneros.

Miquel Mascarell trató de que no se le notase, pero hubo un destello en sus ojos y un leve gesto se dibujó en las comisuras de sus labios.

—El Cisne —dijo.

—Llevo todos estos años queriendo saber qué pasó. —Miró fijamente a Miquel y agregó—: Tú supiste quién le mató, ¿verdad?

—¿Yo?

—Venga, hombre, que ha pasado ya una eternidad —insistió su visitante—. Te encargaron que lo investigases, porque ellos se tropezaron con un muro de silencio, y me consta que lo hiciste y te lo tomaste muy a pecho.

—Un asesinato siempre es un asesinato. Pero, si no recuerdo mal, todavía estabas allí cuando les dije que no había averiguado nada, que era imposible porque nadie hablaba.

—Y no me lo creí, Mascarell.

—¿Por qué?

—Porque eras un águila, e, incluso en aquella miseria espantosa y siendo esclavos, a nadie se le escapaba que habías sido el mejor inspector de policía de Barcelona. O eso se decía, y, si se decía, es que era verdad. Tuviste que descubrir a su asesino, pero no sé por qué te lo callaste. Y como casi de inmediato a mí me liberaron…

Miquel bajó la cabeza.

Era curioso, a veces el pasado reaparecía, inesperadamente, como un corcho regresando a la superficie del mar desde las profundidades. Y, por la misma razón, a veces uno no quería enfrentarse a él, mientras que en otras…

Veinte años después.

Otoño-invierno de 1944.

—Vamos, hombre, ¿lo averiguaste sí o no? —Se inclinó hacia delante Argimiro Campoamor, expectante.

Miquel contó mentalmente hasta tres.

—Sí, lo hice. —Suspiró—. Y le juré que nunca lo contaría.

—¿Por qué?

No hubo respuesta.

No la tenía.

O sí.

Valle de los Caídos

Octubre-noviembre de 1944

3

Carta

Querida Quimeta:

Hace mucho que no hablo contigo, y creo que ya es hora de que lo haga, al menos para ponerte al día y que sepas que estoy bien. ¿Recuerdas que al cumplir los cincuenta, en el 33, dijimos que haríamos una gran fiesta cuando llegase a los sesenta? Pues ya ves, fue en diciembre pasado. Ahora, dentro de casi nada, cumpliré los sesenta y uno. A veces siento que estoy muerto en vida, y otras que estoy vivo a pesar de toda esta muerte.

Ha empezado a hacer frío. Antes de hora. Qué corto ha sido el verano. Ya sabes lo mal que llevo yo eso del frío. Comienza el otoño, a las puertas de mi quinto invierno en este lugar, y sé lo que me espera. Pero ya ves, pensé que no pasaría del primero, ni luego del segundo. Y aquí sigo.

Las cosas no han cambiado mucho. Éstos no se relajan nunca. Cada día cuentan a los presos seis veces, al comenzar y al acabar el día, en los tajos y en las comidas. Lo hacen los de confianza. Nadie se ha escapado, pero ellos siguen

desconfiando. Sería un desastre, una mancha, que alguien se evadiera. A primera hora ya estamos todos en nuestros puestos. Salimos a trabajar a las ocho. Yo continúo en las oficinas. Bueno, llamarlo «oficinas» es mucho. Se trata de un cuartucho lleno de papeles y archivos. Duermo al lado. Todo un privilegio. Y no es por la edad. Es solo por mi trabajo, pesado y burocrático, me paso el día mandando informes, revisando los expedientes de los presos que van y vienen, y controlando lo que llega o sale. En el fondo sé que he tenido suerte. Si vieras cómo están todos los que barrenan, pican piedra o entiban en el túnel… La silicosis está matándolos. Si no mueren aquí, lo harán en unos pocos años. Los que mejor están son los de la carretera.

Me gustaría contarte cosas. Aquí hay tres destacamentos, o grupos diferentes de trabajo. Los que construimos la cripta, los que hacen el monasterio al otro lado y los que están acabando la carretera de acceso. La empresa encargada del túnel y la cripta es San Román, una filial de Agromán. Yo no sé si Franco sabía lo dura que es la roca del Risco de la Nava, Cuelgamuros, cuando, iluminado, escogió este lugar para su faraónica obra, pero lo es, y mucho. A veces ni los barrenos ni los martillos neumáticos ni la misma dinamita hacen algo más que arañar el interior de ese túnel. Los que estamos aquí somos los presos de verdad. En la carretera los hay con sus mujeres y sus hijos, viviendo en chabolas hechas con piedras y ramas. La carretera la construye un tal Banús, que dicen que es generoso y da dos reales más de su bolsillo a los que trabajan allí. Y del monasterio, al otro lado, se encarga Molán, aunque no sé cómo

están. Imagino que mejor. Una cosa que sí agradecemos es que la guardia civil no entra en el Valle. Están por ahí, pero no en el Valle. A muchos, ya lo sabes, la guardia civil les da miedo. Hay un jefe de servicio, tres oficiales de prisiones, y los obreros escogen a su jefe de grupo, que cuentan a los que van a trabajar a la salida y la vuelta. El toque de oración es sagrado. Y apagar las luces tras el de silencio. Los domingos no hay recuento a mediodía, porque vamos a misa. A los que vienen de abajo, de la carretera, les dan unos vales que han de devolver a unos guardias al salir de misa, así controlan que nadie se escaquee de esa obligación.

Esto que ahora se empeñan en llamar Valle de los Caídos siempre había sido Cuelgamuros, y antes, en el siglo XIX, era el Pinar de Cuelga Moros, vete tú a saber por qué, aunque lo imagino. Franco quedó impresionado por el lugar cuando buscaba un emplazamiento para esto, y, aunque está cerca de Madrid, la distancia se hace enorme para las familias que acuden de visita los domingos. Han de tomar un autobús de La Tabernera que hace el recorrido Madrid-San Lorenzo de El Escorial, y que sale de la calle Hartzenbusch (menudo nombre para pronunciarlo), cerca de la glorieta de Bilbao.

Cuando llegué aquí redimías dos días de pena por cada uno de trabajo. El Patronato para la Redención de Penas por el Trabajo lo cambió el año pasado hasta los seis por cada uno de trabajo. Ahora finalmente la regla es que por cada dos días de trabajo redimes tres de condena. Cuando tienes una sentencia de muerte, eso no significa nada. Pero algunas las están pasando a treinta años. Tampoco parece mucho. Sin embargo,

con suerte, tras diez años algunos ya saldrán libres. Si la condena es menor, con más suerte serán libres pasados cinco, siete…

Por cierto, ¿sabes cuál es el lema de los campos de trabajo? «La disciplina de un cuartel, la seriedad de un banco y la caridad de un convento». ¿Qué te parece?

Al comienzo nos pagaban, es un decir, dos pesetas al día. De ellas, el Estado se quedaba una peseta con cincuenta céntimos en concepto de manutención. Y nos daban los cincuenta céntimos restantes para nuestros gastos. Tenemos una cantina y un economato. A los casados se les pagaban dos pesetas más, destinadas a la esposa, y una peseta extra por cada hijo menor de quince años. Ese dinero se les enviaba allá donde estuviesen. Me pregunto cómo se podía o se puede vivir con esto, cuando el salario medio era, y aún creo que es, de unas catorce pesetas. Bueno, no tengo ni idea de cómo está ahora. Claro que, como sabes, con el fin de la guerra resultó que todos los matrimonios civiles realizados durante la Republica no se consideraron válidos, así que no todas las «esposas» perciben ese dinero.

Lo amargo es que ese mismo Estado «nos vende» a las constructoras que hacen las obras por un poco más de diez pesetas. Así que somos un negocio. El organismo de Regiones Devastadas quiere reconstruir España, y como se supone que la destruyeron los republicanos… Por lo visto, lo de las dos pesetas iniciales se le ocurrió a uno de esos ideólogos surgidos de la «Nueva España», un tal José Pérez del Pulgar, un sacerdote. Pero, como todo, se lo han atribuido a Franco. Ese hombre tiene

una mente tan excepcional que está en todas partes y piensa en todo a la vez.

Quimeta, se dice «oficialmente» que hay de trescientos a cuatrocientos mil presos políticos excombatientes en España, pero algunos pensamos que debe de haber más, por las represalias y las persecuciones indiscriminadas. Quizá seamos medio millón, quizá seiscientos o setecientos mil. No sé si hay balas para fusilarnos a todos, ni obras públicas para esclavizar al resto. El día que me fusilaron falsamente en la cárcel, se rieron mucho. Yo los miré a la cara. Algunos eran muy jóvenes. Por eso a veces pienso en esos jóvenes que, día tras día, han de matar de verdad a personas en los paredones o las tapias de todo el país. ¿Pueden dormir después, por mucho que estén matando alimañas, como les dicen sus superiores? Según se sabe, en la guerra, a los de los pelotones de fusilamiento les daban una copa de coñac para adormecerlos, o alegrarlos, como si fuera una recompensa. Me han dicho que solo en Madrid hay unas veinte cárceles y cada día se celebran media docena de consejos de guerra con miles de acusados en conjunto. Y la mitad de los juzgados acaban muertos de inmediato. Aparte de los consejos de guerra, hay otros juicios sumarísimos. Cada día, Quimeta.

La Ley de Responsabilidades Políticas nos quitó a los derrotados todo lo que teníamos. De haber seguido viva, te habrías quedado sin nada y habrías tenido que depender de la caridad de la Acción Católica, una forma más de reeducar y reorientar a los rojos y comunistas. Cuando se tiene hambre, te vuelves más católico que el papa. Esta ley tiene dieciséis

supuestos por los cuales puedes acabar fusilado, condenado a cadena perpetua o a treinta años de cárcel. Yo estoy en el supuesto dos, que dice: «Por haber desempeñado cargos directivos en partidos u organizaciones puestas fuera de la ley o haber ostentado la representación de los mismos en las instituciones». O sea que haber sido un defensor de la ley, un policía al servicio del orden, se equipara al de un sindicalista, un anarquista…

Bueno, perdona estos desvaríos. No quiero preocuparte.

Me pregunto a veces qué nos pasa en este país, este conglomerado de personas tan distintas llamado España. Fuimos grandes en un tiempo. Dominamos el mundo. Pero ya no. Eso pasó. Caídas Cuba y las Filipinas, no nos queda nada. Cuando el sol empezó a ponerse en Flandes, llegó el declive, hasta hoy. En poco más de un siglo, entre los años 1833 y 1936, hemos tenido cuatro guerras civiles. Cuatro en cien años, Quimeta. Sumando el tiempo que estuvimos enfrentados en su transcurso, nos da un total de dieciocho años. Mucho tiempo para matarnos entre nosotros. En las tres primeras de estas guerras, las que acabaron en 1840, 1848 y 1878, ganaron las tropas liberales. Y en ninguna de ellas hubo persecuciones políticas, ni represalias contra los derrotados, ni venganzas tan cruentas como en ésta. Porque esta guerra que comenzó en 1936 y acabó en 1939 ha sido la primera en la que ha vencido la derecha. Y la derecha, cuando gana, es cruel y reaccionaria. Quizá antes eran otros tiempos, había honor entre los militares de ambos bandos. Con la victoria de unos y la derrota de otros, acababa todo.

Esto no ha sido así ahora.

De todas formas, el tiempo siempre va hacia delante. No digo que sea mejor ahora que hace un año, o dos, o cuando llegué. Pero según quién mande tenemos más o menos suerte. Aún recuerdo aquella mujer, la esposa de un jefe de destacamento, que tuvo la brillante idea de identificarnos y clasificarnos de «muy malos» a «menos malos». Los muy malos éramos los sentenciados a pena de muerte a la espera o no de ser cumplida o mantenida en suspenso. Los menos malos eran los que cumplían treinta años de reclusión. A la infausta mujer, a la que llamaban «la Cirinea» no sé por qué, no se le ocurrió otra cosa que hacernos poner en un lugar visible de la ropa un botón identificativo, dorado, a los que cargaban penas mayores y blanco al resto. Por suerte, alguien decidió que esto ya era demasiado.

Por lo demás, tenemos un médico, una escuela, y, aunque seguimos siendo rojos y comunistas, todos, sin excepción, de una u otra forma se empieza a vivir. Hay malos momentos que se sobrellevan como podemos, y buenos momentos, de camaradería principalmente, que nos hacen sentir menos solos, más fuertes. Las penas compartidas pasan mejor. Ya sabes que muy muy sociable nunca he sido. Más parco, imposible. Pero aquí a la fuerza has de tener a alguien, si no un amigo, al menos una persona con la que comentar las cosas. Como los dos llevamos desde el comienzo, mi mejor compañero es Nicanor Buendía. Deberías conocerlo. Es un anarquista con solo un brazo, el derecho, malhablado y bruto como él solo, pero honesto y sincero. No tenemos nada en común, y supongo que

por eso hablamos casi todos los días. Últimamente también se me acerca bastante un tal Argimiro Campoamor. Buen hombre, a veces despistado, un tanto inocente.

Bueno, ya vale por hoy, que me he extendido demasiado. Tú descansa en paz, que yo voy a hacer lo que pueda.

4

Si no fumas, no eres hombre

El anochecer era frío. Soplaba el viento que venía de la sierra y que, en pleno invierno, congelaba hasta el tuétano. De momento solo era molesto. Dependía de las ráfagas, que en ocasiones eran intensas. Oscurecía tan rápido que al acabar la jornada de trabajo ya era más que de noche. Las luces eran mortecinas. Por lo menos, eso permitía ver las estrellas cuando, como en ese momento, no había ni una sola nube. Bajo esa penumbra, los rostros eran como máscaras pálidas y grises. La gorra, las mejillas hundidas, los ojos de mirada perdida, los labios torcidos, las barbas mal afeitadas y las ropas con las que parecían vivir las veinticuatro horas del día.

A los pies de aquella inmensa mole de piedra que estaban horadando, palmo a palmo, metro a metro, Argimiro Campoamor, Nicanor Buendía y Miquel estaban sentados a resguardo, protegidos por una montaña de rocas robadas a la montaña. Solían ser sus minutos de confraternidad.

Ni siquiera sabía por qué estaban juntos.

Tres mundos distintos unidos por el destino.

—¿Tú crees que habrá gente ahí arriba? —preguntó de pronto Argimiro Campoamor señalando el cielo.

—No tengo ni idea —le contestó Nicanor Buendía.

—Eso debe de ser muy grande.

—Infinito.

—Pues eso: grande. Y sería raro que no hubiera alguien.

—¿Dios? —se burló el anarquista.

—No, hombre, eso no. Me refiero a bichos con antenas —se lo aclaró Campoamor.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—Mira que eres raro, Campo.

—Tú, porque eres un descreído.

—Yo no soy un descreído. Soy realista.

—¡Oh, sí, el señor anarquista ahora resulta que es realista!

—¿Ya estamos con eso?

—De algo hay que hablar, ¿no?

—Estábamos hablando de bichos con antenas.

—Si hubiera gente ahí arriba, ¿te imaginas lo que pensarían de nosotros, los de aquí abajo?

—¿Crees que ellos no andarán a la greña?

—No sé. Igual son más civilizados y ya están en el futuro.

Dejaron de hablar un momento, como si reflexionasen sobre lo que acababan de decir. Fue Argimiro Campoamor el que rompió el breve silencio de nuevo:

—¿Tú qué opinas, inspector?

—Ni idea —dijo Miquel.

—¡Hombre, alguna idea tendrás!

—Pues no.

—¿En qué pensabas ahora mismo, tan callado?

—En lo bonito que se vería el mar desde el mirador de Montjuich en Barcelona.

—¿De verdad pensabas eso?

—Sí.

—Eres un nostálgico.

Miquel ya no contestó. No hacía falta. Nicanor Buendía se estaba liando un pitillo con la habilidad de siempre, moviendo con precisión los dedos de su única mano. De tanto picar las paredes con el brazo lo tenía muy musculado, casi deforme en comparación con el resto del cuerpo. Cuando acabó, se llevó el cigarrillo a la boca, sacó una cerilla, la prendió y el destello iluminó la penumbra con su leve resplandor. La primera calada fue larga, densa y profunda. Tan profunda que acabó con un acceso de tos que le llevó a la más absoluta congestión.

—Yo creo que eso te está matando —le dijo Argimiro Campoamor en plan funesto.

La mirada de Nicanor Buendía fue críptica.

—¿Esto me está matando? —Levantó el cigarrillo y jadeó con sorna tras el acceso—. ¿De verdad?

—Pues sí.

—¿Meterse en el túnel, volar la piedra y respirar ese polvo no?

—También, pero…

—¡La silicosis sí que me está matando, joder! —se enfadó Buendía —. ¿Qué más da si lo hace antes el tabaco? ¡Al menos así moriré feliz!

Como si tal cosa, Campoamor se dirigió a Miquel:

—¿Tú nunca has fumado, Mascarell?

—No.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. Pero nunca me ha gustado. Mi mujer tampoco resistía el olor.

—Donde yo vivo te decían que, si no fumabas, no eras hombre.

—Eso díselo a Franco.

Buendía soltó una carcajada. Tan fuerte que volvió a atragantarse y a toser.

—Si Franco fumase, no tendría esa vocecita de pitoflauta —exclamó.

Campoamor miró en derredor suyo.

—¿Quieres bajar la voz? —reprendió a Buendía.

—¡Bah! —gruñó él—. Nadie nos oye.

—Eso lo dirás tú.

Había obreros, pero estaban tan cansados que la mayoría prefería no hablar. Probablemente, Argimiro Campoamor fuese uno de los presos que más le daba a la lengua, si no el que más. Era raro verle callado.

Todo lo contrario que Miquel.

Aunque con ellos era más abierto.

Le caía bien el anarquista Buendía, por rebelde, por ácrata, por duro, por irreductible y porque tenía las ideas claras. En cambio, Campoamor caía bien por inocente, por idealista, porque se mantenía en pie gracias a una esperanza a prueba de todo.

El pitillo de Buendía se acabó muy rápido.

Las toses no.

—¡Cagüen todo! —rezongó escupiendo a lo lejos.

Campoamor volvió a cambiar de tema sin más:

—Nunca he visto el mar —reconoció.

—¿Nunca? —se extrañó Miquel.

—No. ¿Cómo es?

—Como el cielo, pero lleno de agua.

—¿Tú te has bañado en él?

—Pues claro. En la Barceloneta. Ahí están los baños.

—¿Y hace ruido? Me refiero a las olas.

—Cuando está embravecido y hay temporal, ruge. Pero, si no, el murmullo del agua en la orilla es como un arrullo eterno. Nunca para.

—Los catalanes tenéis suerte.

—¿Ah, sí? —dudó Miquel—. ¿Por el mar?

—Y por otras cosas. Tenéis una historia, una cultura…

—Vas a ver tú lo que tarda el tío Paco en cargarse esa historia y esa cultura, si no lo ha hecho ya —intervino con acritud Buendía—. La suerte de la guapa, la fea la desea.

—No se dice así, se dice «la mala suerte de la guapa, la fea la desea» —le rectificó Campoamor—. ¿Y a qué viene eso ahora? Hablábamos de los catalanes.

—Esos la lían cada dos por tres —resopló Buendía—. Y no te ofendas, ¿eh, Mascarell?

—No me ofendo. Pero deberías leer un poco y conocer más quiénes somos y de dónde venimos, porque desde luego de historia debes de ir un poco mal. ¿Sabes lo que pasó en 1714?

—No.

—De aquellos lodos vienen estos polvos, o al revés, no sé —repuso Miquel—. Supongo que somos los judíos de España.

—¿A los judíos no se les expulsó hace la tira? —preguntó Campoamor, siempre saltando de un tema a otro.

—Pues ya ves: a nosotros ni se nos expulsa ni se nos deja abrir la boca, y aquí seguimos —se resignó Miquel.

—¡Joder! —protestó Buendía—. ¡Menudo rato lleváis! ¿Ahora toca hablar de política? Porque si es así me largo. ¡Para politiqueos estoy yo!

—Mira quién habla. ¡Pero si te pasas el día soltando soflamas! —le reprochó Campoamor.

La mirada de Nicanor Buendía habría fulminado a cualquiera que no fuera Argimiro Campoamor.

De todas formas, también él se cansó de discutir.

Sabían reconocer cuando alguno tenía un día malo.

Es decir, malos eran todos, pero también los había peores.

Se acercaba la hora de acostarse. La hora de la última revisión, los últimos gritos y las últimas maldiciones. Un día más en el paraíso. Un día menos para el sueño de la libertad.

Aun así, el silencio duró poco.

Ahí estaba Campoamor para mantener la boca abierta.

—¿Qué se dice en el búnker, inspector? —volvió a la carga.

—No demasiado. Todo es papeleo.

—Pero tú te enteras de lo que pasa.

—Y, si hablo de más, me fusilan.

—Cuenta algo, hombre —insistió como si lo suplicase.

Miquel se lo pensó.

—Hoy ha llegado un camión con comida —dijo—. Supuestamente, era para todos nosotros. Se ha descargado una cuarta parte, y el resto…, adiós muy buenas. Según el papeleo, toda la carga se ha quedado aquí. ¿A dónde ha ido el camión con el resto?

—Al estraperlo, claro.

—Ni más ni menos.

—¿Y quién es el *manguis*?

—Vete tú a saber. Yo solo he visto cómo descargaban esa parte y cómo se firmaba el albarán de la entrega, que he archivado una vez que ha pasado por mis limpias manos. —Miquel chasqueó la lengua —. ¿Es de eso de lo que quieres que te hable, para hacerte mala sangre luego comiendo la mierda que nos dan?

Buendía no habló, pero tosió, como para que recordasen que seguía allí.

—¿Y ha sido hoy, así como de casualidad o…?

—Pasa cada semana, Campo.

—Eso es mucha comida que se va de *extranguis*.

—Pues imagínate la de cientos de obras que se están haciendo en toda España con mano de obra esclava como nosotros, y la de cientos de camiones cuya carga se volatiliza entre la ida y la vuelta sin que nadie haga nada porque la mitad debe de chupar del frasco.

—No, si hijos de puta ya sé que lo son, que no nos han matado a todos porque nos necesitan, que si no… —Campoamor estiró los brazos en un claro gesto de cansancio y pereza—. De todas formas, ya te lo pasas tú bien en el búnker con eso de que eres mayor o lo que sea.

—Mejor que en el túnel de la cripta, seguro —reapareció la voz de Buendía—. Y no es porque sea mayor, sino porque está enchufado.

Miquel sonrió con ironía.

No dijo nada.

—¿Algo más? —quiso saber Campoamor.

—Mañana o pasado nos llega el nuevo sargento.

—¿Algo de él?

—Solo que se llama Peláez, Tomás Peláez, y que viene condecorado y todo.

5

Mascarell, con elle

Aureliano Pastor metió la cabeza por el hueco de la puerta entreabierta y, sin saludarle, le dijo cargado de indiferencia:

—Ha llegado el nuevo sargento. Y quiere verte.

Miquel abandonó lo que estaba haciendo.

El teniente Antonio Santos vivía y dejaba vivir. Mientras las cosas funcionasen, prefería no tocar nada. Le bastaba con eso y con mantener la disciplina. El anterior sargento, Álvaro Gómez, más o menos le seguía la cuerda, aunque a la hora de gritar gritaba, que para eso era sargento. Un cambio en la cadena de mando, aunque fuese menor, siempre causaba tanta expectación como miedo. Uno nunca podía saber con qué se iba a encontrar.

Miquel quizá fuese el único que sabía que Tomás Peláez podía ser un hijo de puta.

Había leído su expediente.

Todos los expedientes de quienes trabajaban o cuidaban de las obras estaban allí, en su oficinita, en el búnker.

¿Podía ser un hijo de puta?

Sí, lo era.

La condecoración se la habían dado por tomar un pueblo con un puñado de hombres, matando no solo a los campesinos armados que estaban atrincherados en él, sino también a sus mujeres y a sus hijos. Y sin una sola baja.

Miquel se detuvo delante de la puerta, se estiró la vieja chaqueta, levantó la barbilla buscando dignidad y llamó con los nudillos. Al otro lado no hubo respuesta. Lo intentó de nuevo pasados unos segundos y, esta vez sí, escuchó la respuesta.

—¡Adelante!

Abrió la puerta y cruzó el umbral.

Tomás Peláez estaba sentado detrás de una mesa despacho con muchas horas de vuelo. Tenía un sinfín de quemaduras de cigarrillos por los bordes, y la madera, en otro tiempo marrón, se veía gastada. Él era un hombre de unos cuarenta años, con cabello corto peinado y aplastado sobre la cabeza, brillante, y un bigotito recto que le iba de lado a lado del labio superior. Llevaba el uniforme con exquisita y extrema pulcritud. Tanto que allí, en las obras del Valle, desentonaba quizá demasiado. Lucía su rango con orgullo y la medalla ganada por su gesta con altivez. Y eso se notaba aunque no se moviera, porque permaneció sentado, fingiendo leer unos papeles. Si hubieran estado boca abajo, no habría variado su postura de superioridad.

Miquel esperó.

Sin saber por qué, no le causó sorpresa ver una pistola modelo Astra frente a él, sobre la mesa.

Tomás Peláez ni siquiera levantó la vista cuando dijo:

—¿No saluda como es debido?

—No he sido militar, señor. Era paisano.

—Sargento —le rectificó.

—Sí, sargento.

—Sí, mi sargento.

—Sí, mi sargento.

—¿Y qué le exime de hacer nuestro saludo?

Miquel tragó saliva.

Si había llegado hasta allí…

Cuando murió Quimeta, quiso morir él. Vivir no tenía sentido. El día que lo fusilaron de forma falsa, también pensó que, por suerte, finalmente, todo iba a terminar. Cerró los ojos, escuchó la andanada y, cuando los abrió de nuevo, vio que el pelotón se estaba riendo. Pero no les dio el gusto de doblegar las piernas ni echarse a llorar, ni mucho menos se orinó encima, como se decía que hacían muchos. Entonces, de vuelta a su celda, se preguntó por qué seguía vivo, si tenía algún sentido, y, aunque no había dejado de preguntárselo cada día, de todo aquello habían pasado ya años; no días, semanas o meses: años.

Hacer el saludo franquista no era peor que otras muchas cosas que todos hacían ya para sobrevivir.

Levantó el brazo derecho.

—Arriba España —dijo el sargento sin mirarle todavía y sin alzar la voz.

—Arriba España —repitió Miquel.

—¿Usted come bien?

—Pues… sí, señ…, mi sargento.

—Es que no le he notado mucho entusiasmo.

Miquel apretó el puño izquierdo, ocultándolo por detrás.

Se la estaba jugando.

—¡Arriba España! —gritó.

Ahora sí, Tomás Peláez se dignó mirarle. Sus ojos eran como dos balas frías. No se levantó, pero él también alzó el brazo.

—¡Viva Franco!

—¡Viva Franco! —repitió Miquel.

Se hizo el silencio. El hombre de uniforme le estudió con detenimiento. Miquel supo la causa. Lo mismo que él había leído el expediente del nuevo sargento incorporado a las obras del Valle, el nuevo sargento debía de haber hecho lo mismo con los de los presos.

Y Miquel Mascarell, después de todo, no era un preso común.

La observación fue larga y prolongada.

—Leí sobre usted antes de la Cruzada —dijo de pronto.

Miquel prefirió callar y esperar.

—Tuvo su momento, se hizo famoso. ¡El inspector más joven de Barcelona! —Le aplaudió sin ganas una, dos, tres veces—. Yo, que primero quise ser policía, llegué a admirar sus logros. Caramba, era bueno.

—Gracias —se atrevió a decir.

—¡El inspector *Mascarell*! —proclamó con falso énfasis.

No pudo evitarlo.

A veces no podía.

—Es Mascarell, con elle.

Miquel se arrepintió al momento.

Pero ya era demasiado tarde.

Contó diez largos segundos. Diez eternos segundos. Hasta que el sargento se levantó despacio, muy despacio, y mientras cogía la pistola de encima de la mesa la rodeó hasta ponerse delante de él.

Luego le incrustó el cañón en la frente.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó.

Podía matarle. Claro que podía hacerlo. Bastaba con que dijese que el preso se había vuelto loco y había intentado agredirle. Defensa propia. ¿Que la bala había entrado por la frente? Bueno, ¿y qué? Un disparo casual. Casual y certero.

Miquel mantuvo la boca cerrada y la mirada ingrávida.

—¿Ha dicho algo? —insistió Tomás Peláez—. No estoy muy seguro de haberle oído bien.

—No, mi sargento.

El cañón se hundió un poco más en la frente.

—¿Sabe algo, *Mascarel*? —lo pronunció con desprecio—. Ni se imagina lo que me revientan a mí sus apellidos catalanes de los cojones, que parecen ingleses porque se pronuncian de manera distinta a cómo se escriben. En español, Martínez es Martínez, Fernández es Fernández y García es García, pero ustedes… —forzó la pronunciación—. *Roich*, *Forcadel*, *Maragal*, *Graels*, *Serradel*, *Antish*, *Puich o Puigg*, como sea… —De la calma pasó al grito—: ¡La puta madre que les parió con su mierda de dialecto, que ni siquiera tienen la más española de las letras, la eñe! ¿Y se atreve a rectificarme a mí?

—No, mi sargento.

—¡Miguel *Mascarel Folsh* o *Folc*, o como me salga de los huevos! —le aulló a un palmo de su cara y siempre con el cañón de la pistola presionándole la frente—. ¡Aquí ya no es el policía, ni el héroe de Barcelona, ni nada!, ¿entiende? ¡Aquí es un mierda más, culpable de haber sido rojo y comunista!

A veces se hartaba.

—¿Puedo decir algo, mi sargento?

Eso le hizo sonreír.

—A ver, sí, hombre, atrévase. Pero le digo que tengo un tic en el dedo, ¿sabe? Y hace mucho que no me cargo a ningún rojo hijo de puta.

—No es ninguna defensa —dijo Miquel—. Solo es por dejar las cosas claras. Y añadió—: Yo era policía, sí, y servía a la ley, que, a su vez, era el garante de la República. Para mí era lo único que contaba. Jamás he sido otra cosa que policía. Nunca he militado en ningún partido o grupo, porque eso hubiera sido contrario a mi deber como inspector. Estoy preso por haberlo sido, no por ninguna otra cosa.

El agujero del cañón pareció taladrarle la piel, la carne, el hueso.

Sin embargo, la bala que podía matarle no era más mortal que los ojos de aquel loco.

—¡No, si ahora resulta que nadie era comunista!

Miquel ya no dijo nada. No valía la pena. A veces se cansaba de repetir lo mismo: que él era un servidor de la ley, y que a la ley se la servía desde la neutralidad y el respeto a las instituciones.

Las instituciones legalmente establecidas, no impuestas mediante un cruento golpe de Estado.

El sargento Peláez optó por bajar el arma.

Una última mirada, cargada de desprecio, y regresó a la mesa, donde la dejó en el mismo sitio en el que estaba mientras él ocupaba de nuevo la silla.

Tranquilo, como si no hubiera pasado nada.

—El teniente Santos confía en usted. —Recuperó su tono más calmado, aunque también frío.

—Lo sé.

—¿Cree que nos llevaremos bien, *Mascarel*?

—No veo por qué no, mi sargento.

—¿Sabe que sigue condenado a muerte, con la sentencia en suspenso?

—Sí, mi sargento.

—¿Confía en la gracia del Caudillo?

—Sí, mi sargento.

—Veo que, cuando le detuvieron, intercedió por usted el cura de su parroquia, en Barcelona.

—Así es, mi sargento.

—Con lo cual deduzco que es católico practicante.

Muy a menudo recordaba las palabras de Nicanor Buendía: «Por cada uno que sobreviva, vamos a joderlos de una forma u otra. Lo importante, pues, es sobrevivir, Mascarell».

Mentir era lo habitual.

Como los domingos, en misa.

—Sí, mi sargento. Lo soy.

—¿Qué edad tiene?

Le bastaba con mirar el expediente, pero se lo preguntaba.

—Cumplo sesenta y uno el 28 de diciembre.

—Mi tío el sacerdote es de su quinta, tiene sesenta y un años, como usted. —Pareció confraternizar con él—. Mi hermano Tadeo también habría cumplido años en diciembre, pero me lo mataron en el frente de Teruel.

Otro silencio.

La pistola seguía en la mesa.

—Váyase —le ordenó sin más.

Miquel no supo si volver a hacer el saludo franquista o darle las gracias como simple cortesía de despedida. Se la jugó. Se dio media vuelta con los dientes apretados y salió del despacho con la sensación de haber caminado por el filo de la navaja durante más minutos de los que cualquier corazón era capaz de resistir. Fuera como fuese, había llegado un águila, un loco peligroso del que guardarse. A ningún preso le quedaba ya orgullo, tampoco dignidad, solo el instinto de la supervivencia. Y ese instinto se ponía a prueba cada día, cada hora. A casi cinco años de la victoria en la guerra, seguían llenos de odio y rabia, mucho odio y mucha rabia. Todos los contrarios eran desafectos, rojos, comunistas, masones, asesinos…

Él solo había leal al Gobierno existente, la República. Leal porque defendía la ley por encima de todo.

Pero daba lo mismo.

En su juicio le habían declarado culpable igual.

Caminó hasta su oficinita, desde la cual se veía la entrada del túnel de la cripta. En ese momento estalló un barreno en sus profundidades. Todo tembló y una nube de polvo salió por el acceso. El polvo que respiraba Nicanor Buendía y que le estaba matando a causa de la silicosis, porque, como Miquel, había llegado al Valle de los primeros.

Se dejó caer en su silla.

Después se pasó la mano por la frente. La huella del cañón de la pistola del sargento Peláez seguía en ella. Sintió rabia. «¡Viva España!» o «¡Viva Franco!» ya no eran sino expresiones comunes, el pan de cada día. Lo que le dolía era el tono del militar, la potestad de humillarle.

De nuevo Buendía: «Hay que aguantar. Por más mierda que nos echen, si aguantamos, a la larga les joderemos vivos. ¿Que hay que comulgar con ruedas de molino? ¡Pues comulgamos! ¡Yo no pienso darles la satisfacción de morirme sin aguantar lo que haga falta!».

Eso se lo decía alguien que caminaba más rápido hacia la tumba que un granizo caído del cielo.

—¡Y encima me admiraba! —gruñó sin poder dar crédito a lo que le había dicho aquel sádico.

6

¿Y lo que te gusta discutir?

Los lunes eran días extraños.

Cargados de nostalgias.

Los que trabajaban en la carretera de acceso tenían chabolas diseminadas por el monte, en las que podían vivir con sus mujeres y criar a sus hijos. Pero los de la cripta, los más esclavos, los penados con largas condenas, como mucho recibían alguna visita externa los domingos, y, entre eso y la misa, se pasaba el día. Cuando todo volvía a la «normalidad», quedaba un amargo poso en el alma de los que recuperaban la soledad como estandarte de vida. Aquellos que no recibían visitas, entonces, preguntaban:

—¿Qué pasa en España?

—¿Qué pasa en el mundo?

—¿Cómo va la liga de fútbol?

—¿Se ha reconstruido el pueblo?

—¿Está bien mi madre?

Los lunes, y a veces los domingos por la noche, Miquel agradecía no tener a nadie de quien preocuparse, y eso le hacía sentir mal, muy mal. Pero ¿lo agradecía? Daría la vida por tener vivo a Roger y a Quimeta esperándole en casa. No siendo así, atendiendo a la

realidad, buscándole una lógica a toda aquella pesadilla, estar solo representaba una liberación.

Si moría allí, nadie le echaría de menos.

Nadie derramaría una lágrima por él.

Salvo Nicanor Buendía, que insistía en que tenía que vivir.

—Poli.

—Dime.

—Ven, que no nos oigan.

—¿Qué pasa?

—Ayer vino la familia del Giráldez, y le contaron cosas.

—¿Qué cosas?

—De la guerra en Europa.

—Pues venga, va, suéltalo, que hay que arrancarte todo.

—Coño, que te lo estoy contando.

—Venga, va.

El anarquista bajó aún más la voz, en plan conspirador. Aunque era más sospechosa esa postura que si le hablase de manera distendida.

—Alemania tiene perdida la guerra.

—¿Estás seguro de eso?

—Que sí, que sí, que les están dando por todos lados. Los rusos avanzan por el este y los americanos, después del desembarco que hicieron en primavera y la toma de París en agosto, ya marchan sobre Berlín. Con Italia que ha cambiado de bando, Hitler lo tiene jodido.

—No lo veo yo tan claro.

—Esto se acaba, que te lo digo yo. Los alemanes ya no tienen capacidad para luchar en dos frentes.

—¿Y la familia de Giráldez cómo sabe todo eso?

—Hombre, porque se dice, y se habla. Ni que los Pirineos fuesen de plomo.

—¿Con la censura que debe de haber en todas partes? No sé yo si el régimen no controlará estas informaciones.

—¡De noche se captan emisoras extranjeras, y, aunque hablen en inglés, algo se pilla! —Buendía se puso más entusiasta—. En tres meses, Alemania está *kaput*. Como mucho, en primavera, pasado el invierno. —Se animó todavía más—. ¡Es el fin del fascismo! Franco se va a quedar más solo que la una sin su amiguete. Y, aunque no le echó una mano al Hitler de los cojones, las potencias no van a perdonarle tanto compadreo ni lo que hizo y sigue haciendo aquí. En cuanto ganen la guerra, se vienen para España, seguro.

—¿Tú crees?

—¡A ver! ¿Van a dejar un país fascista en el sur de Europa? No les conviene.

—¿Por qué no va a convenirles?

—¿Tú eres la mosca cojonera o qué? ¡No les conviene y ya está! Cuando en un cuerpo una parte está gangrenada, hay que amputarla para que no contamine al resto. Si se va a entrar en un nuevo orden europeo y mundial, Franco sobra.

—Eres un inocente.

—¡Y tú un tocapelotas!

—¿Qué más les da a los americanos o a los ingleses lo que pase en España? Franco es capaz de portarse como un cachorrillo para que le reivindiquen su Cruzada. ¿Te olvidas que hasta el papa dijo que España era «el pueblo elegido por Dios» y bendijo su alzamiento?

—El único alzamiento que merecería la pena de ser bendecido es el de mi polla, que a este paso…

—Joder, Buendía, mira que eres basto.

—¡Es que te vengo con una buena noticia y me sales con peros, coño, Mascarell!

—Yo no te vengo con peros, lo que pasa es que no comparto tu optimismo. ¿Que igual la guerra se acaba como dices y cuando dices? Bien. Pero de ahí a esperar que, después de tantos años de combates y millones de muertos, a las potencias les dé por pasarse por aquí para arreglarnos las cosas…

—No digo que haya otra guerra, joder. Ni que nos invadan. Pero lo hablan y tumban a Franco.

—¿Así de fácil?

Buendía se puso serio.

Más que serio, grave.

—Han de hacerlo, joder —exhaló—. No les queda otra.

—A ellos sí les queda otra: seguir adelante. A nosotros no. O sí: aguantarnos y hacer lo mismo, seguir adelante. Jodidos, pero sin otro remedio. —Soltó una bocanada de aire—. No es por amargarte el día, amigo mío. Es por ser realista. Soñar es barato, pero despertar resulta caro. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero mira esto. —Señaló el elevado risco de piedra con la entrada del túnel a ras de suelo.

—¿Qué quieres decir?

—Esta gigantesca obra faraónica, lo que representa, es lo que Franco le está gritando al mundo. Cuelgamuros es a él lo que las pirámides eran a los faraones. Esto es un símbolo, Buendía. Franco se siente tan seguro que ya piensa en la posteridad, como todos los

megalómanos. Nosotros le estamos haciendo la cama. Ya no queda nadie que luche contra él.

—Dicen que el maquis…

—¿Pero qué maquis, Buendía? —Rozó un punto de desesperación —. ¿Tú te crees que un puñado de guerrilleros escondidos en las montañas van a cambiar las cosas? ¿En serio? Darán golpes, sí; harán atentados, sí; llevarán a cabo incursiones más o menos osadas, sí; y robarán bancos, dando la excusa perfecta para que haya más represión y más fusilamientos. Pero no van a ser más que picotazos. Los que no murieron en la guerra están presos como nosotros. Me encanta que el cabrón de Hitler pierda y su Reich de los Mil Años se vaya al garete, pero eso es todo. Mételo en la cabeza.

—Si lo sé, no te digo nada —refunfuñó Buendía.

A pesar de sentirse agotado, Miquel siguió hablando:

—¿Y lo que te gusta discutir?

—Ni que tuviera mal carácter.

—¡Hombre…!

—¿Tengo mal carácter?

—Un poco avinagrado sí estás.

—¡Yo avinagrado y tú triste, vaya pareja hacemos! ¡Porque, desde luego, la alegría de la huerta no eres!

Se quedaron mirando.

Fijamente.

Luego se echaron a reír, no a carcajadas, no con lágrimas en los ojos, pero sí a reír, como pequeño alivio final a todas sus penas.

7

Carta

Querida Quimeta:

¿Recuerdas cuando andaba inmerso en algún caso complicado, que tú siempre me decías que parecía tener sangre de horchata, porque no me ponía nervioso por nada? No sé de dónde sacaba esa flema, o esa paciencia, llámalo como quieras, pero la tenía. En comisaría a veces me llamaban «sabueso», porque era como un mastín olfateando las cosas, siguiendo las pistas, haciendo preguntas que a veces parecían absurdas, hasta dar con la verdad, la solución, el culpable. Así pillé a más de uno.

Pero aquel día tuve un ataque de pánico…

Perdí la cuenta de los días que pasé encerrado en la Modelo. Perdí la cuenta de los golpes y los interrogatorios. Perdí la cuenta de todo porque la vida me importaba muy poco. Sin ti, ya nada tenía sentido.

Y, sin embargo, me vine abajo cuando me llevaron fuera de Barcelona.

Me metieron en un tren. Recuerdo que no iba de cara al sentido de la marcha, sino de espaldas. Así que veía alejarse Barcelona. De pronto empecé a sudar, el corazón se me volvió loco, era incapaz de respirar. Y, cuando vi de refilón Montjuich, ya no pude más y lo comprendí. Me estaba alejando de ti. Me apartaban de tu lado. Te dejaba sola.

Sola en tu nicho, aunque fuese mirando al mar como querías.

Aquel ataque de pánico me hizo más daño del que jamás había sentido. Incluso tu muerte, en el fondo, estaba anunciada, porque el cáncer te empezó a devorar desde mucho antes y los dos conocíamos el final. Pero darme cuenta de que nos separaban… No pensé en mí, en que iban a matarme, aunque para eso no hacía falta que me sacaran de Barcelona. Solo pensé en ti, sola.

Uno de los guardias se dio cuenta de mi estado y dijo: «Tú, que ése se nos muere». El otro le contestó: «Bueno, uno menos para vigilar». Y el primero: «¿Y qué hacemos si la espicha?». Y el segundo: «Le tiramos por la ventana. No vamos a parar el tren por un saco de mierda, digo yo». Entonces se rieron.

Y yo, al límite, viendo cómo aquel ataque de pánico me enloquecía, llegué a preguntarle:

—¿Tienes madre?

Lo último que escuché antes de que su culatazo me dejara inconsciente fue:

—¡Yo sí, pero tú no, hijo de puta!

Desperté mucho después, una hora o más, y reconozco que agradecí el golpe, porque aquello se me hizo insoportable. Fue lo más cerca que he estado de la locura. Luego volví a mi

apatía, a dejarme llevar, a darme igual si me fusilaban o no. Una vez condenado a muerte, solo quedaba esperar el momento. Y no llegó. Y se aplazó. Y empezaron a pasar los días. Y al final vino uno que me conocía y me sugirió que me presentase a lo de la reducción de pena a cambio de trabajo. Le dije que «reducción de pena», teniendo en cuenta que estaba condenado a muerte, sonaba raro. Pero insistió. Era una forma de salvarme la vida, lo sé. Comprendí que siempre que dejamos una huella por el camino, y es buena, o al menos honesta, hay alguien que lo valora o lo agradece. Así que le hice caso, dije que sí. Por eso me mandaron aquí, con los primeros obreros del Valle. Y no te diré que esté mejor, pero tampoco peor. Aquí hay compañerismo, gentes de toda España que han sufrido lo mismo que yo, que han visto morir a los suyos, que comprenden que sus sueños y esperanzas se han venido abajo.

No he vuelto a tener un ataque de pánico como el de aquel día en el tren.

Y es que nunca nos habíamos separado, ¿verdad, Quimeta? Al menos no tanto, y por tanto tiempo. Siento que nadie te lleve flores. Pero, si ves el Mediterráneo cada día, sé que estarás bien y te sentirás feliz.

Por cierto, se me quedó grabado lo que decía la lápida del nicho contiguo al tuyo: FAMILIA ALSINA CADAFALCH I GRAELLS PUIG DE MONTORNÉS. No tengo ni idea de quiénes puedan ser, pero parece que más pedigrí, con esos apellidos, imposible; aunque tú, con lo sencilla y natural que eras… En fin, espero que podáis hablar de algo, porque la eternidad dicen que es muy larga.

¿Sabes? Aquí hay un nuevo sargento que odia todo lo que sea catalán. Sería un buen chiste que un día le enterrasen al lado de unos Cadafalch, Graells, Puig… Tenemos un vasco de apellido Ibarragoitiaechea y se ha quedado con «Ibarra», no sea que se cansen por decirlo entero.

Y ya, por hoy termino. Está empezando a refrescar en serio y se me están helando los dedos de tanto apretar el lápiz. Que luego no vas a entender mi letra. Pero no temas, me he hecho con un buen tabardo de tercera o cuarta mano que abriga lo suyo. Huele un poco a oveja, pero eso es lo de menos. Al final lo llamarán el Valle de los Caídos no por la guerra, sino por lo mal que olemos todos.

Te quiero.

8

Ella no sabe que está muerta

Estando en las oficinas, no le costaba llevarse papel o un lápiz. Primero escribía a escondidas, a veces en la misma oficina, pero casi siempre de noche, con la débil luz de una vela que lograba robar de las que el cura le ponía a la Virgen. Con el paso del tiempo, sin embargo, en ocasiones ya lo hacía de día, en los descansos, o mientras comían aquella miseria que los optimistas llamaban «rancho».

Marcelino Soler, el Asturiano, era un tipo alto y recio, de los que cargaba piedras que otro hombre ni habría podido levantar del suelo. No tendría más allá de veinticinco años, así que se habría ido al frente con dieciocho o diecinueve. La edad de tener novia y hacer planes de futuro. Su condena era de treinta años. Según su expediente, entre otras cosas, había «participado activamente en el asalto a una iglesia, con el posterior ultraje de elementos santificados hasta su destrucción».

Miquel dejó de escribir cuando le vio detenerse a su lado.

Era afable y simplón. Otra buena persona. Como muchos, ni siquiera entendía qué había sucedido para acabar allí. En la guerra

había buenos y malos, ¿no? Entonces, si habían perdido, ¿eran los malos?

—¿A quién le escribe, señor Mascarell?

—A mi mujer.

—¿Dónde la tiene?

—En Montjuich.

—¿Eso es un barrio de Barcelona?

—No, es una montaña, y también el cementerio.

Marcelino Soler mostró su sorpresa.

—¿Y qué hace allí?

—Descansa en paz, hijo.

—¿Está muerta?

—Sí.

—¿Entonces por qué le escribe?

—Porque ella no lo sabe.

—¿Cómo no va a saberlo?

—Cerró los ojos, se durmió, y ya está. No se enteró de nada.

—Sigo sin entenderlo.

—Le escribo porque yo estoy vivo, y necesito hablarle. Siempre se lo contaba todo.

A un par de metros, tumbado boca arriba, Luciano Fernández, un sindicalista seco como un sarmiento y tan sentenciado a muerte como él pero con pena suspendida, se metió sin más en la conversación:

—No le hagas caso a ése —le dijo al Asturiano—. No es que sea raro, es que es catalán.

Marcelino Soler no captó la ironía, o lo que fuese, así que se limitó a decir:

—Ah.

Miquel miró al sindicalista.

Algunos solían lanzarse pullas. Catalanes, vascos, extremeños, andaluces… A cada cual le caían los sambenitos típicos de su origen. Nunca pasaba nada, aunque a veces, hablando de la guerra y de por qué se había perdido, podían lanzarse acusaciones más o menos encendidas.

—¿Tú le escribes a alguien, Fernández? —preguntó Miquel.

—A mí no se me dan bien las palabras.

—¿Quieres que te enseñe?

—¿Y para qué quiero yo eso? —se molestó.

—A lo mejor, con suerte, llegarías a ser catalán —le endilgó Miquel.

El Asturiano se echó a reír, y el sindicalista se esperó un poco. Le tocó el turno a él de entender el chiste, la burla o las intenciones de lo que acababa de decir Miquel.

—¡Ni loco! —acabó diciendo.

Y se dio la vuelta dando por terminada su intervención en la conversación.

Marcelino Soler se sentó al lado de Miquel.

—¿Qué le está contando? —le preguntó.

—Hombre, esto es privado.

—Sí, claro. —Bajó la cabeza—. A mí me gustaría escribirle a mi novia.

—¿Por qué no lo haces?

—Es que ya no sé dónde está. Arrasaron el pueblo y tuvieron que irse. La última vez que la vi me dijo que me esperaría, pero…, bueno, de eso hace seis años.

—¿Qué edad tenía tu novia?

—Dieciocho.

Sin pretenderlo, Miquel pensó en Patro Quintana, aquella muchacha a la que había salvado la vida en enero de 1939, y cuya imagen desnuda en aquel balcón le perseguía incluso en sueños.

Ella también tenía dieciocho años.

¿Estaría viva, cuidando de sus dos hermanas pequeñas? ¿Y de qué viviría? Si había tenido que vender su cuerpo para poder conseguir comida en aquellos últimos días de la guerra…

La apartó de su mente.

—¿Sabe que estás vivo? —le preguntó al Asturiano.

—No.

Dos vidas rotas, separadas. Un amor joven que nunca olvidarían. Si aquella novia de dieciocho años había sobrevivido, lo más seguro era que estuviese ya prometida o casada. La vida seguía. La maldita vida estaba allí todos los días.

—Escríbele igual. Si ya no hay pueblo, no pasa nada. Pero a lo mejor han vuelto y lo han reconstruido. Así saldrás de dudas.

—¿Y qué le digo?

—Que estás bien y piensas en ella. Es suficiente.

—¿Me ayudaría a hacer esa carta?

—Sí, claro.

—Habrá que conseguir papel, y un sobre… ¡y un sello! Eso es caro, ¿no?

—Yo te ayudo —le tranquilizó.

—Vaya. —Miquel le vio los ojos iluminados—. ¡Pues muchas gracias, señor!

Se levantó de un salto, ágilmente. Le había cambiado la cara. Dio un paso hacia la izquierda, pero cambió de idea y avanzó tres hacia la derecha. Se plantó delante de Luciano Fernández y le golpeó ligeramente el pie. El sindicalista se volvió hacia él.

—¿Tú de dónde eres? —le preguntó.

—De Mérida. Extremeño, ¿por qué?

Marcelino Soler iba a decir algo más. Miquel lo evitó.

—Chico —dijo.

El Asturiano miró hacia él. Vio cómo Miquel movía la cabeza ligeramente, de lado a lado.

Y lo entendió.

—Nada —repuso.

Siguió caminando, alejándose de ellos, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha.

Miquel volvió a su carta.

9

El buen español

No le extrañó ver al teniente Santos entrando en su oficinita. Tampoco era que lo hiciese a menudo. Él era un preso de confianza. Podían mandarle al paredón el día menos pensado, como a alguien se le cruzasen los cables o recordase que estaba sentenciado a muerte, pero, mientras tanto, cumplía con su cometido a conciencia. Con la mesa llena de papeleo, levantó la cabeza y se puso en pie.

—Siéntese, siéntese —le pidió el militar.

Obedeció.

Antes de ser inspector, el inspector más joven en lograrlo en el cuerpo de Policía de Barcelona, había sido agente, así que sabía obedecer.

La diferencia era que allí eso más bien era una inercia.

—¿Qué tal? —le preguntó Antonio Santos.

—Bien, bien —se limitó a decir.

—¿Se basta para todo esto? —Señaló lo que había en la mesa.

—Sí, teniente.

—Cada vez vienen más trabajadores.

Llamarlos «trabajadores» en lugar de presos o esclavos era un eufemismo, pero desde el final de la guerra todo eran eufemismos.

Si el santo padre de Roma había bendecido esa guerra como una Cruzada, todo era ya posible. Franco entraba bajo palio en las iglesias. Los «trabajadores» tenían que darle las gracias por dejarlos seguir vivos.

—Lógico, esto es muy grande. —Miró al otro lado de la ventana, al risco, a la entrada de la cueva que un día llevaría a la cripta.

—Y más lo será —asintió Santos incluso con orgullo—. Van a llegar muchos más obreros, porque construir y levantar la cruz será todo un reto, más que horadar el túnel. También vendrán orfebres, para las estatuas. ¡Ríase de Miguel Ángel!

Se escuchó una de tantas detonaciones de los barrenos que horadaban la piedra. Apareció la habitual polvareda. La vibración de los cristales de las ventanas fue leve.

—Uno se acostumbra a todo, ¿no?

—Sí, teniente. A todo.

El hombre se acercó a la ventana. Quedó de pie frente a ella, marcial. Llevaba el uniforme con dignidad más que con orgullo, y eso que de orgullo iban sobrados. Era un hombre alto, de cara abierta. En otras circunstancias habría sido alguien normal, el contable de una empresa o el encargado de un almacén.

—Creo que ya ha conocido el sargento Peláez.

—Así es.

—¿Qué tal?

—Recio —se le ocurrió decir.

Antonio Santos dejó escapar una carcajada. Solo una.

—¡De los de siempre! —comentó—. Pura disciplina. ¿Ha tenido algún problema con él?

Pensó en la pistola incrustada en su frente.

—No, no.

—Si lo tiene, me lo dice.

—Gracias.

—Eso sí, usted a lo suyo. No le enfade y ya está.

—Claro.

—Por lo visto, le conocía. Bueno, había oído hablar de usted. Ya ve qué pequeño es el mundo. Me ha dicho que era un buen policía, aunque sirviera en el lado equivocado.

—En aquellos días no había lados, teniente.

El hombre se volvió hacia él.

—Eso no es verdad —dijo serio—. Hubo uno, traidor y rojo, frente a otro, salvador y patriota. Afortunadamente, todo aquello se acabó. —Se estiró la chaqueta y adoptó el aire marcial que tenían todos cuando se les llenaba la boca con palabras como «España», «Dios», «Patria», «Honor» o «Franco»—. Algún día tendremos que hablar usted y yo de los casos más relevantes que pudo resolver, ¿le parece?

—Cuando quiera.

—Estando como estaba España antes de la Cruzada, con tantos asesinos y tanta violencia, tendría trabajo, ¿no?

¿Le decía que era una vida relativamente tranquila, en la que solo se investigaban verdaderos crímenes muy de tarde en tarde?

—A mí me asignaban los casos más difíciles.

—¡Vaya! ¿Incluso en el 37 o el 38?

—Salvo por los bombardeos, la vida seguía —dijo—. No fue muy diferente a lo que sucedía antes del 36.

Antonio Santos caminó de regreso a la puerta de entrada. Lo hizo mirándose la punta de las botas, asombrosamente lustradas. Sus

pasos resonaron en la madera como los aldabonazos de un reloj de pared marcando las horas.

—Mascarell…

Él sí lo pronunciaba bien.

—Diga, teniente.

—Cuento con usted, ¿eh? No me falle. En unos días van a llegar un montón de obreros, como el año pasado. Habrá que colocarlos, asentarlos… Quiero sus expedientes siempre a punto. No olvide que yo respondo ante el capitán y, más allá de él, ante los altos mandos.

Tener los expedientes de los presos «a punto» era controlarlos adecuadamente.

—Quédese tranquilo.

—¿Come bien? ¿Puedo hacer algo por usted?

—Nunca se come lo suficiente.

—Sí, eso es verdad. Por suerte, el país vuelve a funcionar perfectamente. Ya hay cosechas, la industria se recupera… ¡Cuando salga, se encontrará con una nueva España digna de ver, admirada por todo el mundo!

—Le recuerdo que sigo sentenciado a muerte, teniente.

—Es verdad, es verdad. —Chasqueó los dedos, pero sin darle importancia a su desliz—. De momento no se preocupe de eso. El tiempo pasa. Fíese de la magnanimidad del Caudillo. Igual le hablo de usted en una de sus visitas. Es un hombre curioso, ¿sabe? Se interesa por todo. Y tengo el honor de que me haga preguntas sobre cómo van las cosas. Cuando viene por aquí, es como si el tiempo se detuviera. Nunca tiene prisa y se mete por todas partes, ¡a veces solo! Como que un día uno de los barreneros tuvo que sacarlo a la carrera antes de que tuviéramos una desgracia porque iba a explotar

un barreno. ¡Ese hombre, con todo lo que tiene en la cabeza y un país entero a sus espaldas…!

Miquel le miraba. Y le oía.

Los miraba y los oía a todos.

Vivían en su propio paraíso.

Teniendo a Dios de su lado, ¿qué podía salir mal?

—Le dejo —se despidió Antonio Santos—. Y no haga enfadar al sargento Peláez. Está empeñado en hacer de usted un buen español.

«Ya soy un buen español», pensó Miquel.

«Y catalán», lo remató.

Lo malo era que ellos se lo habían quedado todo.

Todo.

Y eso era mucho.

Demasiado.

Miquel volvió a quedarse solo y continuó con su trabajo, comprobando los albaranes de las entregas de otros tres camiones de comida que únicamente habían dejado una parte en los suministros del Valle para regresar a Madrid, o ir a donde fueran, con el resto de la carga que iba a hacer ricos a algunos.

10

Aquella muchacha de enero del 39

Otro lunes con noticias del exterior.

Comentarios.

—¿Sabes lo que han dicho que debe comer un español para echar a andar cada día?

—No, no lo sé —admitió Miquel.

—Pues toma nota. —Buendía se puso serio, aunque se le notaba el tono irónico—: Cuatrocientos gramos de pan, doscientos cincuenta gramos de patatas, cien gramos de legumbres secas (lentejas, garbanzos o judías) o arroz, cinco decilitros de aceite, diez gramos de café, treinta gramos de azúcar, ciento veinticinco gramos de carne, veinticinco gramos de tocino, setenta y cinco gramos de bacalao y doscientos gramos de pescado fresco. ¿Qué te parece?

—En primer lugar, ¿tú de dónde sacas esos números?

—Es lo que le contó la parienta a uno ayer.

—¿Y ese gran reparto quién lo propone?

—La Delegación de Abastos. Por lo visto, es un decreto y todo.

—¿Se cumple?

—¡Qué coño va a cumplirse! ¿Tú estás loco? —estalló el anarquista—. Una cosa es lo que dicen que hay que comer, la ración

diaria, y otra que haya siquiera algo para las cartillas de racionamiento. ¡Que se mueren de hambre, poli! —Señaló con su única mano hacia lo lejos.

Por lo que sabía, había dos tipos de cartillas y tres categorías; una cartilla era para la carne y otra para lo demás. No era raro que faltase casi de todo, o que las lentejas fueran rancias y estuviesen llenas de bichos. Otros artículos de primera necesidad eran el jabón y el tabaco. A los niños se les incluía leche y harina. Si se había luchado en el Ejército Nacional, una ración extra de doscientos cincuenta gramos de pan, casi siempre negro, porque el pan blanco era un lujo. De vez en cuando aparecían milagrosamente en las tiendas envíos de chocolate, café de verdad, leche o huevos. No era raro que las mujeres borrasen con migas de pan los sellos que se ponían en las cartillas, como señal de que no se habían usado ese día, para que se volviesen a utilizar, enviando a los pequeños, y así no repetir ellas mismas.

—¿Alguna noticia más? —preguntó Miquel.

—Ni que fuese el correo.

—Tú te enteras de casi todo.

—De fuera del Valle no, lo de siempre: las expectativas de que la guerra acabe pronto en Europa. Aquí… Bueno, me ha dicho el Asturiano que ayer le ayudaste a hacer una carta.

—Sí.

—Es buen chaval.

—Lo es.

—No tendrías que darle esperanzas.

—No le he dado esperanzas. Solo le dije que a lo mejor habían reconstruido su pueblo y la novia había vuelto a casa.

—¿Quién va a reconstruir un pueblo arrasado, hombre?

—La gente ha de vivir en alguna parte.

—¿Qué gente? —espetó Nicanor Buendía—. Los que han ganado ya tienen sus casas. A los que hemos perdido, como estamos muertos o enterrados, no nos hace falta. —Acarició el vaso con la yema de los dedos, con delicadeza, como si fuera una mujer—. Ya no hay gente, poli, solo vencedores.

La cantina era una isla. Se jugaba al dominó en una mesa y a las cartas en otra. Los del dominó gritaban cada vez que soltaban una ficha. Los de las cartas no. Pensaban. Con el primer frío, todos empezaban a buscar algún tipo de cobijo. Era cuestión de días que cayera ya la primera nevada.

Metro y medio el año anterior.

—¿No le harías mala sangre al Asturiano? —preguntó Miquel.

—No, hombre, no. Si él tiene su ilusión, pues ya está.

—Casi se enfrentó a Luciano Fernández por mí.

—¿El sindicalista? ¡Menudo tipo! Ése está peor que yo. ¿Se metió contigo?

—Me llamó catalán.

—Vaya. —Sonrió Buendía—. Eso es un halago, ¿no? Ya me gustaría a mí que me llamasen «catalán».

—No seas burro.

El anarquista se encogió de hombros.

—¿Y si resulta que la novia le contesta?

—Es una posibilidad.

—¿Y si ya está casada y tiene dos hijos?

—¿Y si te callas?

—Pero puede ser, ¿no?

—Coño, Buendía…

—Si está viva y recibe la carta, aunque esté soltera, mejor que no le conteste. El chaval ya está resignado.

—El chaval tiene veinticinco años.

—¿Y qué? Es un chaval. Comparado con nosotros…

De la mesa del dominó les llegaron unas carcajadas y un sinfín de palabras cruzadas: unas de protesta, otras burlonas. Por la mañana, en la misa, el cura les había advertido de los peligros del juego.

—No lo dudéis, es el diablo el que reparte las cartas; y sabe muy bien cuál da a cada uno de vosotros. No es el azar, ni el destino. Es el Maligno, que a unos os tienta con una aparente suerte que os llena de falsa felicidad, y a otros os muestra el lado oscuro del fracaso para que os dejéis llevar, arrastrar por el pecado, porque las lamentaciones son un atentado contra Dios. ¡Ay del que se lamente porque muestra su debilidad, su poca fortaleza y su falta de fe en Dios!

¿Qué debía ver el sacerdote desde el púlpito?

¿El espectro de tantas caras macilentas, doblegadas por la derrota, como máscaras sin alma, la mayoría de ellos obligados a estar allí?

¿De verdad creía o confiaba en que sus palabras hicieran mella en ellos?

Como empezaba a ser habitual, quizá contagiado por Argimiro Campoamor, Nicanor Buendía saltó de un tema a otro, inagotable.

—Ayer vino Pedro Muguruza.

No era una gran noticia. El arquitecto del Valle estaba siempre allí. Lo malo era cuando se presentaba Franco inesperadamente, o el

siniestro Millán-Astray, que sin embargo se portaba sonriente y amable con los presos, a los que incluso daba tabaco.

—Sí, lo vi desde la ventana.

—¿Sabes qué dijo?

—No, ¿qué dijo?

—Pues que el túnel es demasiado estrecho, tanto de alto como de ancho. Por lo visto, Franco piensa que, como engorde, no va a caber, el muy retaco…

—¿Y eso qué significa?

—¿Que qué significa? ¡Está claro: quieren ampliarlo!

Miquel se quedó pensativo. Estaban haciendo un túnel de más de doscientos cincuenta o doscientos sesenta metros de largo, la monumental cripta, los pasadizos internos… ¿Y se hablaba de ampliarlo?

—¿Cómo quieren ampliarlo?

—¿Tú qué crees?

—Quizá por eso el teniente Santos me ha dicho que van a llegar más presos.

—Oí decir que Franco lo quería el doble.

Miquel le miró horrorizado.

—¿Veintidós metros de ancho y otros veintidós de alto?

—Sabes lo que es eso, ¿no?

«Eso» eran muchos más obreros, muchos más barrenos, muchos más enfermos de silicosis. Y faltaba levantar la cruz, y hacer todas las estatuas, y…

—Esto no va a acabar nunca. —Suspiró.

—Y Franco lo quería de un día para otro —resopló Buendía—. ¡A este paso ni para los cincuenta!

—Tendrán que dejar de fusilar gente si van a necesitar tanta mano de obra.

Nicanor Buendía dio por agotado el tema. Si las obras se prolongaban, más tiempo acabarían pudriéndose allí. Como si supiera que él no iba a durar tanto, empezó a toser. Se pasó la manga de su único brazo por la boca y la retiró con unas manchas de sangre. Miquel no dijo nada.

Ni siquiera al verle sacar su enésimo pitillo.

Allí nadie era el padre de nadie.

El anarquista debió de pensar en la muerte, porque le preguntó:

—¿Cuándo murió tu mujer?

—El 4 de febrero, diez días después de la caída de Barcelona.

—Y a ti te trincaron…

—Al día siguiente.

—Por lo menos tuviste tiempo de enterrarla.

—Sí.

—¿Fue duro?

—Me sacaron de casa con lo puesto.

—Ya. —Hizo una mueca—. A mí uno de los que me trincó le dijo a un compañero: «No le cojas por el brazo izquierdo o se te escapará». ¡Cómo se reían los hijoputas!

—Prefiero no hablar de eso.

Nicanor Buendía no le hizo caso.

—¿Siempre estuviste con la misma?

—Pues claro.

—¿Desde novios?

—Sí.

—O sea que solo has estado con una mujer en la vida.

—Por supuesto.

—¿Nunca te fuiste de putas?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me hizo falta.

—Hombre…

—Ni me hubiese gustado.

—Eres un santo —repuso Buendía—. Mira que siendo poli lo tenías bien, no me digas que no. ¿Nunca miraste a ninguna y sentiste algo…, no sé, diferente?

Miquel se quedó quieto. Callado. Le había preguntado al Asturiano qué edad tenía su novia cuando la conoció, y le había dicho que dieciocho años. Y por un extraño efecto había pensado de inmediato en esa muchacha de enero del 39, Patro Quintana.

A la que solía ver en sueños.

Desnuda en aquel balcón.

¿Por qué le había conmocionado tanto aquella visión?

Y justo cuando ya no había esperanzas de nada, porque a todos la vida se les escapaba de entre las manos.

—Te has quedado callado, poli —dijo el anarquista—. Eso quiere decir…

—No quiere decir nada, Buendía —le cortó Miquel—. Solo son detalles y anécdotas de una vida.

Y, sin embargo, no estaba nada seguro de eso.

11

Carta

Querida Quimeta:

A veces me siento culpable, ¿sabes?

Hay cosas que no te conté. Bueno, que no me dio tiempo a contarte, porque sucedieron en aquellos últimos días juntos. Para ser más concreto en los últimos días de nuestra Barcelona republicana, cuando, a pesar de todo, de estar solo, me enfrenté a mi caso final como inspector de policía, el de aquella niña violada, masacrada y asesinada.

La mañana del 26 de enero, cuando llegué a casa cargado con aquellas dos bolsas de comida, te mentí. Nunca te había mentido, pero esta vez lo hice. No me la encontré en una casa abandonada. Toda esa comida estaba en un sótano que pertenecía al hombre que maté.

Yo, sí.

Le maté a sangre fría, de manera consciente.

Porque yo disparé la última bala de la Barcelona republicana, Quimeta.

La última bala que me quedaba después de una vida al servicio de la ley.

No fue un asesinato. Fue un acto de justicia. Sé que con ello salvé a otras muchas chicas como la que mató aquel hijo de puta aprovechándose de su dinero, su posición, su comida y el hambre que pasábamos todos. Yo, que siempre había respetado la vida, me convertí en juez y verdugo de una rata que no tenía ningún derecho sobre ella. Luego, en aquella misma casa, encontré el cuerpo del hijo de ese hombre, que se había suicidado. Nunca olvidaré su carta de despedida, dirigida a su padre. Nunca olvidaré estas palabras finales porque fueron las palabras de toda una generación, de todos nosotros:

… no me quito la vida por amor. ¡Ojalá, qué romántico! Me la quito porque no me gusta lo que viene, porque no podré soportar el hedor de tanta mierda como nos van a echar encima, porque tú y los tuyos podéis quedaros con vuestra España, pero no con nosotros. Me voy, pero me consta que otros no lo harán, y volverán, y un día descubriréis que sois como los cuatro jinetes del Apocalipsis cuando os creéis los ángeles custodios del paraíso. Qué ciegos estáis. Nos habéis quitado todo, pero mi vida me la quito yo. No creo en el cielo, así que te espero en el infierno, padre.

Tu hijo, mal que te pese,

JAIME

Pero de lo que quiero hablarte es de otra cosa.

De una muchacha, también casi una niña a pesar de tener dieciocho años, llamada Patro Quintana.

Patro tenía dos hermanas pequeñas, desvalidas, que dependían de ella para vivir. Y para vivir tuvo que vender su

cuerpo a unos hombres sin escrúpulos. La comida lo era todo. No lo hizo por tener vestidos bonitos ni medias de seda. Lo hizo porque lo único que tenía para negociar era su cuerpo, su bello cuerpo de ninfa.

Yo le salvé la vida a Patro Quintana. Gasté una de mis dos balas en matar al sicario que pretendía quitársela de encima. Estaba en un piso vacío, propiedad de su protector, y solo llevaba una bata por encima. Cuando quiso escapar, traté de retenerla y me quedé con la bata en las manos. Ella entonces se dirigió al balcón, completamente desnuda, pasó una pierna al otro lado y me advirtió de que, si me acercaba, se tiraría. Y sé que iba a hacerlo.

Quimeta, esa escena apenas duró unos segundos, pero me ha estado persiguiendo desde entonces. Tú fuiste la única mujer a la que amé, la única a la que vi desnuda, y no precisamente en la luna de miel, de tanta vergüenza como tenías. Estábamos acostumbrados el uno al otro. La felicidad es a veces eso, una costumbre. Pero aquella muchacha era… Es difícil de explicar. Como lo es también explicar lo que me pasó. Jamás había visto nada tan bello. Tú siempre fuiste guapa, claro. Pero de pronto… Sus ojos, sus labios, su piel de seda… Desnuda en el balcón, a contraluz, fue una epifanía, una catarsis. Todo se paralizó a nuestro alrededor. Ella, decidida a saltar. Yo, quieto, sintiendo cómo esa imagen penetraba en mi mente a fuego.

Y se quedó ahí.

Un cuadro, una fotografía eterna.

Como te he dicho, le salvé la vida. No tuve más remedio que irme esa primera vez, pero volví a tiempo de evitar la tragedia

porque en ese intervalo aquel hombre quiso acabar con ella. Una vez a salvo, confió en mí. Cuando la acompañé a su casa, ya libre y fuera de peligro, hablamos. Fue un largo camino de regreso, a pie por aquellas calles huérfanas y casi vacías. Los que quedaban estaban escondidos. Y los que huían estaban de camino a la frontera.

La acompañé a su casa y eso fue todo.

Pero no he dejado de pensar en ella, en la plenitud de su juventud desnuda en aquel balcón, tan asustada, temblando en mitad del frío, mirándome con sus enormes ojos…

¿Crees que es malo tener esos sueños, vivir con esa imagen grabada en mi mente como una fotografía única? ¿Soy culpable de algo? Dios, Quimeta, yo acababa de cumplir cincuenta y cinco años. A veces me da miedo, y otras siento dolor, por seguir siendo esclavo de esa perturbadora visión. Es como… si te hubiese engañado entonces, y como si te engañase todavía ahora.

A veces pienso en lo que habrá sido de aquella chica y de sus dos hermanas. No puedo evitarlo. Tengo aquellos cuatro últimos días de mi Barcelona moribunda grabados a fuego. Lo que hice, lo que pasó. El disparo que mató a aquel cerdo me devolvió a la realidad.

Y, en el fondo, después de todo, ¡qué bien comimos esos días, mientras te apagabas tan rápido como cambiaba lo que había al otro lado de las ventanas!

No salimos de casa. Nos acabamos aquella comida y nos quedamos viviendo nuestros últimos momentos juntos. Y así fue hasta que te dormiste esa noche, en mis brazos. Escuché tu

último suspiro. Te besé y te dije adiós. Pero no lloré. Sabes que no soy de lágrima fácil. Tú te ibas al más allá, mientras que otros, cientos, miles, lo hacían rumbo a la frontera, como mi hermano y su mujer, que ni siquiera sé si consiguieron cruzarla. Y, si lo lograron, tampoco sé qué habrá sido de ellos, porque con la guerra que estalló en Europa en septiembre…

¿En qué mundo de locos nos ha tocado vivir?

12

La cosa se va a complicar

El hospital del Valle era cualquier cosa menos eso, un hospital. En ninguna parte habría pasado de mero dispensario, pero era todo lo que había para atender a los heridos diarios, porque no pasaba un día sin un brazo roto, un corte escandaloso en una cabeza por el desprendimiento de una roca o una fiebre aniquiladora que los tumbaba como moscas, en parte debido a las duras condiciones de vida y la mala alimentación, que, aun así, era muy superior a las de las cárceles de las que provenían todos los trabajadores. Era normal que durante los primeros días, por el simple hecho de comer un poco mejor, los estómagos se rebelaran y muchos vomitasen lo ingerido. El material médico se limitaba a los medicamentos básicos, antibióticos, vendas, gasas, férulas. Además de la enfermería propiamente dicha, había un espacio con una docena de camas, casi siempre vacías, porque con los heridos graves se organizaba un traslado en ambulancia a la Clínica del Trabajo, en la avenida de la Reina Victoria de Madrid. Si no había ambulancia, se ocupaban los coches de la empresa. A los muertos se los llevaban a San Lorenzo de El Escorial. El hospital estaba situado en la parte de arriba de las obras, al lado de la capilla, muy cerca ya del monumento.

Cuando Miquel entró, encontró al doctor Lausín auscultando a un hombre. Había otro esperando.

—Tosa.

El hombre tosió.

Todas las toses eran iguales. Sonaban a sonajero. Pero no un sonajero infantil, destinado a hacer ruido para captar la atención de un bebé. Sonaban a piedras, a miles de piedras diminutas, insertadas en un rodillo que las trituraba todavía más. Los cristales de la roca atravesaban ya los pulmones de los más veteranos, destrozándolos por completo. No había hombre que trabajase en el túnel de la cripta sin silicosis.

Y lo sabían.

Todos.

Ellos y los verdugos.

Pero seguían allí.

La cara del doctor Lausín solía ser impenetrable. Ninguna emoción. De haberlas expresado, cada día se habría roto en mil pedazos. Miquel también había leído su expediente, por curiosidad. Los tenía al alcance de la mano. Podía saber el historial de cada preso, qué había hecho o no, por qué estaba allí, cuál era su condena. Ángel Lausín había llegado al Valle con él, en el 40, con pena de muerte conmutada. Entonces era un joven de treinta y tres años. De eso hacía cuatro y nada de lo que hubo en él entonces se reflejaba ahora. Teniendo en cuenta que se trabajaba en turnos constantes de ocho o más horas, sin contar los destajos, también había heridos constantes. Apenas si dormía. Lo hacía en un camastro, allí mismo. Su ayudante, Luis Orejas, no le iba a la zaga.

—Vístete —le pidió el médico del Valle al hombre que acababa de atender.

—¿Va a más? —le preguntó él.

—No, parece que está igual.

Casi era una buena noticia.

—Es que la tos no me deja dormir por las noches.

—¿Y qué quieres que haga?

—¿No puede darme algo, unas pastillas?

La mirada de Ángel Lausín lo dijo todo.

—Anda, vete.

El hombre se resignó. Se vistió mientras salía de «la consulta». Fue entonces cuando el médico se dirigió a Miquel:

—Hola, policía.

—Hola, doctor.

—¿Algo nuevo? ¿Está bien?

—Sí, sí. Perfectamente.

—¿Entonces es una visita de cumplido? ¿Se aburre y ha salido a dar un paseo y hablar con los amigos?

—Aquí no hay tiempo de que uno se aburra, ya lo sabe. Pero quería hablar con usted.

—¿Acerca de?

—De Nicanor Buendía.

—Déjame que recuerde…

—El anarquista, malcarado, malhablado, con una voz de estropajo que asusta. Le falta el brazo izquierdo. No es de los que se pasa por aquí para quejarse, al contrario. Dice que los médicos, a fin de cuentas, también llevan un uniforme: la bata blanca.

—Sí, sé quién es. ¿Qué le pasa?

—Lo que a la mayoría de los que están aquí desde el comienzo, que son muchos años en el túnel: apenas si puede ya respirar y los pulmones le crujen más que una rueda de molino.

—¿Es su amigo?

—Bueno, sí. Hablamos mucho.

—A su amigo le queda poco, policía. Ni siquiera sé cómo se tiene en pie y cómo aguanta trabajando.

—Es que es muy cabezota.

—Como una mula. Lleva la mascarilla de adorno. Dice que se le humedece la esponja y que se la tiene que quitar porque las piedrecitas le entran por todas partes y se la tapan, con lo que no puede respirar.

—¿Entonces…?

—Lo siento —dijo Lausín.

—¿No podría recomendar que lo trasladasen a otra parte? A las obras de la carretera, por ejemplo.

—Sabe que allí hay otra clase de presos junto a obreros libres. Y, además, ¿trasladarle a él? ¿Y los demás? Aquí solo soy el médico.

—Una autoridad.

Ángel Lausín le miró con ironía.

—Me preguntarían por qué el traslado. ¿Y qué les digo? —repitió la palabra de su visitante—. ¿Una autoridad? ¿En serio? Usted también lo es, está al tanto de todo esto, sabe lo que pasa y, sobre todo, es discreto.

—Supongo.

—¿Es cierto que van a traer más presos para avanzar más con las obras?

—Sí.

—¿Muchos?

—No lo sé, pero supongo.

—¡Por Dios! —El médico se pasó una mano por la cara—. Ya tenemos setecientos.

—Se habla de empezar a construir la cruz, y va a ser mastodóntica. Además, en cuanto estén las galerías, habrá orfebres y escultores haciendo las estatuas. A mí me da que acabaremos duplicando el número. Eso si no se triplica.

—Pues como no venga otro médico… —Le dirigió una mirada suplicante—. Dígame que van a mandar a otro doctor.

—Me temo que no.

—Ya empieza a hacer frío. La cosa se va a complicar.

Miquel asintió con la cabeza. No había ido a ver a Lausín con esperanzas, pero aun así… Era un buen hombre, joven y entregado. Uno de tantos a los que la vida le había jugado una mala pasada. Graduado como médico en Madrid, comenzó a trabajar en lo que siempre había soñado. Y entonces… una guerra. De atender pacientes en paz pasó a atenderlos en medio de una locura bélica, y al acabar la contienda se encontró en una cárcel y sentenciado a muerte. ¡Un médico!

—Le dejo trabajar —se despidió Miquel.

—¿Se viene el domingo al cine del pueblo? Tengo permiso.

Cualquier preso común mataría por aquello.

Un privilegio.

—No, no creo.

—Usted también tiene que distraerse, policía. ¿No le gusta el cine?

—Iba cada semana con mi mujer. A ella le encantaban las películas, y a mí me encantaba ella. Nos sentábamos cogidos de la

mano, pues era muy emotiva y necesitaba agarrarme, tanto si la película era romántica como si era del Oeste, de gánsteres o musical. —Dejó escapar un poco de aire—. No creo que me sintiera cómodo estando solo.

—Lo entiendo —manifestó Lausín—. Si cambia de opinión…

Miquel pensó que, encima, solo faltaría que fuera una de las películas que habían visto Quimeta y él juntos. Porque tenía buena memoria.

Demasiada.

—Gracias, doctor.

—Adiós, policía.

Salió del «hospital». Por detrás oyó a Lausín pidiéndole al hombre que aguardaba turno que entrara. Mientras se dirigía a su oficina escuchó, primero, el estallido de un barreno y, a continuación, una pequeña espiral de voces alzándose en el aire.

Prestó atención.

—¡Es Franco! —susurró alguien, no tan en voz baja como para que no pudiera escuchársele—. ¡Es el Caudillo, que ha venido otra vez de visita!

13

Con el pico en la cabeza

El toque de silencio era triste. Por contraposición, tanto o más que las explosiones que se sucedían de manera ininterrumpida durante el día. Sin embargo, el toque de oración era peor. Se suponía que los rojos y los comunistas eran ateos, no creyentes, blasfemos, condenados al infierno por toda la eternidad. Ir a misa los domingos era para inculcarles la Verdad, para hacer que su arrepentimiento fuese sincero, no un simple acto de supervivencia. Pero la obligación de rezar, que difícilmente se cumplía a no ser que hubiera un guardia para cada preso, no resultaba menos humillante.

España era la garante de la cristiandad. «La reserva espiritual de Occidente» no era una frase más. Si Dios y solo Él había puesto a Francisco Franco Bahamonde, Caudillo y Generalísimo, al frente de todo en el momento más decisivo de la historia del país, nada habría sido posible. Sin Franco, España se habría sumido en el caos como un satélite más de la horda roja comunista.

Esa noche, sin embargo, no se hablaba de otra cosa que de la visita de Franco.

Solía hacerlo a menudo, como quien sale a dar un paseo. «Voy a ver mi tumba». A veces se anunciaba, para que todo estuviera en su

sitio y se notase una actividad febril en los trabajos. Pero en otras, como aquélla, se trataba de algo inesperado.

En las visitas anunciadas aparecía la plana mayor: Franco, su séquito, Pedro Muguruza, sus ayudantes… Se inspeccionaban las obras sobre planos e *in situ*.

En las inesperadas no se trataba de pillarlos ociosos, sino más bien de dar la impresión de camaradería y cordialidad. El Caudillo en el patio trasero de su casa. Hacía preguntas, era informado y daba sugerencias. Siempre daba sugerencias. La idea de ampliar el túnel de la cripta, de once metros de ancho por once de alto, duplicando su tamaño, había sido por supuesto de él. ¿Once metros? Poco. Veintidós estaba mucho mejor.

La sorpresa de Miquel fue encontrarse a un encendido Nicanor Buendía.

Con ojos desorbitados y cara de alucinado.

—¡Si es que no puedo creerlo! ¡Lo que no me pase a mí…!

—¿Qué te ha sucedido?

—¡Franco, eso me ha sucedido!

—Bueno, sí, ha venido de visita, como otras veces.

—¡Pero es que lo he visto!

—Vaya, qué suerte.

—¡Vete a la mierda! —le espetó muy serio.

—¿Tan fuerte ha sido?

—¡Joder, inspector! ¡Que me doy la vuelta y ahí está él, como si tal cosa, en plan fantasma, con esa media sonrisa burlona que tiene siempre! ¡Y yo con el pico en la mano y la cara de susto y…!

—¿Has estado frente a frente con Franco?

—¡¿No te lo estoy diciendo?!

—¿Y qué has hecho?

—¿Yo? ¿Qué querías que hiciera? ¡Nada! ¡Joder, si es que me he quedado paralizado!

—Tanto hablar, tanto hablar… —se burló Miquel—. Te habría bastado con asestarle con el pico en mitad del cogollo. —Usó una expresión afín a la forma de hablar del anarquista.

—¡Pero si es que me he quedado pasmado!

—¿Y él?

—¡Ésa es otra! ¡Va el tío y me pregunta cómo le doy tan bien a la piedra con un solo brazo! ¡Tan amigo, oye! ¡He estado a punto de decirle que con el izquierdo disparaba y mataba fascistas, mientras con el derecho me rascaba los cojones! ¡O al revés, da igual!

—Pero no lo has hecho.

—¡No te digo que me he quedado pasmado! ¡A ver! ¿Qué habrías hecho tú?

—¿Yo? Ser educado y preguntarle por su mujer y su hija, supongo.

—¿Tú qué coño vas a…?

No acabó la frase porque tras una leve pausa expectante se echaron a reír.

A reír con ganas.

Sobre todo Buendía, liberando tensiones.

—¡Voy a soñar con eso todas las noches! —insistió.

—Una anécdota para contar a tus hijos.

Miquel lo dijo como un comentario más. Pero el anarquista se quedó serio.

—Coño, poli. —Suspiró moviendo la cabeza de arriba abajo un par de veces—. Para lo que me queda de vida… Es cierto, habría podido

cambiar la historia.

Miquel también lo pensó.

Dejaron de hablar.

—La próxima vez… —musitó Buendía.

Apareció Argimiro Campoamor, como un fantasma surgido de las sombras, con las manos en los bolsillos y una raída bufanda enrollada al cuello. Se quedó quieto observándolos hasta que dijo:

—¿Me he perdido algo?

—Éste —le informó Miquel—, que hoy ha tenido a Franco delante, a un metro, en el túnel.

La reacción de Campoamor fue la esperada.

—¡Hostias! ¿Y no le has dado con el pico en la cabeza? ¡Joder, tú!

14

Hablas como un líder

—¿Te apetece echarle un vistazo a *Redención*?

Miquel miró la publicación, en manos de Argimiro Campoamor. El órgano del Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo, que editaba la Jefatura del Servicio Nacional de Prisiones del general Máximo Cuervo, era lo más abyecto que jamás hubiera visto. Un periódico panfletario que representaba un atentado contra los principios de la ética y la moral. Justo de lo que presumía, de ética y moral. Era peor el adoctrinamiento de *Redención* que el de los sacerdotes en los púlpitos. Raramente lo veía; en primer lugar, porque no estaba suscrito, y, en segundo lugar, porque sentía vergüenza de todo lo que allí se escribía.

—No sé cómo puedes leer esto —le dijo Miquel.

Campoamor se encogió de hombros.

—Me hace reír.

—¿Te hace reír?

—Es como un chiste. Se lo toman tan en serio… Y total, por dos pesetas el trimestre. Estar suscrito demuestra que te has hecho bueno a sus ojos.

Ser cristiano, trabajador y buen español. La Santa Trinidad.

—¿Sabes el daño que hace eso a los presos que ahora mismo abjurarían de todo con tal de salir de aquí o de cualquier cárcel española? Esto no es más que un lavado de cabeza, Campo. Este periódico nos divide.

—¿Y tú sabes que estar abonado te da derecho a una comunicación semanal, oral y escrita, que de otra forma nos costaría una peseta con veinticinco céntimos? ¿Y que doce comunicaciones se quedan en cinco pesetas anuales?

—¿Qué comunicaciones, orales o escritas, tienes tú, Campo?

—Alguna carta mando, hombre. A ver si me sacan de aquí. Y, a veces, haciendo un cambalache, otro se ha hecho pasar por mí para ver a la parienta, y algo se consigue a cambio de esas cosas. Además, ahora que llega el invierno, no sabes lo bien que viene tener algo para poner debajo de la ropa. Y no digamos limpiarte el culo.

Miquel dudó seriamente de que dedicara parte de alguna página a la higiene, pero lo otro era cierto. Campoamor literalmente se forraba. Todo él crujía con tantas páginas protegiéndole del frío.

Cogió el ejemplar de *Redención*.

Solo leyendo los titulares de la primera página, ya daban ganas de vomitar: «Historia de un milagro», «El Generalísimo, Santo y Seña de esta Nueva Era», «Cristo, que lloró en la Cruzada, vuelve a sonreír al ver a España salvada», «Yo tenía ojos y era ciego. Ahora soy ciego, pero veo la luz»… El periódico era un exaltado exponente de la literatura franquista, en este caso con la Falange de protagonista. Más que ayudar a redimir penas, lo que hacía era humillar a los presos. Las soflamas rozaban el delirio. Los mensajes apostólicos podían enlazarse con los de los tiempos de la Inquisición.

Los «redactores» de *Redención* eran los mismos presos repartidos por las cárceles o los campamentos de trabajo de toda España. Publicar un artículo o una simple caricatura equivalía a dos días menos de condena. La sumisión era absoluta. Unos escribían, otros se confesaban, algunos más hacían caricaturas o ilustraciones. En uno de los primeros números había leído que, escribiendo en la publicación, se aminoraba de manera absoluta el dolor de las condenas. Más aún, el dolor de haber traicionado a España.

> Esa España que un día ofendisteis, dándole la espalda en aras de una perversa locura, hoy generosa y magnánima, altruista y cristiana, llena de fe y amor, os tiende la mano, sin ánimo de una justa represalia más allá de purgar las penas que los tribunales dictaron. Esa mano tendida es la de la generosidad, sí. Como dice la Biblia, el Reino de los Cielos se alegrará más por un pecador arrepentido que por cien justos. Un día estuvisteis ciegos, os arrebató la razón la marea roja, pagana y comunista, que trató de robaros también el alma. Y es el alma lo que nosotros os estamos salvando y aquello que vosotros, ahora, entregáis libremente para la reconstrucción de lo que destruisteis. Debéis miraros en los espejos, sobre todo los de vuestra conciencia. Miraros y preguntaros: «¿Yo hice eso? ¿Yo fui capaz de tanto mal? ¿Cómo? ¿Qué me pasó». Y, tengáis o no tengáis respuesta para vuestros actos, proclamar desde ahora mismo: «Estoy curado».

Miquel le devolvió la revista a Campoamor.

—Eso no hace más que socavar nuestra unidad y nuestra resistencia. —Se entristeció.

—¿De qué unidad hablas? Aquí cada cual va a la suya.

—Eso no es cierto.

—¿Y resistencia? ¿Qué resistencia nos queda? ¿Con condenas a muerte, a treinta años de cárcel, a veinte, a diez…? ¿Crees que

alguno va a salir de aquí con vida, o cuerdo?

—Mira, Campo. —Miquel señaló la publicación—. Ahora mismo este panfleto no es más que una cuña destinada a la división entre colaboracionistas, a arrepentidos o a los que siguen fieles a sus ideas, pero se sienten socavados en sus principios por el cansancio y la falta de perspectivas. Fíjate en Buendía. A ése no hay quién le mueva de lo que cree y piensa.

—Para lo que le va a servir…

—Vamos, Campo.

—Buendía se muere, y lo sabes tú, y también lo sabe él.

—Pero lo hará libre. En este infierno, preso, sí, pero libre aquí. —Se tocó la frente con un dedo—. Para él eso será lo más importante, la señal de que no han podido doblegarle. ¿Y de qué le servirá? Pues para sentir orgullo en el último suspiro.

—Joder con el orgullo… Lo tendrás tú, que eres de otra pasta. Pero el resto…

—¿De qué pasta hablas, hombre? —lamentó.

—Tú eras alguien. Inspector de policía, nada menos.

—Si algo bueno puede llegar a tener este sitio es que aquí todos somos iguales. Fíjate en lo que hay, desde simples campesinos hasta abogados, desde orfebres hasta militares de graduación, tú, Buendía, yo… Sé que por toda España se fusila cada día, cada día, y ni aun así podrán con todos. Nosotros no transgredimos la ley, lo hicieron ellos, los que se alzaron contra la República. Nosotros, para bien o para mal, a pesar de los tiempos convulsos que nos tocó vivir, teníamos una conciencia nacional que nos arrebataron. Claro que hablo de orgullo. La legalidad estaba de nuestra parte. Puede que la historia ahora la escriban ellos, pero tarde o temprano las cosas

cambiarán, y entonces habrá que examinarlo todo, por coherencia, por decencia, y sacar a los muertos de las cunetas y los bosques, y revisar tantos juicios fraudulentos, y decir que Franco es un dictador y que la Iglesia en España no ha sido el brazo de Dios, sino el brazo ejecutor de una ideología irracional.

Argimiro Campoamor se quedó callado unos segundos al acabar la inesperada arenga de Miquel.

—A veces hablas como un líder —proclamó admirado.

—Sabes que no lo soy.

—Sí, es raro. Pareces no estar, pero estás. Eres listo. No te importaría morir, pero vas a hacer todo lo que esté en tu mano para sobrevivir. Sabes tragar la mierda justa sin vomitar, y encima te haces respetar.

—Díselo al sargento Peláez.

—El teniente Santos es el que cuenta. Y por aquí, los compañeros. Hablando como lo haces, podrías levantar a las masas.

Miquel sonrió.

—¿Sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Pues que me des un pedazo de una página de tu revista, que acaba de entrarme una buena cagalera. A ser posible con el nombre de Franco en algún lado.

15

Carta

Querida Quimeta:

El otro día te conté lo de aquella muchacha, Patro Quintana, y el efecto que me causó esa imagen, que se me quedó grabada en la mente. Sé que te habrás reído al leerlo. ¡Tu Miquel conmocionado por la visión de una joven de dieciocho años, por más desnuda que estuviese! Seguro que hasta me tirarías de la lengua. Mira que te conozco.

Y, bueno, tú me conoces a mí.

La verdadera, la gran conmoción de mi vida, llegó el día que te conocí porque nada más verte, lo sabes bien, me enamoré de ti.

Recuerdo que le dije a Moré, ¿te acuerdas de Moré?, le dije: «Me voy a casar con ella». Y él me contestó: «¡Sí, hombre, ya está, ves a una mujer y sin siquiera saber su nombre o hablarle ya sabes que es la ideal». Le miré y le dije: «Lo sé. No necesito más. Es ella».

Y así fue.

Tampoco es que me costase mucho conquistarte, no digas que no. Nos bastaron aquellas miradas a lo largo de los dos siguientes meses, y luego… Te cité en la calle Tuset, nada menos, entre el Asilo Durán y la Escuela Alemana, en aquella pequeña tasca. Viniste muy guapa. Te vi subir desde la avenida de Argüelles, que no sé por qué la bautizaron así cuando todo el mundo la llama Diagonal, y luego, ya ves tú, ha sido la avenida de la Nacionalidad Catalana y después la de Alfonso XIII, y ya antes de la guerra la avenida del 14 de Abril… ¡Qué lío!, ¿verdad? ¿Por qué según quien mande han de cambiarlo todo? Fingí que estaba despistado, pero te veía de reojo, caminando con tu paso vivo aunque ni siquiera era la hora. Tus amigas ya intuían que iba a pasar algo y te arreglaron como una princesa. Te dije que me gustabas, que me había enamorado de ti, y antes de que abrieras la boca te previne: «Ahora mismo no soy más que un agente, pero no te engañes: voy a ser inspector. Si me dices que sí, prepárate, porque siempre, siempre, seré policía».

Y me dijiste que sí.

Así empezamos a caminar juntos.

El día que me hicieron inspector, me miraste y me recordaste: «Has cumplido tu palabra».

No sé si estabas orgullosa, pues el amor no necesita orgullo. Pero creo que sí. Te brillaban los ojos. «¡Ay de los malos!», suspiraste.

A tu madre no le gustaba que fuese policía. Eran días de pistolas y bombas. Temía que me pegasen un tiro. Además, siendo obrera, esposa de un obrero, siempre estaba de parte de

los débiles. La ley era la represión. Supongo que me aceptó porque te vio enamorada. No se puede luchar contra eso. Tardaste años en contarme lo que dijo el día que me conoció, la noche de aquella verbena de San Juan. «Guapo no es, pero se le ve trabajador». ¡Tu madre era un lince! Pero yo no era feo, ¿verdad? Tú sí eras guapa. Siempre lo has sido.

Pasaron cuatro días antes de darnos el primer beso.

¿Inocentes o prudentes? Vete tú a saber.

Más bien jóvenes.

Fue en el Teatro Poliorama, viendo aquella comedia tan graciosa. Se apagaron las luces y entonces…

Qué pena que al estallar la guerra fuera incautado por la CNT-FAI y que en él se produjeran los tiroteos entre miembros de la POUM y la CNT. Sentí como si nos mancharan ese recuerdo tan nuestro. ¡El escenario de nuestro primer beso convertido en un campo de batalla!

Aquí en el Valle hay muchos hombres solteros, a los que la guerra arrancó de sus casas, del amparo de sus padres o del amor de sus novias. Hombres que tal vez no tuvieran tiempo de dar ese primer beso, o que nunca vuelvan a besar o a ser besados. También hay muchos hombres casados, la mayoría llevan años sin ver a sus mujeres, aunque otros tienen la suerte de poder estar con ellas si logran llegar hasta aquí y visitarlos. Los más afortunados son los de la carretera, porque duermen en barracas hechas con sus propias manos, a base de piedras y palos, y allí viven con sus mujeres y sus hijos, apretados en apenas unos metros cuadrados, pero juntos. Algunos hasta tienen cuatro o cinco hijos. Y sobreviven. El doctor Lausín suele

ir allí para asistir a los partos. Entre él y el maestro, Gonzalo de Córdoba, qué gran labor hacen. Por lo menos, los críos van a saber leer y escribir.

¿Recuerdas cuándo nació Roger?

Era por la mañana. Abriste los ojos y me despertaste, tan campante. «Miquel», «¿Qué?», «Que ya viene», «¡Ah!», «Venga, vístete», «Voy», «Tranquilo», «¿Seguro?», «Que te lo digo yo», «Bueno».

Y así.

No hizo falta sacar el pañuelo por la ventanilla del taxi.

A las cinco horas, Roger estaba en nuestras vidas.

Lo primero que me dijiste fue: «Espero que sea guapo como yo y listo como tú». Yo me eché a reír. «¿Y si fuera al revés?». «Yo soy lista, pero tú no eres guapo; recuerda lo que dijo mi madre», me contestaste.

Y Roger salió guapo y listo como los dos.

¿Piensas mucho en él? Claro, todos los días. Yo también. Ahora no sé si alegrarme porque se ahorró esta locura, ya ves tú. Si no hubiera muerto en el Ebro, igual estaría aquí, o en cualquier otra cárcel franquista, o ya fusilado. ¿Tú crees que se habría ido a Francia, como mi hermano? Igual no, para no dejarnos solos. Sin esta guerra se habría casado con su novia, que mira que era buena chica la Olivia. ¡Y seríamos abuelos!

Abuelos y emparentados con los Canals.

¿Sabrá Franco alguna vez el daño que ha hecho, o siempre se sentirá el salvador de la Patria? ¿Pensará en los miles y miles de hombres a los que habrá matado, y en sus familias destrozadas, o no lo tendrá en cuenta porque a sus ojos no eran nada? Para

ellos, los rojos no son más que alimañas. Y, si no estás con ellos, eres rojo. No hay término medio. Siento que incluso me han arrebatado eso. Si no fui rojo ni soy franquista, ¿qué soy?

¿Nada?

Es increíble cómo se miente a sí misma la naturaleza humana, que se empeña en creer lo que quiere.

Y se convence de ello.

Por eso ganaron la guerra: la derecha es monolítica, mientras que la izquierda todo lo debate, todo lo cuestiona, todo lo convierte en tema trascendente hasta reducirlo a cenizas.

¡Ay, Quimeta!

Si un día me encuentran estas cartas…

Bueno, confío en que no pillen mi letra. ¿Quién va a perder el tiempo leyendo todo esto?

¡A veces las releo e incluso a mí me cuesta entender lo que escribí!

Cuídate. No pases frío. El aire del mar empieza ya a ser más que húmedo, aunque a ti te costaba mucho constiparte. No sé si cerraron bien el ataúd y la lápida. Espero que sí.

Te quiero.

16

De *Las uvas de la ira* a *Cinco semanas en globo*

El maestro había llegado los primeros días de marzo de ese año. Se llamaba Gonzalo de Córdoba. Daba clases a los hijos de los ingenieros, capataces, aparejadores, funcionarios de prisiones y otros empleados con familias, unas veinte por lo menos al comienzo. Con el aumento de personal, se había hecho necesario no dejar de lado la cultura. Como decía el sacerdote: «Dios nos lo da todo, pero también hemos de poner de nuestra parte».

El maestro, cómo no, había sido condenado a pena capital, luego conmutada por otra condena de treinta años. Estaba casado y tenía cinco hijos. Tener hijos suponía ganar un poco más. A Miquel le gustaba pasarse por la escuela, tan parca como el hospital. Gonzalo de Córdoba había conseguido una pizarra, unos mapas y algunos libros. Suficiente para empezar. Luego el mismo Pedro Muguruza había intercedido para que la escuela se instalase al lado del dispensario, con mesas prefabricadas. Lo malo era que entonces los niños tenían que ver pasar a los heridos y volvió a cambiarse el emplazamiento. Finalmente, al irse uno de los capataces, se adecuó su barracón. Allí había niños y niñas desde los seis hasta los catorce

años. Los exámenes se hacían en Madrid, en el Instituto de San Isidro.

Gonzalo de Córdoba estaba orgulloso de que, en su primer curso, apenas dos o tres de los casi sesenta alumnos hubieran suspendido en junio para volver a presentarse en septiembre.

—¡Don Miguel!

El maestro era el único que no empleaba ningún apodo con él.

—¿Cómo está, Gonzalo?

—Bien, bien, pase. Estaba ordenando esto. ¿Qué se cuenta?

Vivían todos en un pequeño espacio de la tierra, frente a la monumental obra que les había reunido allí, pero podían pasar días sin que se vieran, porque cada cual tenía su cometido y no era fácil, sobre todo con el aliento constante de los que cuidaban de la ley y el orden. Y eso que, por lo menos, la guardia civil no aparecía por esa zona. Ellos vigilaban sobre todo a los presos de las obras de la carretera, que podían escapar más fácilmente, aunque de momento ninguno lo había intentado. Tenían trabajo y comida. ¿Qué más iban a pedir? ¿Libertad? ¿Eso qué era? Fueran a donde fuesen, los habrían cogido. Y entonces sí, al paredón.

—Venía a devolverle el libro.

—¿Ya lo ha leído?

—Sí.

—¡Qué rápido!

—A pesar de las condiciones, no me cuesta demasiado.

—Ya, pero Steinbeck no es fácil.

El libro, *Las uvas de la ira*, cambió de mano. Estaba más que gastado, como si lo hubieran tocado mil dedos y leído cien ojos. El

maestro lo dejó a un lado. Obviamente era suyo, no de la escuela, donde, a lo sumo, leían algo del *Quijote*.

—¿Qué le ha parecido?

—Brillante pero triste.

—Sí, triste sí es. Toda esa gente huyendo, moviéndose por las zonas más depauperadas de los Estados Unidos, en medio de esa Gran Depresión…

—No es lo mejor para leer aquí —convino Miquel.

—Le entiendo —aceptó el maestro.

—Incluso me extraña que no se lo hayan quitado, o que no esté censurado.

—Para quitármelo tendrían que leerlo.

—Solo con el título… ¿Tiene algo de Hemingway?

—No, lo siento. ¿Qué tal Julio Verne?

—Venga, sí.

El maestro abrió un cajón de la mesa. Allí había una docena de libros viejos, tan gastados como el que acababa de devolverle. Rebuscó hasta encontrar uno. Lo cogió y se lo pasó a su visitante.

Miquel leyó el título:

—*Cinco semanas en globo*. —Y agregó—: No lo conozco.

—Ese hombre era un prodigio, don Miguel. Como que escribía cuatro libros al año. ¿Se imagina? La gente conoce los más famosos, pero hay muchos otros tan sorprendentes e ingeniosos como ellos. Le gustará, aunque, si se ha leído a Steinbeck tan rápido, Verne le durará menos.

—Algo es algo. Gracias.

—¿Se va ya?

—No estoy de paseo, como puede imaginarse.

—No, claro. ¿Charlamos un día en la cantina?

—Sí, me gustaría.

—Así comentamos con calma *Las uvas de la ira*. Y a Verne.

Se estrecharon la mano y Miquel salió de allí. La distancia entre la escuela y la oficina en la que trabajaba no era larga, unos trescientos metros. Mientras caminaba, miró la entrada del túnel. No había explosiones. La noticia de que de los once metros iniciales iba a pasarse al doble había caído como una bomba. Casi era como volver a empezar.

Nunca había entrado en el túnel.

Nunca iba a entrar.

Odiaba aquel lugar.

¿Valle de los Caídos?

¿Qué caídos?

Iba ensimismado y bajó la guardia. Culpa suya. Ni siquiera se dio cuenta de que el maldito sargento Peláez estaba en su camino. Y en posición chulesca, brazos en jarras, sonrisa de superioridad, el uniforme perfecto bajo la luz crepuscular de aquel día otoñal.

—¡Hombre, *Mascarel*!

Miquel se detuvo. Todavía llevaba el libro en las manos. No se lo había guardado en el bolsillo del pantalón o bajo el tabardo. Y era demasiado tarde para hacerlo. Dejó caer los brazos a los lados del cuerpo, confiando en lo imposible: que a Peláez le pasase por alto.

Algo absurdo.

—¿Qué me lleva aquí, *Mascarel*?

Le encantaba decirlo. Lo enfatizaba. Lo pronunciaba con placer: *Mascarel*, *Mascarel*, *Mascarel*…

Tomás Peláez alargó la mano.

Miquel le entregó el libro.

—Vaya, *Cinco semanas en globo* —leyó el título el sargento—. ¿Es un manual de evasión? ¿Va a construir un globo? ¿Va a fugarse, *Mascarel*?

—No es más que una novela, mi sargento.

—Pero trata de una huida, claro.

—No lo sé. No la he leído. Pero diría que no, Julio Verne escribía novelas de aventuras.

—Julio Verne… —Volvió a mirar la cubierta.

Miquel imaginó que Tomás Peláez jamás había oído hablar de Julio Verne.

El sargento ni siquiera abrió el libro.

—Bueno, me lo voy a quedar, solo para estar seguro. —Se lo puso bajo el brazo—. Ya se lo devolveré cuando lo termine, aunque yo leo muy despacio. Quizá el próximo año. Aunque para entonces, con la de cosas que tengo en la cabeza, igual ya me he olvidado. Pero usted estará por aquí, ¿verdad, *Mascarel*?

«Mascarell. Es Mascarell. Miquel Mascarell i Folch, hijo de puta».

Lo malo era que darle la satisfacción de pegarle un tiro de manera justificada sería hacerle el juego.

—¿Verdad, *Mascarel*? —insistió Tomás Peláez.

—Sí, mi sargento. Estaré por aquí.

—Siga —le ordenó, ahora con sequedad.

Miquel reemprendió la marcha.

Pensó en el libro que ya no tendría oportunidad de leer. En el maestro que lo había perdido. En su descuido, caminando por allí como si paseara por el Turó Park en Barcelona. Pero, sobre todo,

pensó en la maldita sensación de derrota que, día a día, le hacían sentir.

Y era muy duro vivir con eso.

17

Se dicen muchas cosas

—¿A ti cómo te cogieron, Padilla?

—Una encerrona. Nos emboscaron y caímos en la trampa como pardillos. Teníamos tanta hambre que los muy cabrones hicieron que una gallina cacareara. Pensamos que, si la cogíamos, sacaríamos el vientre de penas. Y nos descuidamos, claro. En un abrir y cerrar de ojos estábamos rodeados. Ni un tiro. Nada. Aún recuerdo la cara del cabrón que llevaba la gallina en brazos.

—Si es que nos ganaron por eso —argumentó otro de los presos —. Ellos estaban bien comidos.

—Bien comidos, bien pertrechados, bien armados, bien organizados… —Un tercero escupió a lo lejos—. Y encima con la ayuda de los italianos y los alemanes.

—Sí, porque lo que es Rusia…

—Rusia está lejos —opinó Argimiro Campoamor.

—No estará tan lejos cuando dicen que se llevaron todo nuestro oro, en cuatro barcos, desde Cartagena.

—Dicen, dicen —gruñó Padilla—. Se dicen muchas cosas y la mitad no son verdad, que para eso está la propaganda.

—Franco es amigo de Hitler.

—Y lo era de Mussolini.

—¿El Negrín no era amigo de Stalin?

—La guerra se perdió ya a las primeras de cambio —intervino Nicanor Buendía para detener el pequeño torrente de comentarios sin demasiado sentido—. De entrada nos liamos a hostias entre nosotros y, cuando acabamos, cansados, depauperados, ¡hala, a combatir al frente! Así nos fue.

—Yo estuve con Durruti —manifestó otro más.

Parecían palabras mayores. Todavía había nombres que pesaban.

—¿Le viste caer? —preguntó el anarquista.

—No, eso no.

—Para unos pocos que tenían carisma, como él…, van y lo matan a las primeras de cambio —comentó otro de los hombres del corro.

—Si es que todo salió mal —lamentó uno más.

Era normal saltar de un tema a otro, especialmente si se reunían varios.

—¿Y usted qué hacía, señor Miguel? —se dirigió a él un preso joven, de apenas veintipocos años, hasta ahora testigo mudo de las conversaciones.

—Así me gusta, chaval —se burló Buendía—. Que trates con respeto a los mayores.

—Yo estaba en Barcelona persiguiendo a los malos —le respondió Miquel pasando del comentario de su amigo.

—¿A los fascistas?

—No. A otra clase de malos. Era policía.

—Se nota que has llegado hace poco —dijo Campoamor casi con orgullo—. ¿No sabes que él era el inspector más famoso de Barcelona?

—¿Ah, sí?

—Olvídalo —le pidió Miquel.

El joven le miró con admiración.

—Bueno, ahora hemos tenido suerte de acabar aquí, ¿no? —siguió hablando él.

—¿Suerte? —se sorprendió Buendía—. ¿A qué llamas tú suerte, chaval?

—De la cárcel de donde yo vengo… —Se estremeció involuntariamente—. Aquí estamos al aire libre, se come mejor, y prefiero trabajar a no hacer nada. Encima redimiendo condena. Ni siquiera me han pegado todavía.

—¿Cómo que todavía?

El joven se subió la camisa. La parte izquierda de su torso tenía una enorme coloración violácea.

—Ahora ya respiro mejor —aseguró—. No imagináis lo que tardaron en aceptar mi solicitud para venir a trabajar aquí. Y eso que ni sabía lo que era el Valle de los Caídos. En la cárcel había un sargento que me la tenía jurada.

Miquel pensó en Peláez.

—¿Y por qué te la tenía jurada?

—Se pasaba el día llamándome maricón.

—¿No serás sarasa? —gruñó uno de los hombres.

—¡No!

—Es que mal español y encima comepollas… —dijo otro.

—A mí para dejarme venir aquí y redimir pena por trabajo hasta me miraron los dientes, igual que si fuera un caballo —se echó a reír Campoamor, como para dar terminado el tema de la homosexualidad.

—¿Tú cómo te lo hiciste con solo un brazo? —le preguntó a Buendía el que primero había hablado.

El anarquista sonrió con orgullo.

—Hice todo el papeleo, y cuando vinieron a verme, porque querían comprobar lo del brazo, no veas cómo se rieron los muy cabrones. «¡Oiga, pero si solo tiene un brazo». Entonces cogí a uno con éste —enseñó el brazo derecho—, lo levanté del suelo y lo sostuve en el aire. Ni siquiera lo dejé caer hasta el tercer trompazo que me dieron para que lo soltara. Pensé que me fusilaban, pero no. Entendieron el mensaje. Alguien dijo: «Hacen falta brazos fuertes, aunque sea solo uno». Y aquí estoy. Saco yo más piedras con una mano que dos con sus cuatro.

Empezaron a hablar todos a la vez, contando sus historias. Miquel miró al joven que le había tratado de usted.

Sintió pena por él.

Iba a cumplir sesenta y un años, pero aquel muchacho…

—¿Cómo te llamas?

—Ismael Puerto, señor.

—¿Qué edad tienes?

—Veintidós.

Un miembro de la «Quinta del biberón».

—¿Peleaste en la guerra siendo un crío?

—Bueno, no tanto. Me fui al frente con dieciséis años.

Miquel se le quedó mirando. Era barbilampiño. Quizá sí fuera homosexual. En todo caso, ¿qué más daba?

—¿Para cuánto tienes?

—Diez años. Trabajando aquí, con lo que redima, saldré antes.

Con casi toda la vida por delante.

—Pues trabaja y no te metas en líos, hijo —le recomendó—. Y cuídate del sargento Peláez.

—¿Es un mal bicho?

—No sé cómo sería el de tu cárcel, el que te insultaba y se metía contigo, pero sí, éste es un mal bicho. Un muy mal bicho. Procura no darle motivos para que se fije en ti.

—Gracias, señor.

—No me llames señor —le pidió—. Aquí todos somos iguales, no importa la edad ni lo que hacíamos antes de la guerra.

La charla entre los del grupo subía de tono, como siempre, como si en lugar de estar presos estuvieran en un bar de cualquier calle de España arreglando el mundo.

—¡Queréis bajar la voz! —ordenó Miquel de pronto.

Y todos se callaron.

De golpe.

18

La puntería de Amancio

La construcción de los nuevos barracones iba rápida, acelerada. Tampoco se trataba de construir un hotel. Ni siquiera unas chabolas medio decentes. Lo único esencial era tener un techo. El exterior y las vigas eran de madera, el techo de zinc. En el interior, sobre un suelo de tierra pisada, los camastros, las literas de dos en dos, con apenas espacio de unas a otras o el pasillo entre ambos lados. Cabían entre cuarenta y cincuenta personas según el espacio y las apreturas. El mayor de los lujos era disponer de luz eléctrica, aunque después del toque de silencio a muchos no les quedaban ganas de proseguir la jornada. Cada día comenzaban casi de cero.

Era como vivir pequeñas vidas de veinticuatro horas cada una.

Desde las puertas de los barracones podían verse las montañas del Guadarrama. El valle tenía forma de herradura y estaba rodeado por montes no excesivamente altos. Durante la guerra, la línea de fuego había estado muy quieta a lo largo de algún tiempo en el monte ubicado frente a la boca norte del túnel de la colina. Había trincheras cerca de la cima. Si el día era claro, la visión era perfecta.

Miquel estornudó.

Estaban a mil trescientos metros de altitud.

Pronto la temperatura descendería hasta los cero grados.

Se subió las solapas del tabardo. Pillar cualquier tipo de enfermedad allí, aunque se tratase de un simple resfriado, era tentar a la suerte. A más de uno se le había complicado algo así y había acabado con una neumonía o muerto.

Acabó de examinar y registrar el material recién llegado y empleado, para la contabilidad, y se dispuso a regresar a su oficina. El viento silbó por entre el risco y el siseo trajo más frío. Eran las primeras canciones del invierno adelantado en pleno otoño. Allí la música era eso. El viento de los violines y las trompetas de las explosiones en el túnel, con la percusión en las alturas, las noches de rayos y truenos. El único ruido humano procedía de los obreros trabajando. Golpes de martillo, sierras y roces diversos, bajo la atenta mirada de los capataces.

Echó a andar con el paso vivo.

Llegó cerca de su destino y sonó la hora final de la jornada. Salvo los que hacían destajos, para ganar un dinero extra, que era lo más solicitado, ya que un buen destajo podía dejar un duro limpio, el resto se encaminaba a los barracones a la espera de la hora de oración.

Miquel se encontró a Nicanor Buendía saliendo del túnel, cubierto de polvo y arenillas, con la mascarilla colgando del cuello. Era inútil decirle nada. Tampoco tuvo opción. El anarquista casi se le echó encima. Los ojos, orlados por la suciedad, parecían los de un negro asustado a punto de ser linchado.

—¡Se han llevado al Amancio! —le gritó en voz baja.

Era un día demasiado tranquilo. Miquel cometió el error de la inocencia.

—¿A dónde?

—¿A dónde va a ser? ¡A cumplir la sentencia!

—Pero… estaba condenado a muerte.

—Pues eso, joder. Pues eso. —Apretó las mandíbulas Buendía.

Miquel pensó en sí mismo.

Incluso se sintió egoísta.

«Mejor otro que yo».

A veces sentía que se deshumanizaba.

—Hacía mucho que no se llevaban a nadie.

—Él lo tenía mal —rezongó su compañero—. Ni siquiera sé cómo han tardado tanto.

—¿Estarán revisando condenas?

—No, no creo.

—No se lo digas a Campo.

—¿Por qué? Se va a enterar igual.

—Le decimos que le han trasladado.

—Oye, que Campo ya es mayorcito. Aquí lo somos todos.

—Anda, ve a lavarte un poco, que das asco —intentó seguir Miquel.

—A ver qué te dicen cuando te pidan el expediente.

—¿Qué van a decirme? Nada.

Nicanor Buendía bajó la cabeza. Las mandíbulas apretadas formaban dos ángulos de noventa grados a ambos lados de su patibulario rostro. Era raro que no tosiera, porque solía hacerlo cuando respiraba entrecortadamente a causa de un enfado.

Y estaba muy enfadado.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Tú eras policía, coño. Un tío serio y respetable. ¿Cómo lo haces para aguantar toda esta mierda?

Miquel lo pensó un momento.

—No lo sé —convino—. Me siento derrotado, pero no vencido. Es una sensación extraña, irreal. Hace unos días levanté la mano haciendo el saludo fascista, y grité «¡Arriba España!» y «¡Viva Franco!» como si tal cosa. Y sí, sentí asco, y vergüenza, y miedo, porque me obligaban y no era sincero; pero, en el fondo, en realidad no sentí nada. Es como…, como si me diera igual todo.

—Pero no te da igual todo.

—No.

—Ya sé que todos tragamos, y tragamos, pero yo no soy nadie, mientras que tú…

—¿Yo qué?

—Si la gente como tú cede…

—Vamos, Buendía, que sabes muy bien que aquí todos somos iguales. Cuando murió mi mujer, todo se me vino abajo. Siempre había estado con ella. Me quedé sin energía. Eso y ver a Barcelona destruida y en manos de esa chusma. Sabía que iban a fusilarme y me pareció bien. Estaba cansado. Pero aquí sigo. Lo único que no quiero ahora es darles la satisfacción de que me peguen un tiro sin más, después de todo lo que he pasado, y me entierren en una fosa común. ¿Qué más da que les haga el saludo fascista? ¿«Arriba España» y «Viva Franco»? Pues «Arriba España» y «Viva Franco». Pienso que ellos mismos saben que es una comedia, aunque algunos crean que nos estamos arrepintiendo de verdad y hasta vayamos a misa. Y ahí es donde les duele. Y sé que les duele mucho. Su mayor

deseo es «convertirnos», pero al mismo tiempo tenernos vivos les jode cantidad. ¿Acaso no me lo dijiste tú una vez, o lo has olvidado?

—Pues te lo has tomado al pie de la letra, compañero.

—Mira, si, como me dijiste, la guerra en Europa acaba pronto, lo que está pasando aquí no va a importarle a nadie. Estarán contentos y felices. Es más, un día este mausoleo estará terminado, y vendrán a verlo desde todas partes. Entonces nadie pensará en quiénes lo construimos. Nadie. Dirán que es un milagro o algo así. Y hasta lo santificarán, vendrá el papa y… —Se sintió más y más fastidiado—. ¡Bah! De verdad, ¿qué más da?

—Tenía que haberle dado con el pico a Franco. ¿En qué estaría yo pensando? ¡Si total voy a morirme igual!

—He de ir a la oficina a dejar estos papeles.

Echó a andar de nuevo, pero apenas llegó a dar media docena de pasos.

—¿Cuántos hijos tenía el Amancio?

Miquel le contestó sin volver la cabeza:

—Cinco —dijo. Y se lo repitió—: Cinco, todo chicas, que tenía una puntería el pobre…

19

Carta

Querida Quimeta:

Echo de menos muchas cosas, nuestro piso, nuestra casa de seis plantas sin ascensor que ya no podías bajar y menos subir, el tramo de la calle Córcega entre Balmes y Enrique Granados donde teníamos nuestro mundo, con la vaquería en la acera de enfrente, la tienda de ultramarinos, la carbonería y el barbero en la esquina, frente al quiosco. Me pregunto si alguien vivirá en nuestro piso o si seguirá vacío. Imagino que sí, que lo habrán ocupado. ¿Quiénes? Espero que sean dos jóvenes con la vida por delante, aunque el impresentable de nuestro casero fuese un mal bicho, una mala persona, capaz de todo. ¿Y qué habrá sido de nuestros muebles, nuestra ropa, nuestros recuerdos? ¿Los habrán guardado o estarán perdidos y diseminados por media Barcelona? No me dejaron llevarme ni una foto, ni de ti ni de Roger. ¡Y teníamos tantas fotos! No solo nuestras, también de nuestros padres, abuelos… ¿Qué clase de bestias pueden arrancarle a otro ser humano su origen?

También echo de menos la comisaría.

¿Qué puedo decirte? Era mi segunda casa, y lo sabes. Tan buenos inspectores, tan buenos agentes, tan buenos servicios a pesar de las adversidades. ¿Qué habrá sido de todos los policías que conocí? A algunos los tengo muy presentes. A otros, menos. Hubo inspectores tanto como simples agentes, mayores unos, jóvenes los más. Hay rostros desdibujados en mi memoria, y en cambio tengo otros muy presentes, y por motivos dispares. Había uno, con una cara dura impresionante, que se llamaba David Fortuny. Nunca he conocido a nadie más fachendoso que él. Una vez me enteré de que, cuando iba de paisano, se jactaba con las chicas de ser inspector encubierto, agente infiltrado y qué sé yo cuántas cosas más. Lo curioso es que ellas, inocentes, le creían. Tenía una labia impresionante. Y encima caía bien, era buen tipo.

Imagino que moriré aquí. Pero si un día salgo libre… ¡Ay, Quimeta! ¿Qué haré? ¿Volver a Barcelona, solo, para enfrentarme a los recuerdos, ver en qué han convertido mi ciudad y respirar el emponzoñado aire del fascismo?

Todo lo que en su momento nos parecía normal, incluso trivial, es ahora lo que más echo de menos. Los pequeños detalles que conformaban nuestra vida. La radio, que tanta compañía nos hacía de noche. La música, que tanto te gustaba. Esas cortinas nuevas o esa alfombra vieja, la cubertería heredada de tu abuela materna y la vajilla que seguía intacta después de tantos años casados. Compramos el tresillo dos semanas antes de que te detectaran el cáncer. Mira que dimos vueltas hasta que encontramos el que te gustó, que para eso eras tú muy selecta. Y fue sentados en él cuando me contaste lo

que te había dicho el médico. Estabas muy serena. No hubo lágrimas. Me aseguraste que no te ibas a morir. Y te creí. Siempre te creía. Desde aquel momento, cada vez que nos sentábamos en él, me venía a la memoria ese momento.

Yo siempre estaba de servicio. Era inspector, y el mal no sabe de festivos. Pero los domingos sobre todo, cuando íbamos al cine, ¡qué bien lo pasábamos! A ti te gustaban las películas musicales y las de amor. A mí me gustaban las de gánsteres, las policiacas, claro, pero también las históricas o las que reflejaban cosas que habían sucedido. Después, aquellas meriendas chocolateras en la calle Petrixol. No sé cuánto hace que no como chocolate. A lo peor lo tomo ahora y me sienta mal. A los presos que nos llegan de las cárceles, como yo en su día, les sienta fatal pasar de aquella bazofia a la nuestra, que al menos es un poco mejor y más abundante, porque en las cárceles no se hace nada, mientras que aquí trabajamos todos. Y no sabes cuánto.

Tengo la cabeza llena de tantas y tantas pequeñas y grandes historias almacenadas durante nuestros años de vida en común. Años que, ahora, después de todo, me parecen pocos. Siempre pensamos, soñamos, con envejecer juntos. Eso nos lo arrebató tu cáncer, pero también la maldita guerra. No merecíamos lo que nos pasó, no solo a nosotros, sino a Barcelona, a España entera. Pero ya se barruntaban nubes de tormenta en el 35, y más en el 36, antes del 18 de julio. Aquel día de mayo que detuve a José Antonio Pozo Sotomayor, por fraude, y muy sonriente me miró y me dijo: «Saldré antes de lo que usted se imagina. Y si no salgo por las buenas, tranquilo, que será por

las malas, porque vendrán los míos y acabarán con esta farsa». Sí, dijo «los míos». Ese hombre, como el que maté la mañana del 26 de enero del 39, se preparaba para ser parte de la nueva élite, los amos de esta España que, primero, han sangrado y ahora gobiernan con impunidad. Sé que la República probablemente se equivocó, que lo hizo mal, pero era legal.

Legal, Quimeta, legal.

No sé por qué siempre acabo divagando cuando te escribo y me pongo serio, triste, enfadado, nostálgico… Vale, perdona.

Venga, para terminar, un recuerdo divertido.

¡Ah, el día que el presidente de la Generalitat me puso aquella medalla! Te dijo: «Estará usted orgullosa de su marido». Y tú, tan campante, le contestaste: «Lo importante es que él esté orgulloso de mí». Tantos años hablando de la liberación de las mujeres y de pronto casi te conviertes en un estandarte. Pero bueno, se echó a reír. Tú siempre tenías esas cosas, esas salidas. Además, soltabas auténticas perlas sin cambiar ni siquiera de expresión. Te salían con la mayor de las naturalidades. Roger se parecía más a mí en esto.

Acabo por hoy.

Hasta mañana. O cuando pueda.

20

¿Cuánto amor se necesita para vencer al tiempo?

—¡Señor Mascarell, señor Mascarell!

Se detuvo en seco. Por más concentrado que fuese para vigilar a su alrededor, por si aparecía Peláez, nunca acababa de tener los cinco sentidos puestos en su protección personal.

Por lo menos no era nada malo.

Vio al Asturiano correr hacia él. Su cara, un poema. Su sonrisa, una media luna maravillosa. Más que estar allí, preso, parecía ser un paseante de las Ramblas que acababa de encontrarse con un amigo. Pese al frío, llevaba una simple chaqueta mal abrochada porque le faltaban la mitad de los botones. No esperó a llegar frente a Miquel para decirle:

—¡Me ha contestado, señor Mascarell! ¡Me ha contestado! ¡Usted tenía razón, volvieron al pueblo y no sabían dónde estaba yo ni tenían a nadie para preguntar! ¡Ahora ella sabe que estoy vivo! ¡Lo sabe! ¡Oh, señor Mascarell!

Y le abrazó como solo un hijo puede abrazar a un padre.

Miquel desapareció bajo aquel corpachón.

—¡Gracias, gracias! —no paraba de repetir Marcelino Soler.

—Te lo dije —logró jadear a duras penas.

—¡Sí, me lo dijo! ¡Oh, señor Mascarell…, esa carta me dio una esperanza, y ahora la respuesta de ella…!

Logró separarse del Asturiano.

—¿Está bien?

—¿Mi novia? ¡Sí, muy bien! Lo pasaron mal, claro. Mucha hambre, muchas lágrimas, mucha incertidumbre, y, al comienzo, el estigma de ser rojos, toda la familia, hasta ella. Pero están empezando a recuperarse, han reconstruido parte de la casa con sus manos, con lo que tienen. ¡Se niegan a irse! Bueno, total, son cuatro gatos. ¡Lo importante es que me ha dicho que va a esperarme!

Esperarle.

Aquella muchacha tenía dieciocho años antes de la guerra. Ahora, mujer ya, prometía esperarle.

¿Cuánto tiempo?

¿El que hiciera falta?

El Asturiano tenía una condena de treinta años.

¿Cuánto amor se necesitaba para vencer al tiempo?

—¡Ahora sé que saldré de aquí, señor Mascarell! ¡Lo sé! ¡Voy a trabajar duro para redimir pena al máximo! ¡Turnos, lo que sea! ¡Si es necesario, me haré amigo del cura, serviré de monaguillo! ¡Estoy seguro de que, si el cura me recomienda, eso va a contar!

Marcelino Soler iba a ser «un buen español».

—Bien, hijo, bien —asintió Miquel.

Todavía no había terminado. Le cogió de los antebrazos con sus manazas.

—Le juro que a nuestro primer hijo le pondremos Miguel, en su honor, porque sin usted esto no habría sido posible. ¡Usted me ayudó a escribir esa carta!

—¿Y si es niña? —trató de bromear—. ¿No le irás a poner Miguela?

Marcelino Soler se echó a reír.

Era un nuevo hombre.

A veces bastaba solo eso: un poco de esperanza.

—Si es niña… ¡Dígame un nombre, va! ¿Cuál le pondría?

—¿Que tal Joaquina?

—¿Joaquina? —pareció vacilar—. ¿Por qué?

—Era el nombre de mi mujer —le dijo Miquel—. Y te aseguro que es un nombre muy bonito.

21

Para mantenerme en pie y seguir vivo

Miquel llamó a la puerta con los nudillos.

—¡Pase!

Abrió y se quedó en la entrada. Ángel Lausín acabó de redactar algo con un lápiz y levantó la cabeza. Le cambió la cara al verle.

—¡Hombre, policía!

—¿Me ha mandado llamar?

—Sí, venga, entre.

Miquel le obedeció, dócil. Los médicos eran como los pequeños dioses de la tierra. El cuerpo era de cada cual, y su salud, lo mismo. No dependía de los médicos encontrarse bien o mal. Pero, cuando uno iba a visitarle, lo que siempre esperaba era que el doctor le dijese que estaba bien, y, si se encontraba mal, que no era grave, y, si, a pesar de todo era grave, que hubiera una esperanza.

Quimeta no había tenido esa suerte.

Todas las malas previsiones se confirmaron una a una con ella.

—Siéntese y arremánguese.

—¿Me va a poner alguna vacuna?

—¿Vacunas aquí? —Se echó a reír—. Voy a tomarle la tensión.

—¿Por qué?

—Porque debe de hacer al menos un año que no se la tomo.

—Más o menos, sí.

—Mejor estar controlado.

Miquel se sentó en la silla y se arremangó el brazo izquierdo. Ángel Lausín procedió con el proceso, apretarle con la almohadilla antes de poner en marcha el sistema.

—Ahora no hable y estese quieto.

Miquel no habló y se estuvo quieto.

Notó la presión en el antebrazo, hasta el máximo. Luego el bajón gradual. Antes de dar por finalizada la operación y quitarle el manguito, Lausín ya le dio el parte.

—¡Perfecto! ¡Como un toro! ¡Trece y medio, siete y medio!

—Siempre he sido muy regular.

—¡Va a llegar a los cien, amigo mío!

Miquel le miró escéptico.

—¿Seguro?

—Sí, hombre, sí.

—¿Aquí?

—No nos vamos a pasar la vida en este sitio, digo yo.

—Pues no estoy tan seguro. Estas obras no se terminan ni en diez años.

—Traerán savia nueva.

—Le veo muy optimista.

—¿Y qué quiere que haga? —Ahora sí, dominó un atisbo de tristeza—. No paran de decir que van a traer un montón más de presos, ¡y yo solo! Bueno, con mi practicante. Si no me lo tomo con buen humor… Ayer dormí tres horas.

—Entonces la tensión tendría que tomársela usted.

—Ya lo hago. Pero yo soy más joven.

—Eso sí, ¿ve? —le dio la razón.

Ángel Lausín alargó una mano. Miquel lo vio coger un ejemplar de *Redención*. Se lo entregó. Lo primero que vio fue la fecha, 13 de mayo de 1939.

Luego, el titular de la noticia principal de la portada:

YA TENEMOS BANDERA

Sintió un nudo en el estómago.

—Usted estuvo en la Modelo de Barcelona al comienzo, ¿verdad? —preguntó el médico.

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—¿Entonces estaría presente cuando pasó esto? —Tocó el periódico con el dedo índice de la mano derecha.

Miquel ya no respondió.

Y, aun sin pretenderlo, leyó el artículo.

> Ha sido en el momento solemne que precedió al Santo Sacrificio de la Misa, cuando ha aparecido en la gran rotonda del centro la gloriosa bandera nacional, que desde este día memorable ha de presidir todas las solemnidades de la cárcel. Oro viejo que nos habla de todas las virtudes de la raza; sangre que en estas horas de triunfo tanto nos dice de los mares derramados por nuestros héroes y nuestros mártires, y águila del Imperio que abraza con sus alas nuestro escudo. Esta vieja enseña de la Patria llega, con los vivos colores rojo y gualda de sus sedas purísimas, a lo más hondo de nuestro corazón. Cuando se presencian espectáculos como éste, del que hemos tenido la dicha de ser emocionados testigos, se convence uno de cuán imposible es matar lo que un pueblo lleva en su alma. En vano flameó durante ocho años una enseña que quiso ser nacional y no pudo pasar de

> serlo de bandería. No. La bandera de España será siempre ésta: la vieja bandera. «Nuestra bandera». Esta que, al aparecer de mañana ante una población reclusa de las más dispares ideologías, a todos ha unido en un mismo centelleo de pupilas y un mismo latido de corazones.

Cerró los ojos.

Y el periódico.

Cuando volvió a abrirlos se encontró con el rostro grave del doctor.

—¿Por qué me lo ha dado? —le preguntó.

—Lo encontré ayer, buscando algo entre los números atrasados. Leí esto y pensé en usted. —Le recogió el periódico de las manos. Quería saber si sucedió así, como lo describe el periodista. —Fue sincero—. ¿«Emocionados testigos»? ¿«Latido de corazones?»…

Miquel se sintió cansado.

—No, no sucedió así. —Suspiró.

—Lo imaginaba.

—Claro que hubo aplausos, y gritos, y vítores, y todo lo que se espera de un momento así de solemne, con su parafernalia, con la bandera, los militares… Pero los gritos, los aplausos, el entusiasmo eran mayormente falsos por parte de los presos. Muchos lloraban, aunque no de emoción. Lloraban por el adiós a la bandera republicana. Y gritaban y aplaudían porque los guardias vigilaban y apuntaban los nombres de los que mostraban poco entusiasmo. Tras ese acto, hubo palizas, ¿sabe? Esa noche se oyeron muchos lamentos en la Modelo.

—¿Usted…?

—Sí, yo también —aceptó Miquel antes de levantarse y decir—: ¿Le importa que cambiemos de tema?

—No, perdone. Ya veo que no debí…

—No, no importa. En el fondo es bueno que se sepan las cosas, para poder contarlas un día a alguien, a quien sea, como testimonio de la realidad. De lo contrario, solo va a quedar esto. —Señaló el periódico—. Nadie sabrá lo que pasó aquel día en Barcelona, ni en tantos y tantos lugares de España con aquellos asesinatos en masa…

—Ya, ya —apoyó Lausín su abrupto silencio—. ¿Quiere un vaso de agua?

—Sí, por favor.

Fue rápido. Se lo sirvió. Miquel seguía de pie. Lo apuró de dos sorbos. Tenía la garganta súbitamente seca. Cuando dejó el vaso ya vacío en la mesa, recuperó el habla.

—No había leído esto —dijo—. Nunca leo *Redención*. Me parece una afrenta al sentido común; y sería una burla cruel si no fuera porque ellos creen en lo que dicen y predican. Me duele el tono, la falsedad, el barroco derroche de palabrería, y me da asco ver lo que se dice y cómo se dice.

—Es usted valiente, policía.

—¿Por qué?

—Por expresar sus opiniones como las expresa.

—Bueno, usted es de confianza, ¿no?

—¿Tiene buen ojo para la gente?

—Sí.

—Entonces conmigo acierta: soy de confianza. Y perdone por haberle hecho recordar.

Miquel no le ocultó la tristeza que le embargaba.

Dio un paso hacia la puerta.

Y desde allí le miró y dijo:

—Me paso los días recordando, Lausín. No tengo otra cosa para mantenerme en pie y seguir vivo.

22

Mientras no me entierren aquí…

—Qué poco ha estado vacía la cama del Amancio —dejó ir Buendía.

—¿Por qué?

—Han puesto en ella a uno que ha llegado hoy.

—¿Y qué tal?

—Bien, no sé. —El anarquista se encogió de hombros—. Normal, como todos, cincuentón. Parece hablador, eso sí. De los que se te enrolla como una persiana con solo darle los buenos días. Imagínate que ha dicho que esto es un paraíso comparado con el lugar del que viene.

—Hay cárceles que son el infierno.

—¿Y esto qué es?

—El limbo —propuso Miquel.

—¡Tú sí que estás en el limbo, poli! ¡Tienes cada cosa…!

—¿Cómo se llama el nuevo?

—Gabriel Cisneros, pero dice que le llaman «el Cisne». —Soltó un resoplido—. ¡No te jode! ¡El Cisne! ¡Menuda mariconada! ¡A mí me dicen eso y le corto los huevos al bocazas! ¡Y él, tan campante!

—Que tú seas un bruto no significa que no haya hombres sensibles.

Nicanor Buendía le lanzó una de sus miradas cargadas de mala uva y escepticismo.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro.

—¿Hombres sensibles, aquí?

—Aquí y en todas partes.

—Dejémoslo estar. —Prefirió no discutir—. ¿Cuántos más han llegado hoy?

—Me han pasado dos expedientes, pero no he tenido tiempo de mirarlos. No he tenido un buen día. —No quiso explicarle por qué ni hablar de aquel artículo de *Redención*—. De todas formas…, serán como todos. Ya sabes que lo único que hago es guardarlos, por si los piden. ¿Para qué curiosear? Uno será el de ese tal Cisneros. Ya que lo tienes en tu barracón, si quieres mañana le echo un vistazo.

—No hace falta. —Se despreocupó—. Seguro que lo cuenta él. Se ha instalado y ha dicho que ya tiene ganas de empezar a trabajar. ¡Como una puta cabra!

—¿Tú estabas cerca de la cama del Amancio?

—No, a cinco literas de distancia.

—Como decías que le oías roncar…

—¡Es que roncaba, el cabrón! ¡Roncaba mucho! ¡Se le oía desde la otra punta del barracón! ¡Los que tenía más cerca a veces le daban de hostias! ¡Si hasta uno ha dicho que no hay mal que por bien no venga!

Miquel esbozó una sonrisa de pesar.

Pensó en las cinco hijas del Amancio. Y en su mujer.

—¿Te vienes un rato a la cantina? —le propuso Buendía.

—No, esta noche no.

—¡Venga, hombre, que te invito! ¡He cobrado un destajo: dos duros!

—Guárdalos, Buendía.

—¿Para qué? —Sacó a relucir su humor negro—. No quiero palmarla siendo rico. Prefiero morir pobre y así nadie me echará de menos ni se pelearán por mi herencia. ¿Quieres que el primer idiota que me sacuda se encuentre dinero en mi almohada o en mis bolsillos?

—Invita a Campo. Y al Asturiano, que está muy contento con las noticias de su novia.

—¿A quién más, señor? —fingió ser servicial.

—Puestos ya, a Ismael Puerto.

—¿El chaval?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque necesita amigos.

—¿Sabes una cosa? —No esperó a que Miquel le contestase—. Como sigas aquí muchos años, al final te harán un monumento.

—Mientras no me entierren aquí… —repuso él.

—Peor. ¿Te imaginas que uno de los escultores que van a hacer las estatuas le pone tu careto de buena persona a un santo y así te inmortaliza?

Miquel acabó soltando una carcajada.

Solían hablar en serio, pero, cuando Buendía se ponía a decir barbaridades, podía decirlas muy gordas.

En ese mismo momento, el anarquista dejó de reír.

—Mira, ahí está el nuevo, el Cisne —dijo.

Día único

Miércoles, 1 de abril de 1964

23

Miquel dejó de hablar cuando llamaron a la puerta y, sin esperar una invitación de entrada, por ella apareció Raquel.

—¡Hola, papá!

—Hola, hija. —Se le alegró la vista—. Pasa, pasa.

—¿Puedo entrar, seguro? —Siguió en la puerta.

—Claro. Anda, ven y dame un beso. Estoy charlando con un amigo de hace años.

—Eso me ha dicho mamá, pero como siempre quieres que te diga cuando llego…

Raquel cubrió la breve distancia que los separaba. No solo le dio un beso, también le abrazó. Era el ritual. De soslayo miró al invitado de su padre con curiosidad.

—Argimiro —prefirió el nombre a llamarle Campo o emplear el apellido entero, Campoamor—, ésta es mi hija Raquel.

—Hola, Raquel —le sonrió el visitante.

La niña no se cortó. Llegó hasta él y también le dio un beso en cada mejilla. Era alta y espigada, con una hermosa mata de pelo negro, grandes ojos y barbilla puntiaguda con un leve hoyuelo en medio. No llevaba uniforme escolar, pero desde luego venía del colegio.

—Os dejo que sigáis hablando. —No quiso molestarlos.

—Estamos recordando viejos tiempos —dijo Argimiro Campoamor.

Raquel miró a su padre.

—Se nota. —Puso cara de pícara—. Cuando papá se pone nostálgico, se le humedecen los ojos.

—¡Serás…! —Miquel alargó la mano para darle un golpe en el trasero, pero la niña fue más rápida y lo eludió.

Se dirigió a la puerta.

—¡Hasta luego, señor! —se despidió.

Volvieron a quedarse solos.

Miquel seguía con los ojos húmedos.

—Estas nuevas generaciones… —murmuró.

—Bueno, mejor, ¿no?

—Sí, claro.

—Es igual que su madre —ponderó Campo.

—¡Menos mal! —suspiró Miquel—. Acaba de cumplir trece, pero ya es toda una mujercita. Es una chica feliz, siempre está contenta. Ahora le ha dado por la música esa que llaman «pop» y está loca con esos chicos ingleses que llevan el pelo largo, los Beatles. Canta a todas horas sus canciones.

—Nuevos tiempos.

—No del todo, pero bueno.

—¿Le has contado…?

—No, no. —Ni siquiera le dejó terminar la pregunta—. ¿Para qué? Sabe que fui policía, que hubo una guerra y que estuve preso un tiempo, pero nada más. Es lista, claro. Algún día hará más preguntas, y, aunque no las hiciera, habrá que contárselo. Pero ahora es demasiado pronto, prefiero que no sea así. Me da que perdería toda su inocencia.

—Bueno, con la dictadura que tenemos…

—De momento, a ella eso se le escapa. Y no será porque no hablemos de otras cosas, como, por ejemplo, de religión. Sus amigas van a misa los domingos y hace ya tiempo nos preguntó por qué nosotros no rezábamos. Le conté que era ateo y le expliqué mis razones. Las entendió y punto. No sé si un día nos juzgará o no, como hacen todos los hijos, pero de momento está bien. Por supuesto, no va por ahí diciendo según qué cosas. Y ha habido momentos difíciles, no te digo que no. Un día nos preguntó cómo es que yo era tan mayor y su madre tan joven. Entonces le hablé de mi primera esposa y de mi hijo. No sabía cómo se lo tomaría, pero me abrazó muy fuerte, me dio un beso tremendo y me dijo que ella me querría por los dos. Es un ángel, Campo. Una bendición.

—Te entiendo, porque me pasa lo mismo. Hablarles del Valle… — Se estremeció.

Miquel miró en dirección a la puerta.

—Hace cinco años —dijo—, estábamos en el cine, en un programa doble, y en el NO-DO salió la maldita inauguración del Valle. Cuando lo vi me quedé petrificado en la silla. Todo vino a mí de golpe, en un instante. Franco, militares, curas, un gentío vitoreándolo. Todo refulgía y brillaba, pero yo lo que vi fueron las obras, el túnel, a los cientos de obreros que, como tú, fueron esclavos de ese sinsentido. Raquel estaba en medio de su madre y de mí, así que Patro no pudo cogerme de la mano, porque por poco no me caigo al suelo. Ya sabes cómo hablan los del NO-DO, ese tono pomposo y engolado, que si «Su Excelencia» por aquí, que si «el Generalísimo» por allá, que si «la magna obra», que si «símbolo de la concordia», que si «prueba de la fe cristiana del pueblo de España y su amor por

Dios»… Nada de nosotros, nada de cómo se construyó, nada de las vidas que costó y el sufrimiento de los supervivientes, la mayoría enfermos por la maldita silicosis. Era como si esa construcción fuese un milagro, la cripta, la cruz, el monasterio… —Hizo una pequeña pausa para tomar aire—. Se lo dije una vez a Buendía: nadie se acordará de nosotros. El Valle de los Caídos quedará para la historia y eso es todo.

—Tuvo que ser duro. Yo también vi ese NO-DO y las informaciones de los periódicos. ¿Raquel dijo algo?

—Sí. Quiso saber qué era eso «tan bonito». Le dije que no lo era. Grande y pomposo, sí, pero bonito no, porque esa cruz nos estaba siendo impuesta a todos nosotros. Pero, claro, tenía ocho años entonces. No pude explicarle más. Luego, al día siguiente, me preguntó si un día podríamos ir a ver «ese sitio». Le dije que cuando fuera mayor ya hablaríamos. —Chasqueó la lengua—. Me ha salido una hija viajera, ¿sabes? Quiere verlo todo, comerse el mundo. Como que Patro ya ha aprendido a conducir, porque yo estoy viejo para ello, y vamos a comprarnos un 600 para salir a hacer excursiones, a la Costa Brava, Andorra, quizá Zaragoza o Valencia…

—Con un 600 ya serás un completo español medio —se burló Campoamor.

—Calla, va… —Le hizo un gesto con la mano Miquel.

La puerta volvió a abrirse, y esta vez sin llamada previa. La que asomó por el hueco fue Patro, sonriendo.

—Miquel, perdona que os moleste. Tu amigo se quedará a comer, ¿verdad?

Miquel miró a Argimiro Campoamor.

—No quisiera molestar… —se excusó él.

—Vamos, hombre, que no molestas —le aseguró—. Ni siquiera he contestado todavía a tu pregunta.

—Es verdad —reconoció el visitante.

Miquel se dirigió a su mujer:

—Se quedará a comer, sí. De esta forma podremos seguir hablando después, tranquilamente.

—Pues entonces vamos. —Patro acabó de abrir la puerta para que salieran—. Contaba con ello, así que la mesa ya está puesta.

Se retiró y ellos se levantaron.

Argimiro Campoamor miró suspicazmente a su anfitrión.

—Te haces de rogar, ¿eh? —protestó un poco.

—No, hombre, no.

—¿Tanto te cuesta decirme de una vez quién mató a Gabriel Cisneros?

—Todo a su tiempo, todo a su tiempo —manifestó Miquel moviendo la mano izquierda con la palma hacia abajo en señal de calma—. ¿Solo quieres un nombre o saber las causas, el porqué?

—¡Jesús, inspector!

—Anda, tira. —Le empujó hacia el exterior del despachito—. Te vas a chupar los dedos con lo que haya hecho Patro, porque tiene una mano de ángel…

Desde el pasillo oyeron reír a Raquel.

Valle de los Caídos

Noviembre-diciembre de 1944

24

Nos toca dar ejemplo

Se levantó con el toque de diana y saltó del duro jergón al suelo. Cuando era un simple civil, hacía sus primeras necesidades, se lavaba y se vestía. Allí el orden era inverso. Primero se vestía y luego se aliviaba. Lavarse la cara, bueno, pero ya hacía demasiado frío para más. Tampoco aquello era un hotel. Los presos tenían un retrete para muchos. En la zona de las oficinas, la capilla, el hospital o la escuela, por lo menos, las incomodidades eran menores.

La última lata de chicharros conseguida en el economato era un vago y lejano recuerdo. Con un trocito de pan…, maravilloso. El pan que traían de Peguerinos y que costaba la friolera de veinte pesetas el kilo. Lejos del alcance de la mayoría. Por eso se juntaban cuatro o cinco para hacerse con una pieza.

Escuchó el alboroto mucho antes de que la realidad le golpease a él. Si había alboroto, más voces de las normales en el exterior, es que algo sucedía. Y si sucedía algo allí siempre era malo. No podía tratarse de una visita de Millán-Astray o de Franco porque era demasiado temprano. Tampoco de un accidente en el túnel porque los barrenos y sus explosiones todavía no habían hecho acto de presencia.

Se disponía a salir, ya vestido, cuando se abrió la puerta de golpe. Levantó la cabeza y se encontró con la cara del teniente Santos. Una cara que lo decía todo.

—¡Venga, rápido!

No hizo preguntas. Los presos nunca las hacían, y más a los superiores. En el Valle solo había dos acciones: ordenar y obedecer. Las órdenes no se cuestionaban. Una simple duda podía ir acompañada de un golpe o algo peor: un castigo, una paliza. Antonio Santos ya caminaba con un paso largo y firme por delante de él. Se notaba que también se había vestido a toda velocidad. Ya no era el hombre tranquilo. Casi podía escuchar el runrún de sus pensamientos.

Salieron al exterior.

La vida parecía ser la de siempre en torno a las obras. El cielo estaba encapotado, no sería un día ni mucho menos abierto a la presencia de un sol cálido que, al menos, menguase el frío que cada vez se hacía más ostensible. Todos temían las primeras lluvias estando a cero grados, porque eso significaba nieve.

Miquel empezó a jadear.

No dijo nada.

Cuando se dio cuenta de que se dirigían a los barracones de los presos, dejó de mirar al suelo y concentró su atención en ellos. El tumulto, la agitación, estaba allí, en el segundo barracón de la izquierda. Y era grande. Y era grave. Por un lado, había un grupo de unos cincuenta hombres formando filas delante de la construcción de madera, tiesos como palos, algunos vestidos a toda prisa. Por otro lado, personal de las obras, hablando, gritando.

El barracón era el de Buendía y Campoamor. Los dos estaban en primera fila, en posición de firmes. Al verle aparecer a él, se quedaron sorprendidos. Miquel cruzó sus ojos con los de ellos. Vio incertidumbre y miedo. Tampoco tuvo tiempo de más, porque Antonio Santos se metió de cabeza en el interior.

Había gente al fondo, por el lado izquierdo.

Los hombres, un ingeniero, un capataz y el jefe del barracón tapaban las penúltimas literas de la derecha. Al ver aparecer a Santos se apartaron.

Entonces Miquel vio de qué se trataba todo aquello.

El cadáver estaba en la litera de abajo, boca arriba, sobre un manto de sangre ya espesa. Tenía dos partes de su anatomía muy abiertas: los ojos y la garganta. Los ojos, por la estupefacción de la certeza de la muerte. La garganta, por el enorme y profundo corte que se la había cercenado de lado a lado.

Le costó reconocerle.

Solo le había visto una vez, la noche pasada.

Gabriel Cisneros.

Le habían asesinado el mismo día de su llegada.

Miquel supo que el teniente Santos le estaba mirando. No decía nada, pero lo decía todo. Los tres hombres ya no hablaban, así que ahora el silencio era sepulcral. Duró unos segundos, hasta que lo rasgó un intempestivo grito procedente del exterior. Más que grito, un alarido. Parecía Peláez.

Miquel se acercó al cuerpo.

No tocó nada.

El arma del crimen estaba allí mismo. Junto a la cabeza, por el otro lado. Era un trozo de hojalata afilado, muy afilado. Suficiente

para que actuara como un cuchillo. Ni siquiera era muy grande, aunque sí alargado. Probablemente, el asesino primero se lo había hundido en la nuez y luego hizo el desaguisado. Porque aquello era una escabechina.

Un ensañamiento cargado de odio.

—¿Y bien? —Escuchó la voz del teniente Santos a su espalda.

Miquel no supo qué decir.

¿Y bien, qué?

Lo imaginaba, pero no podía creerlo.

—¿Por qué me lo pregunta? —Se volvió hacia él.

—Usted era policía.

Y se había producido un asesinato.

Allí, en el Valle.

—No sabría decirle —divagó un poco.

—Hemos avisado a la guardia civil, pero sé que la benemérita lo primero que dirá es que los fusilemos a todos a no ser que el culpable dé un paso al frente ahí afuera. Y, sinceramente, no puedo perder a tantos obreros sin más. Desde luego, es el método más expeditivo. Lo malo es que me consta que nadie va a dar ese paso, y mucho menos para delatar a un compañero si le ha visto. —Recuperó su tono más marcial, con el empaque que le conferían su uniforme y su grado—. Que un rojo haya matado a otro rojo es lo de menos. Éstos —abarcó el resto de las literas del barracón y, por extensión, a sus ocupantes— no van a hablar, y menos conmigo. Dirán que era de noche y todos dormían. Usted, en cambio, es uno de ellos, Mascarell. Saben quién es y me consta que le respetan.

Le alcanzó de lleno el frío del exterior.

—¿Quiere que lo investigue?

—Sí, y cuanto antes mejor.

—¿Cree que hablarán conmigo?

—Sí, lo creo.

—Teniente…

—Mascarell. —Se le puso delante, con los ojos fríos—. Esto es grave. Me importa una mierda que se maten entre ellos. —Esta vez dijo «ellos», no «ustedes», como si a él le apartase del resto—. La mayoría son escoria roja que sigue aferrada a sus malsanos ideales pese a nuestros esfuerzos por reorientarlos y reconducirlos. Ha habido un crimen y el capitán me pedirá explicaciones a mí, y a él el comandante, y al comandante… Ya sabe cómo va esto. Nos toca dar ejemplo.

Estuvo a punto de preguntar: «¿Ejemplo de qué, de justicia?».

Se calló.

Miquel miró a los tres hombres presentes en la escena.

—¿Han examinado a todos los del barracón? —preguntó.

—Sí —dijo el jefe—. Ha sido lo primero.

—¿Las manos, la ropa, especialmente las mangas?

—Nada de sangre.

—¿A pesar de esta escabechina, ni una gota?

—No.

—¿Han registrado ya todo este sitio?

—Sí, aunque superficialmente, claro.

—¿Cuántos presos hay aquí?

—Cincuenta y dos.

—¿Quién ha dado el aviso?

—El de esa litera. —Señaló la litera baja, a la altura de la del muerto, pegada a la pared—. Ni siquiera había sonado diana. Ha

abierto los ojos, le ha visto la cara ya con la primera luz, y se ha puerto a gritar. Bueno, a dar el aviso.

Miquel comprobó la escena del crimen. La doble litera era la penúltima de ese lado, con la salvedad de que, delante, no había ninguna. El barracón terminaba en una L porque, por el exterior, había un hueco para aliviarse. La única puerta estaba en el otro extremo. Ningún ventanuco a la vista.

Se agachó.

Se puso de rodillas y pegó la cabeza al suelo de tierra pisada. La distancia de la litera a él era escasa. Sin embargo, allí estaba. Alargó la mano y cogió la prenda. Era una camisa de tela gruesa, vieja, probablemente perteneciente al mismo muerto, porque nadie iba a usar la suya para cometer un crimen. Sin olvidar que la ropa era escasa.

Miquel se incorporó.

La camisa estaba profusamente manchada de sangre por un lado.

—No habíamos mirado ahí —se excusó el capataz.

El teniente Santos soltó un resoplido.

—Usó esto como protección —dijo Miquel—. Le tapó la boca y antes de que reaccionara le hundió ese trozo de hojalata en la garganta. Para no cruzar todo el barracón con la camisa, por si alguien le veía o dejaba un rastro de sangre, la metió debajo de la litera. También tuvo que dejar el arma del crimen, por precaución. Tendría que haber salido al exterior para echarla lejos y eso, de noche, era imposible. Si la conservaba, sabía que en cuanto amaneciera se descubriría el suceso y habría registros. Todo muy lógico.

—¿Lo ve? —dijo el militar.

—¿Ver qué?

—Ese olfato suyo es innato. Enseguida percibe o intuye cosas.

¿Le estaba elogiando un oficial del Ejército?

¿A él?

—Lo haría cualquiera —quiso quitarse méritos, porque lo que menos quería era oír lo que vino a continuación.

—Le encargo que se ocupe de esto, Mascarell. —Y agregó—: Oficialmente.

Miquel tuvo un escalofrío.

Miró a Santos tan acorralado como impotente.

Ya no era un halago. Santos quería sacarse el muerto de encima.

—¿Y si no consigo nada?

—Sé que hará lo que pueda. —No era condescendiente, solo trataba de ser extraña y falsamente cordial—. Su fama le ha precedido hasta aquí.

Estaba más que acorralado.

No tenía escapatoria.

Negarse era morir.

—Voy a necesitar carta blanca y libertad para moverme y llamar a quién quiera y cuando quiera —le advirtió.

—La tiene.

Lo aprovechó.

—¿A pesar del sargento Peláez?

Antonio Santos fue claro.

—Ayúdenos a resolver esto, Mascarell, y le doy mi palabra de que su estancia aquí será mucho más tranquila de lo que lo ha sido hasta ahora.

Más tranquila.

Ya estaba en las oficinas.

—De acuerdo —asintió sabiendo que la promesa de una vida mejor podía chocar con la de una vida peor por parte de los presos como pensasen que ahora era un colaboracionista.

25

¡No te jode…!

En el exterior del barracón, todo seguía igual. Los presos formados marcialmente, como si de una compañía se tratara. Había dos filas de trece hombres y dos de doce. Los dos que faltaban hasta los cincuenta y dos eran el jefe del barracón y el muerto.

—Examínelos ahora —le pidió el teniente Santos.

Ni se lo discutió.

Tuvo que hacerlo.

Si el asesino se traicionaba, ¿qué?

Muchas veces, en una investigación, le había bastado mirar a un sospechoso para saber que él era el culpable. En otras, el responsable se había venido abajo, él solito, ante sus ojos. Cuando era inspector, algunos decían que su mirada era como un sacacorchos, que penetraba hasta el fondo y tiraba del mal hacia afuera.

Pero de eso había llovido mucho.

¿O no?

Seguía echando de menos su trabajo.

Incluso allí.

Se acercó a las cuatro filas. Los presos trataban de mirar al frente, pero no todos disimulaban. Además de Buendía y Campoamor, conocía a alguno. Como un general pasando revista, desfiló por delante de ellos, impávido.

No eran más que lo que eran: hombres degradados, denigrados, derrotados, vencidos. Hombres que las habían pasado canutas en la guerra, y en las cárceles de Franco, sentenciados a muerte o no, con condenas de treinta años o poco menos. Hombres con apenas un leve deje de orgullo que tal vez matasen por un poco de comida o el sueño de un solo día de libertad. Ninguno se había librado de una paliza. Ninguno de una humillación. Ni ellos ni sus familias, los que todavía las tenían, en los pueblos y ciudades de España.

Parecían todos iguales.

Cabellos cortos, ojos hundidos, caras demacradas y macilentas con pómulos salidos y mejillas huecas, barbas mal afeitadas, ropas viejas, manos ásperas.

Todos iguales, pero uno había matado a Gabriel Cisneros el mismo día de su llegada.

Rápido.

¿Un ajuste de cuentas? ¿Una venganza? No había muchas más opciones.

Cuando pasó por delante de Buendía, éste le susurró entre chulesco y socarrón:

—¡No te jode…!

Miquel siguió su camino.

Campoamor, en cambio, intentó sonreír levemente. Curvó la comisura izquierda de sus labios y le brillaron un poco los ojos.

Nada más.

Acabó la inspección y se volvió hacia Santos, ahora acompañado del sargento Peláez. No tuvo que decir nada. El teniente dio entonces unos pasos al frente.

Era su turno.

—¡Si alguno de vosotros ha visto algo o sabe algo, por leve que sea, debe decirlo! ¡No solo cumplirá con el sagrado deber de asistir a la justicia, sino que tendrá su alma en paz!

Por lo visto, ninguno quería tener su alma en paz y no creían en el sagrado deber de la justicia, porque nadie se movió.

—¡Podéis venir cuando queráis a decírmelo, a mí o al sargento Peláez! ¡También a él! —Señaló a Miquel—. ¡La identidad del informante será mantenida en secreto, os doy mi palabra de honor! —Y gritó un poco más—: ¡Se ha cometido un asesinato, un crimen execrable, y ha sido llevado a cabo a vuestro lado! ¡No seáis cómplices! ¡Incluso vosotros merecéis la justicia de dar con el responsable!

Incluso ellos.

Los cincuenta y un hombres, más el jefe del barracón, permanecieron igual.

—¡A trabajar! —ordenó el ingeniero entonces—. ¡Vamos, vamos, que ya se ha perdido demasiado tiempo con esto!

Fue instantáneo. El lugar se vació de inmediato. No por las ganas de volver al túnel o al resto de las obras en la explanada, sino por alejarse de allí. Los hombres echaron a andar, en silencio, al menos los primeros metros.

Miquel no dejó que el jefe de barracón lo hiciera.

—Espera —le detuvo.

—¡Sí?

—No recuerdo tu nombre.

—Matías González.

—¿Puedes acompañarme otra vez?

—Sí, claro.

Entraron en el barracón de nuevo. Al darse cuenta, Antonio Santos vaciló primero y los siguió después. El sargento Peláez se dedicó a poner orden entre los últimos que aguardaban lo que fuese a suceder.

Regresaba la normalidad, salvo por la presencia del asesinado en la litera.

—Hay que sacar el cadáver —aconsejó el jefe del barracón.

—Echaré un último vistazo.

—¿Para qué?

—A veces los muertos hablan.

—He oído cosas sobre de ti —dijo Matías González.

—No hagas caso —le aconsejó Miquel—. Ni de lo bueno, ni de lo malo.

—Ya.

Se detuvieron frente al cuerpo del asesinado. Como por arte de magia, ya había moscas. Tanto daba el frío. Ellas siempre estaban al acecho.

—¿Le conocías? —preguntó.

—Llegó ayer.

—Gabriel Cisneros, sí. ¿Pero le conocías?

—No.

—¿Hablaste con él?

—Le indiqué cuál era su litera. Me preguntó si el que la había ocupado antes se había muerto. Le dije que eso no le importaba y

se echó a reír. Parecía…, no sé, simpático. Quería saber si el anterior había durado mucho, no fuese a dormir en una litera gafada —rebufó—. Empleó estas mismas palabras: «No sea que vaya a dormir en una litera gafada».

Miquel miró el barracón arriba y abajo. Las dos últimas literas dobles tenían delante una pared. La contigua a la del muerto, la tercera, tenía ya delante otras dos, siguiendo la fila normal. Se agachó para observar el suelo de tierra pisada. Había infinidad de huellas. De entrada, de todos los que habían estado allí. Levantó la cabeza. Por encima de las vigas de madera, las chapas de zinc. Ya había suficiente luz filtrada por todas partes.

—¿Conoces a todos los del barracón?

—Sí, claro.

—¿Sus nombres?

—También.

—¿Quién dormía en estas dos? —Señaló un par de literas pegadas a la pared del barracón.

—Arriba, Salvador Paniagua. Abajo, Aniceto Perales.

—¿En la de arriba del muerto?

—José Carlos Sanromán.

—¿Y en estas dos? —Apuntó a las literas contiguas a la del asesinato, las terceras desde la pared.

—Arriba, Indalecio Argüelles y, abajo, Isidoro Galarza.

—Bien. —Siguió observando las escasas distancias no solo entre literas, sino el espacio en el pasillo entre los dos bloques a lo largo del barracón.

—¿Quieres más nombres? —preguntó Matías González.

—De momento, no. ¿Dónde duermes tú?

—Junto a la puerta. El primero.

—¿Alguna idea? —Se hizo notar el teniente Santos.

—No, ninguna —dijo Miquel.

Aunque sí la tenía, solo que no quería compartirla con nadie, como hacía cuando era inspector. No sin estar seguro de las cosas.

—¿Me ayudas a registrar el cuerpo?

El jefe del barracón arrugó la cara.

—Solo será un momento —insistió Miquel—. Tú mírale los bolsillos.

Mientras Matías González obedecía, Miquel se acercó a la parte superior del cadáver. La sangre lo llenaba todo, pero, con cuidado, tanteó los alrededores de la cabeza. No encontró nada. Tampoco en la madera de la litera, donde, a veces, escondían cosas. También volvió a mirar bajo la cama, golpeó las patas, examinó el techo, que era la parte baja de la litera superior. Cuando acabó, Matías González tenía una fotografía en las manos.

—Llevaba esto en el bolsillo derecho.

Era una fotografía vieja, pequeña, arrugada, con dos personas mayores posando muy serias, como lo hacían todas las que se fotografiaban por primera vez. Miquel imaginó que serían los padres.

Solo lo imaginó.

—Bien —se resignó—. De momento es todo. Antes de esta noche quiero que me traigas un listado de dónde dormía cada preso y su nombre.

—Pero los nombres ya debes de tenerlos.

—Sí, pero cuál era su lugar exacto durante la noche no.

—De acuerdo —asintió el jefe del barracón.

Antonio Santos iba a decir algo.

Le interrumpió Peláez asomándose a la puerta y gritando:
—¡La guardia civil! ¡Ya llega la guardia civil!

26

La lógica, sí

Regresó a su oficina después del paso de la guardia civil. Muchas preguntas, ninguna respuesta. ¿Había muerto un preso? ¿Y qué? ¿Asesinado? Bueno, los rojos estaban locos, ¿no? Eran bestias hasta para sí mismos. ¿Una investigación interna? De acuerdo. Suerte y adiós.

Si tenía que prestar atención al suceso, y ponerse a investigar, se le acumularía el trabajo, el papeleo, los informes. Pero no podía hacer otra cosa.

Investigar lo ininvestigable, porque allí no había más que presos, desconocidos provenientes de toda España, de todas las edades, con ocupaciones tan dispares como insólitas para haber terminado trabajando codo con codo en el absurdo sueño de un loco megalómano.

Y, sin embargo, dos sí se conocían.

Gabriel Cisneros y su asesino.

Así que, en algún lugar, debía existir ese nexo.

Buscó los seis expedientes: Aniceto Perales, José Carlos Sanromán, Indalecio Argüelles, Salvador Paniagua, Isidoro Galarza y Gabriel Cisneros.

Cuando Santos le había preguntado si tenía alguna idea, le dijo que no.

Mentía.

Los presos dormían muy juntos, sin espacios. Las distancias entre literas apenas si permitían que dos estuviesen de pie a la vez, y prácticamente apretados, cara con cara o espalda con espalda. El pasillo tampoco era muy grande. Suficiente para moverse y poco más. Los cuatro que dormían en el extremo tenían delante una pared. Los dos contiguos ya no. Imaginar que el asesino hubiera caminado a lo largo del barracón muchos metros, para llegar hasta Cisneros, se hacía difícil. Era un riesgo. Atendiendo a la lógica, tenía que estar cerca de él. Muy cerca de él. Y si, a pesar de todo, no era así y se encontraba lejos, asumiendo el riesgo de ser visto por algún insomne, la única posibilidad era que el testigo prefiriese callar y no meterse en líos. Allá cada cual.

—La lógica, sí. —Suspiró.

Por eso tenía sobre la mesa los expedientes de los cinco presos más próximos al muerto. Uno podía ser el asesino o haber visto algo. Era el primer punto de partida.

—Pero, si te mató porque te conocía o te había reconocido, ¿tú no le viste a él, no le reconociste o no pensaste que fuera a matarte?

Siempre había preguntas.

Los detalles que no encajaban.

Antes de abrir el primero de los seis expedientes, hizo un dibujo. Un sencillo croquis de la escena.

En la litera 1, junto a la pared, escribió el nombre de Salvador Paniagua en la parte de arriba y el de Aniceto Perales en la de abajo.

En la litera 2 puso arriba a José Carlos Sanromán y abajo al muerto. En la litera 3, arriba a Indalecio Argüelles y abajo a Isidoro Galarza.

Toda investigación comenzaba con un primer paso.

Y el primero, allí, consistía en saber quién era el muerto.

Gabriel Cisneros Antañón, cincuenta y dos años. Afiliado a Comisiones Obreras. Prisionero procedente del frente del Escudo, tras la caída de Santander el 26 de agosto de 1937. Ingresado en el campo de concentración de La Magdalena, en las antiguas caballerizas del Palacio de la Magdalena. En 1939, tras el final de la guerra, trasladado al campo de concentración de Corbán; en 1941 al antiguo Cuartel de Infantería e Instituto Manzanedo; en 1943 al Departamento Penal de SNIACE en Ganzo, en Torrelavega. Último destino: las obras de Cuelgamuros.

Gabriel Cisneros había dado muchas vueltas antes de terminar en el Valle.

Demasiadas.

El expediente, por lo demás, era escueto. No constaban delitos de sangre, solo la pertenencia a una organización criminal, a los ojos de los vencedores, como el sindicato Comisiones Obreras, de claro matiz comunista. Cisneros se había unido a la lucha como miliciano, sin formar parte del ejército regular de la República. No había datos personales, posible esposa o hijos. Antes de la guerra constaba como oficio el de panadero. O faltaban datos o era todo lo que tenían.

Nada más.

—¿Con quién te cruzaste y dónde? —le preguntó en voz alta al informe del muerto.

Se dejó caer hacia atrás. Sin saber por qué, tuvo un repentino atisbo de pereza. Los cinco expedientes de los cinco vecinos del asesinado se le antojaron, de pronto, cinco montañas. Si no encontraba nada en ellos, ¿qué hacía, examinar los de todos los hombres del barracón, a la búsqueda de una concordancia? Y, suponiendo que la encontrase, ¿bastaría para acusarle? ¿Y si se trataba de una casualidad?

Peláez era capaz de arrancar la piel a tiras a cualquiera con tal de lograr una confesión. Y, bajo tortura, cualquiera podía incluso asegurar que había matado al mismísimo Jesucristo.

Tampoco bastarían los expedientes. Tendría que interrogar a los sospechosos y fiarse de su instinto. Si el «guante de seda» era malo, la dureza podía ser peor. Eso daría pie para que corriera la voz y le pusieran el sello de «colaborador» o «vendido», u otra cosa peor. Pero, si no se esforzaba, o aparentaba hacerlo, las consecuencias con Santos serían fatales.

Si fracasaba, tenía que ser a conciencia.

Aun lejos del terror de las prisiones, la vida en el Valle no era fácil, cabalgaba entre la dureza y el conformismo. Todos los trabajadores subsistían con una única esperanza: ver reducidas sus condenas. La mayoría solía decir: «En siete u ocho años, libre». Parecía mucho, pero poco comparado con las penas sumariales suspendidas o las sentencias de veinte o treinta años.

Miquel siguió mirando los cinco expedientes.

Más y más irritado.

Finalmente, alargó la mano y cogió el primero.

27

Carta

Querida Quimeta:

Hoy ha sucedido algo, por eso te escribo. A veces siento esa necesidad como un impulso imperioso, igual que comer o beber. Han asesinado a un hombre, uno de los trabajadores del Valle que acababa de llegar. Lo han hecho en su primera noche. Aquí muere gente por accidente, o a causa de la silicosis, pero un asesinato… Es como si la guerra nos hubiese alcanzado de nuevo, aunque la sensación, en el fondo, es de que nunca se ha ido. Esto no es una posguerra, Quimeta. Esto es un largo epílogo que nadie sabe cómo va a terminar. ¿Hasta que no quede ni un preso en España? Además de las habituales etiquetas de «rojo» o «comunista», también hay otras como «desafecto». El cura, en su último sermón, dijo que nosotros «habíamos ofendido a España». ¿Te das cuenta? Mantener y defender la legalidad era y es ser desafecto.

A veces te hablo. Sé que no me oyes, pero te hablo. En voz alta. No sé si es la primera señal de locura. Todo es posible. Tengo algunos sueños recurrentes, de esos que reaparecen de

tanto en tanto. Uno, el peor, es que viajamos en una canoa por el mar o algo parecido, y hay miles de rocas a ras de agua. La canoa va muy rápida, y, aun así, logra sortear las rocas. Pero el miedo es absoluto. Y la canoa no para, no para, se llena de agua y corre y corre más. En otro sueño, estoy persiguiendo a un delincuente y no logro atraparle porque, de pronto, Barcelona deja de ser Barcelona y se convierte en una ciudad que no conozco, aunque sigan llamándola Barcelona. Las calles, las casas, todo cambia, se distorsiona. El tercer sueño consiste en que me subo a un ascensor que no se detiene en el piso al que voy, sino que sigue subiendo y subiendo, sobrepasa el edificio, y entonces se mueve horizontalmente llevándome a un lugar desconocido, lleno de puertas que no consigo abrir.

¿Freud no era el que interpretaba los sueños? Tendría trabajo conmigo.

En el fondo, sé que es una suerte que no leas esto. Por eso puedo contarte más cosas que, de otra forma, te ocultaría. Que yo esté en una oficina de este lugar no significa que no vea lo que veo y oiga lo que oigo. Yo también tengo mi flagelo personal, el sargento Peláez. ¿Sabes? Si un día me encuentran estas cartas y las leen, me van a fusilar más rápido de lo que cuesta decirlo. Por suerte, sé esconderlas. Y, por más suerte, sabes bien lo infernal que es mi letra. Tanto que a veces incluso no la entiendo ni yo. Pero bueno, mientras, es nuestro secreto. La mayor parte de lo que pueda escribirte ya lo sabes. ¿Quién si no tú me conocía mejor que nadie? Siempre me cuidaste y protegiste, me amparaste, nunca una queja por mi trabajo, por mis dudas, por mis horas de más. Siempre estabas ahí.

Supongo que nos tocó vivir un tiempo convulso, aunque ahora mismo pienso que todos los tiempos lo han sido. Éramos jóvenes cuando estalló la Semana Trágica, vimos de lejos la Gran Guerra, la proclamación de la República, la catalana y la española. Cuando Barcelona era el reino de las pistolas y las bombas, me tocó ser un policía diferente, y no fue fácil. Hoy tengo aquí a un amigo anarquista, Nicanor Buendía. En aquellos años los perseguía, y no entendía el porqué de su violencia. Ahora, en el Valle, resulta que todos somos lo mismo. Y lo mismo engloba muchas cosas: vencidos, rojos, malos españoles, traidores, desafectos… Todos en el mismo saco. El fascismo es monolítico. Más allá de él hay tantas fragmentaciones que no me extraña que la República perdiera la guerra. La izquierda siempre se lo cuestiona todo, se examina, es crítica consigo misma.

Hoy no sigo. He de resolver un puzle. Y no es fácil. Un muerto inesperado, cinco sospechosos iniciales, un barracón entero si no es ninguno de ellos, el teniente Santos esperando, el aliento del sargento Peláez sobre mí…

Si no encuentro al asesino, será malo. Pero, si lo encuentro, será peor.

Te quiero, cariño.

28

Ir paso a paso

—¿Qué haces aquí, a la intemperie, mirando al horizonte tan ensimismado?

Miquel volvió la cabeza hacia su izquierda. Nicanor Buendía estaba a su lado. Ni siquiera le había oído llegar. Y no era porque se estuviese quedando sordo, sino por cómo se movía su amigo anarquista.

—Pienso —dijo.

—¿Como eso de «pienso, luego existo»?

—Más o menos.

—Entonces te dejo pensar y existir.

—No, ven, siéntate a mi lado.

—¡Coño, poli, que hace un frío que pela!

—¿Te estás ablandando?

—Mira, no me toques tú los cojones, ¿eh? Que bastante me los ha tocado antes la guardia civil.

—Sí, ya he visto que os han interrogado.

—¡Bah! ¡Mucho ruido y pocas nueces! ¡Han hecho el paripé! ¿Qué querían que hicieran? ¡Los han llamado para nada! Lo suyo es vigilar

que no nos escapemos, para no hacerles quedar mal, pero que nos matemos entre nosotros… ¡Una bala que se ahorran!

—Creo que ahora ya no gastan balas y prefieren el garrote vil.

—¡Joder, qué animado estás tú!

—¿Vas a sentarte o no?

—Que sí, que sí —se resignó, dejándose caer a su lado, para lo cual se apoyó en Miquel con su único brazo—. ¿Qué te pasa?

—Ya lo sabes.

—Un buen marrón, no me digas que no. Y enterito para ti.

—Una delicia.

—¿Y no estás contento?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Vuelves a ser poli, vas a estar en tu salsa. ¡Un crimen y tenemos al gran inspector Mascarell!

—Venga, échame un cable, hombre.

—¿Qué quieres que haga?

—El asesinato ha sido en tu barracón.

—Sí, pero al Cisne le conocí ayer, igual que tú.

—¿Te comentó algo?

—Lo que te dije. Un tipo animado, nada más. Para un sitio como éste, era mucho.

—¿Te dijo si había reconocido a alguien?

—No.

—¿Y alguien…?

—No, nada. Todo fue normal. No hubo apenas tiempo para más.

—¿Y del resto qué puedes decirme? Me refiero a los otros cincuenta y uno. ¿Los conoces a todos?

—A unos más que a otros. Creo que soy el más veterano junto con Valbuena. —Suspiró y rezongó en un tono más grave—: Oye.

—¿Qué?

—¿Vas a investigar en serio?

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Y si pillas al asesino?

Era la gran pregunta.

No tenía respuesta.

—Soy inspector de policía. Nací para eso y, pase lo que pase, creo que lo seré siempre. Ha habido un crimen y voy a investigarlo. Encima me lo han ordenado, no pedido: ordenado; y no estoy para jugármela. Ni mucho menos habiendo llegado hasta aquí. Es todo lo que puedo decir por ahora.

—No puedes delatar a uno de los nuestros.

—Depende.

—¿De qué?

—De los motivos para haberse cargado a ese hombre.

Buendía bajó la cabeza. Pareció reflexionar las palabras de su amigo. Optó por no entrar de lleno en ellas.

—Esto ha de ser una venganza, ¿no? —sugirió.

—O un asesinato preventivo.

—¿Qué quieres decir?

—El asesino le ve, le reconoce y actúa antes de que pueda hacerlo él. ¿La razón? Puede haber muchas.

—¿Y él no reconoce a su asesino?

—La gente cambia. Quienes estamos aquí somos sombras de lo que fuimos. Además, seguro que no tuvo tiempo de verlos a todos en el barracón.

—¿Por dónde vas a empezar?

—Ya he empezado.

A Buendía se le dilataron las pupilas.

—¿En serio? ¡No me digas!

—A Cisneros le han matado en la penúltima litera. ¿A quién investigarías tú primero?

—A los que le rodeaban.

—Exacto —le confirmó Miquel—. Tenemos al que dormía encima de él y a los cuatro de ambos lados. Son los primeros de la lista, por proximidad sobre todo. Si el asesino venía de otra parte del barracón, alguien podía verle, a la ida o a la vuelta. Estando encima o a los lados, todo era mucho más rápido.

—Sí, ya, pero, si venía de otro lado, aunque alguien le viera pasar a la ida o la vuelta, ¿crees que lo diría?

—No, no lo creo. Hablar de más siempre es un riesgo.

El anarquista meditó su siguiente pregunta.

—Oye, sabelotodo, cuando se mata a alguien, ¿el que va a morir no hace ruido, patalea, gime…?

—Fue un corte directo a la yugular, y luego le rajó el cuello de lado a lado. No creo que hubiera tiempo para mucho. Hay algo más: ¿no me dijiste hace poco que por lo general de noche no os despertaba ni un trueno, porque acababais rendidos?

—Sí.

—Puede que, en efecto, nadie oyera nada.

—Entonces…

—En una investigación hay que ir paso a paso. Primero uno, luego otro. De momento, los cinco primeros candidatos. Por eso me va bien tenerte aquí.

—¿Quieres que te ayude?

—Sí.

—Espera, espera, ¿y si Cisneros era un hijo de puta que merecía morir?

—¿Y si lo es el asesino y se ha curado en salud matándole?

El anarquista bajó la cabeza. Con su única mano se rascó la barbilla.

—Yo no quiero meterme en líos —reconoció.

—Y no te meterás. Solo voy a preguntarte esto.

—¿Qué quieres?

—Los cinco candidatos son Aniceto Perales, Indalecio Argüelles, Isidoro Galarza, Salvador Paniagua y José Carlos Sanromán. ¿Qué puedes decirme de ellos?

—A Perales y Sanromán los conozco un poco. Bueno, al menos hemos hablado alguna vez. A Argüelles, menos. A los otros dos, nada. Galarza es un pardillo bastante tímido.

—Porque es casi un crío.

—Casi. Si has estado en una cárcel franquista, ya eres un hombre.

—¿Qué se cuentan Perales y Sanromán?

—Pues… nada, en serio. Cosas de mujeres, de sus padres, sus vidas, algunas bromas… Tienen condenas menores. Éstos salen en tres o cuatro años. Lo mismo que Argüelles, creo. A los otros dos ya te digo que no los trato. Por aquí todavía hay algún pique entre uno de la UGT, otro del POUM, otro de… ¡Bah! —Chasqueó la lengua—. ¡Si es que no tenemos remedio!

—¿Te cuento lo que sé yo?

—¡Ah!, pero ¿ya sabes algo?

—He mirado los expedientes de los cinco.

—A veces me olvido de que estás tan ricamente en las oficinas.

Miquel no le hizo caso.

—De entrada te diré que Cisneros pasó por varias cárceles de Santander. Aniceto Perales viene de Valencia, es artista. Hacía chistes y carteles que no gustaron nada a los vencedores. José Carlos Sanromán estuvo en Navalperal, en Brunete y en Zaragoza, con Líster. Cuando la columna se dividió en dos, una hacia Barcelona y la otra hacia Valencia, él fue a Valencia y le capturaron. Indalecio Argüelles fue hecho prisionero en el 37 y, tras un largo periplo, le llevaron al campo de concentración de Castuera en 1939. Isidoro Galarza empezó a pegar tiros con quince años en Bilbao y le pillaron a las primeras de cambio, en el 37. Por lo visto, a los menores se les calificó en tres categorías, y él pasó a la segunda de inmediato porque cumplió los dieciséis a los pocos días. Ha estado en varios lugares destinados a la reeducación, se escapó, le cogieron otra vez, y al final ha venido a parar aquí. Por último, Salvador Paniagua luchó en Málaga.

—O sea que ninguno ha coincidido con Cisneros.

—Aparentemente, no.

—¿Entonces seguirás con el resto del barracón?

—No, voy a interrogarlos primero a ellos, uno por uno.

—Eso sí me gustaría verlo.

—¿Por qué?

—Para ver cómo trabajas, cabrón. —Se echó a reír antes de agregar—: Oye, en serio, que se me están congelando los huevos. ¿Vas a quedarte aquí mucho rato?

—No, ya no. —Se puso en pie para ayudar a su compañero—. Van a tocar ya a silencio de un momento a otro.

29

Cuéntame un chiste

Aniceto Perales tenía treinta y dos años según su expediente. Era de Valencia. Había sido condenado por «injuriar, vejar, ridiculizar y reírse de las enseñas patrias, así como por hacer mofa y befa de las tropas liberadoras y la Cruzada con sus ilustraciones». También por «ser ateo y atacar a la Santa Madre Iglesia». Eso era lo más suave. En los años treinta, en el ascenso del nazismo en Alemania, se habían hecho quemas públicas de libros. Siempre los libros. Cuando estallaba una revolución o una guerra, los primeros que caían eran los artistas, los intelectuales, los más peligrosos porque no usaban armas, sino palabras e imágenes.

Por lo menos, Perales no estaba en los túneles. No era ni barrenero, ni entibador, ni picaba piedra como Buendía. Le habían puesto en el economato. Era de aspecto frágil, muy delgado, ojos huidizos de mirada esquiva. Nunca había estado en las oficinas, así que lo observaba todo con curiosidad y prevención. Miquel se fijó en sus manos, con dedos largos y finos, de pianista.

Manos de artista.

—Tranquilo. —Fue lo primero que le dijo Miquel.

—Lo estoy.

—No lo parece.

—Es que… —Se movió inquieto en la silla—. Bueno, con lo que ha sucedido…

—¿Sabes quién soy?

—He oído hablar de usted.

—Aquí nos tuteamos todos.

—Pero como es mayor…

—Me llamo Mascarell, Miquel Mascarell. Fui inspector de policía en Barcelona.

—Ya.

—Imagino que sabes por qué estás aquí, ¿no?

—Yo no sé nada.

—Tampoco viste nada. —No era una pregunta.

—Tampoco.

—Entonces no te importará que hablemos distendidamente.

—¿De qué?

—Mira, Perales. —Se inclinó hacia delante, en plan conspirador, dándole una sensación de proximidad y cercanía, también de amistad. Su voz era suave—. Me han pedido que haga unas preguntas, y es lo que estoy haciendo, nada más. Si no hablo con la gente, al que van a empurar es a mí. Por lo tanto, vamos a estar un rato aquí los dos, charlando.

—¿De qué? —repitió la pregunta.

—Pues… —Pareció pensarlo—. Por ejemplo, de tu historia, de por qué estás aquí.

—Caray, estoy aquí como todos y por lo mismo.

—Pero cada cual tiene sus recuerdos.

—¿Y quiere que se los cuente?

—Sí.

—Pues no hay mucho que contar.

—Yo creo que sí. Tú déjame a mí. Y métete esto en la cabeza: yo aquí soy uno más. No quiero que me veas como a un inquisidor o un soplón, o lo que se te ocurra.

—Me han dicho que ha ayudado a muchos.

—Así es.

—¿Me da un vaso de agua?

—¿No vas a tutearme?

—Es que no me sale.

—Bien. —Se levantó y regresó con el vaso de agua sin perderle de vista.

Aniceto Perales continuó quieto como una estatua, con la gorra entre las manos, la mirada fija al frente.

Mientras bebía la mitad del vaso de agua, Miquel se fijó en una cicatriz en el lateral de la mano derecha.

—¿Te hicieron esto en la cárcel?

—Sí.

—¿Por ser artista?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo imagino. A un intelectual se le corrompe el cerebro, a un deportista le rompen una pierna, a un artista…

Perales se miró la cicatriz.

—Me la aplastaron —dijo moviendo la mano—. Ahora ya está bien.

—¿Seguirás dibujando y pintando cuando acabe todo esto?

—¿Cree que va a acabar, señor?

—Sí, lo creo.

—¿No nos matarán a todos?

—A algunos que han cumplido condena gracias a la remisión de penas por el trabajo, ya los están dejando en libertad. Tú saldrás en tres o cuatro años.

Pareció que le hablase de la eternidad.

Se le humedecieron los ojos.

Debía de ser un joven atractivo. Y artista. En su expediente no constaba que estuviese casado.

—¿Tenías novia?

—Sí.

—¿Y?

—No sé nada de ella.

—¿Padres?

—Mi padre murió en la guerra, de un ataque al corazón en un bombardeo. Mi madre está bien, con mis dos hermanas, aunque siendo esposa y hermanas de unos rojos…

—¿Cómo te cogieron?

La pregunta le hizo reflexionar. A muchos presos, mirar atrás les ayudaba. A otros no. Perales era de estos últimos. Los recuerdos podían ser agujas que se clavaban en lo más hondo. La mirada perdió fuerza al rememorar.

—Éramos muchos. —Suspiró—. Ya sabe que Valencia fue la capital de la República durante dos años. Fuimos el último reducto. Allí había un montón de ilustradores, dibujantes, cartelistas, pintores, fotógrafos… Hicimos una enorme obra, grandiosa. Pero, claro, visible. El arte se queda, ¿entiende? Uno caminaba por las calles y veía aquellos carteles, o miraba un periódico y se encontraba con esos chistes. Imposible ocultar nada. Además, ¿qué artista no quiere

que su trabajo le dignifique y le marque? Nos enorgullecíamos y vanagloriábamos de lo que hacíamos.

—Como agitar un capote rojo delante de un toro.

—Ni más ni menos —lo confirmó—. Cuando cayó Valencia, se nos convocó a una reunión en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos. Y fuimos todos, o al menos la gran mayoría, como corderos directos al matadero, unos cincuenta. Ni siquiera tuvieron que ir casa por casa para detenernos. Tampoco teníamos a dónde escapar. Pensamos que siendo tantos… —Apareció un rictus de amargura en su rostro—. ¡Qué ingenuos! —Clavó en Miquel una mirada cárdena —. ¿Sabe lo que es el horror?

—Sí —admitió.

—Nos cogieron y comenzó nuestra odisea. De entrada nos llevaron en masa a un ala del colegio femenino del Sagrado Corazón. Allí, uno por uno, fuimos interrogados. Bueno…, torturados. Oíamos los gritos y sabíamos que luego nos iba a tocar a nosotros. Y cuando nos tocaba… —Se estremeció y miró su mano—. A Vidal Corella, el fotógrafo, le arrancaron los dientes, a…

—No hace falta que des detalles —le pidió Miquel.

—Acabé en la Modelo, donde empezaron los juicios, consejos de guerra… La cárcel tenía capacidad para trescientos reclusos y a veces éramos seis o siete mil. Y eso que se fusilaba cada día, sin parar. A nosotros nos hacinaron en una celda en la que apenas si cabíamos. No había nada en ella, ni un mueble. Dormíamos en el suelo, tumbados de lado, porque si no era imposible estar allí. Nuestra alimentación consistía en dos platos de sopa, con más agua que otra cosa, y un chusco diario. Empezamos a enfermar, todo eran piojos y chinches. Los carceleros se burlaban de nosotros: «¿Qué?

¿Ya no pintáis monigotes? ¿Ya no hacéis chistes?». Todo eran golpes e insultos, además del miedo a que te tocara el paredón, porque en Paterna era el pan de cada día. —Hizo una pausa para beber otro sorbo de agua—. Yo había hecho muchas ilustraciones, pero mi firma era bastante ilegible, así que cuando me juzgaron dije que era escultor. No sé muy bien qué pasó, pero no me fusilaron y acabé en un taller haciendo imágenes religiosas, águilas imperiales o bustos del Caudillo. —Sonrió con pesar—. ¿Se imagina?

—¿Cuánto duró esto?

—Bastante. Pero al trabajar pudimos trasladarnos a unas celdas de pago. La situación mejoró bastante. En cuanto surgió lo de la Redención de Penas por el Trabajo, los que aún vivíamos nos apuntamos en masa. Creamos una Escuela de Arte, sobre todo para sentirnos vivos porque… ¿qué es un artista si no puede hacer aquello para lo que está llamado? Así podíamos hablar de nuestras cosas. Además, la Escuela de Arte sirvió para enseñar a otros presos, que así aprendieron las bases de nuevos oficios, como dibujo técnico, forja, orfebrería, grabado, pinturas de murales, dibujo, esculturas… Y entonces, ya ve, le caímos en gracia al director de la cárcel, Ramón de Toledo y Barrientos. Le habló con orgullo de «lo que había conseguido» con nosotros al general Cuervo y al cura de lo de la Redención, el jesuita Pérez del Pulgar. Ésa fue la clave para que acabasen mandándonos a diferentes lugares de España, porque no he vuelto a ver a mis compañeros. A mí me tocó aquí.

Fin de la historia.

Miquel hizo entonces la última pregunta:

—¿Conocías a Gabriel Cisneros?

—¿A quién?

—Al muerto.

—¡Ah! No, nunca le había visto. Ni siquiera hablé con él.

—¿Tampoco al acostaros, estando uno al lado del otro?

—Bueno, eso sí, pero fue trivial. Me dijo que hacía mucho frío, luego se despidió hasta mañana y poco más. No sé, a mí me caía bien el de antes, el señor Amancio.

—Pero tú duermes en la última litera, la que está pegada a la pared y abajo, justo al lado del asesinado.

—Le juro que no vi ni oí nada. —Recuperó el nerviosismo y la timidez—. Hasta que amaneció, entreabrí los ojos y le vi la cara. Entonces…

—Diste la alarma.

—Sí.

—Me dijeron que habías gritado.

—Me asusté, sí. ¿Qué quería que hiciese? No era una imagen agradable.

Miquel seguía con la mirada fija en él, buscando un destello en los ojos, un detalle traidor. No encontró nada.

Tampoco era significativo.

A fin de cuentas, se necesitaba de cierta sangre fría para asesinar a otra persona. Y, nervioso o tímido, Aniceto Perales había sufrido bastante como para hacerse casi insensible.

—Esto ha sido todo, Perales. —Le tendió la mano sin levantarse—. Siento haberte hecho recordar tu odisea. Espero que ya no tengamos que hablar más de esto.

—Gracias, señor.

—Cuéntame un chiste de los que dibujabas.

Ahora sí levantó las cejas, sorprendido. Miquel sonreía.

—¿En serio?

—Aquí tenemos pocas oportunidades para reírnos.

El valenciano se lo pensó un momento.

—Un mendigo pide limosna a un francés y éste le da una moneda. «Tenga, buen hombre, un franco», le dice. Y el mendigo echa a correr.

Miquel sonrió.

—Gracias, Perales.

No hubo más.

30

El chico de pueblo

José Carlos Sanromán era distinto de Perales.

Distante, esquivo y escéptico, se sentó en la misma silla que acababa de abandonar el primero, y lo hizo con la espalda pegada al respaldo y los brazos cruzados, en una clara actitud de defensa. Era un hombre también joven, de veintiséis años según el expediente, natural de un pueblo cercano a Madrid. Había sido teniente, y ese cargo le confería todavía un cierto aire de mando. Tenía la tez tostada por trabajar al aire libre, en la explanada del Valle. No llevaba gorra, y sí un grueso jersey que debía de ser la envidia de muchos. Con la mirada algo estrábica, su expresión tenía un aire inquietante. La nariz gruesa y la mandíbula cuadrada cerraban el contorno facial, aleteado por sendas orejas que parecían dos alas.

Antes de que lo hiciera Miquel, comenzó él:

—Tú eres amigo del Buendía.

—Sí, lo soy.

—Os he visto juntos. Buen tipo el Buendía.

—Lo es.

—¿Vas a interrogar a todos los del barracón?

—De momento a algunos.

—He visto salir a Perales, el que duerme en una de las literas de mi izquierda.

—Sí.

—Está bien, ¿qué quieres? —Cabalgó una pierna sobre la otra.

—Nada, charlar un poco.

—¿Es una táctica policial?

—¿Táctica?

—Pregunta lo que quieras, sin rodeos. No hace falta montar el número.

—Te equivocas. Ni es una táctica ni monto ningún número. Me han pedido que investigue porque fui policía, inspector, en Barcelona. Es lo que voy a hacer, y ya está.

—O sea que estás buscando al culpable.

—No.

—¿No?

—Hago preguntas. —Se encogió de hombros, distendido, relajado —. Es imposible encontrar a quien mató a ese hombre siendo vosotros tantos en el barracón. He empezado por los que estabais cerca, nada más. Si viste algo, puedes decírmelo. Si no viste nada, mala suerte.

—No vi nada.

—¿Algún ruido?

—Se nota que no duermes en un barracón. Ahí te acostumbras a todo. Si tuviéramos que estar despiertos por cada cosa que pasa… Uno ronca, otro habla en sueños, otro llora…

—¿Todavía hay presos que lloran?

—¿Tú qué crees? Los domingos por la noche, si han venido algunos de la familia, mujeres, hijos… Esto te curte, pero nadie es

de piedra. Oye, recuérdame tu nombre.

—Mascarell, Miquel Mascarell.

—Mira que sois raros los catalanes.

—¿Por qué?

—¿Qué cuesta llamarse Miguel, y todos contentos?

—Allí te llamarías Josep Carles.

Sanromán no dijo nada. Seguía con el gesto contenido y un punto de soberbia.

—¿Va a durar mucho esto?

—No.

—A mí no me importa. Me han dicho que esté el tiempo que necesites.

—Quiero que me cuentes tu historia.

Agrandó las pupilas.

—¿A santo de qué te interesa mi historia?

—No es que me interese, pero hemos de hablar un rato. Se supone que estoy investigando.

Eso le hizo sonreír.

—Tú debías de ser un buen policía. Un lince.

—Lo era —afirmó—. Pero de eso han pasado seis años. Aquí soy uno más, y de los que no quieren líos ni problemas. Cuanto antes acabe con esta dichosa investigación, antes descansaremos todos. ¿O crees que a ellos les importa una mierda que nos matemos entre nosotros?

Sanromán se tomó unos segundos, aguantándole la mirada.

Miquel supo que acababa de ganárselo.

A veces pensaba que, de no haber sido policía, habría podido ser actor.

A pesar de la timidez.

—¿Cómo llegaste a parar aquí? —preguntó enfilando el interrogatorio tras el largo tanteo.

—Supongo que por idiota —reconoció Sanromán.

—Explícate.

—Un chico de pueblo está en el ejército regular. Pero el chico de pueblo tiene ambiciones. Su padre le ha dicho siempre que el mundo está para comérselo, no para vivir en él sin más. Así que el chico de pueblo se lo cree y aspira a más. Un día le dicen que puede hacer oposiciones y, mediante un examen de lo más sencillo, va a salir teniente. El chico de pueblo traga, hace el examen y…, ¡bum!, teniente. Se acabó ser el último mono y chuparse guardias. Encima, a los mandos las mujeres los miran mejor. ¿Qué más podía pedir? ¿Cómo iba a imaginar que fuese a estallar una guerra civil…, perdón, una Cruzada, por mal que estuviesen las cosas?

—¿Dónde combatiste?

—Espera, no corras tanto. ¿No querías mi historia? Al estallar la guerra, en mi pueblo hubo de todo, una masacre. Los que pertenecían a las Juventudes Socialistas, la UGT, Comisiones… acabaron fusilados. Yo ya estaba en Madrid y me libré, pero rápidamente me vi en el frente de Navalperal, combatiendo en la columna Mangala. Después…, bueno, acabé en la brigada Líster, ¿te suena?

—Sí.

—Cuando ya la cosa estaba más que perdida, Líster dividió en dos a la brigada. Una parte fue a Barcelona y la otra a Valencia, con él. A mí me tocó Valencia, y de allí, claro, ya no salimos. Caí preso y se acabó todo.

—¿Coincidiste con Perales? Él es de Valencia.

—No, le conocí aquí.

—¿En qué cárceles has estado?

—Talavera, Toledo, Madrid… Tardé dos años en ser juzgado y me cayeron treinta de pena. Solo por ser teniente. No me fusilaron porque pidieron informes al pueblo y hablaron bien de mí. Finalmente, acabé en Buitrago, trabajando en la presa. Un día de trabajo por cuatro de remisión. Pero aquello era… —Resopló y, por primera vez, se le vio angustiado—. Alambradas, palizas, miedo, un puro terror. Trabajos forzados, ¿sabes? Un auténtico campo de concentración. Por suerte, hice un poco de amistad con uno que me dijo que era mejor venir aquí, a Cuelgamuros, porque no solo no había alambradas, sino que los presos tenían libertad para pasear después de la jornada de trabajo y estar al aire libre. Comparado con aquello, esto es un balneario. Pedí el traslado, hice una instancia al Ministerio de Justicia, otra al Patronato para la Redención de Penas, y llegué con el grueso de los trabajadores, en el 43. Bueno, ya lo sabes: tú estabas aquí.

Lo mismo que con Perales, Miquel hizo la pregunta al final, con Sanromán relajado.

—¿Conocías a Gabriel Cisneros, el muerto?

—No.

—¿Hablaste con él?

—Él quiso hablar conmigo. Parecía muy sociable. Como dormía encima de él, me preguntó si daba muchas vueltas y las maderas hacían ruido. Le dije que una vez dormido era incapaz de moverme, y eso fue todo. Me quedé traspuesto enseguida y ya no me desperté hasta que Perales empezó a dar gritos. ¡Joder! —refunfuñó—. ¡Ni

que fuera la primera vez que veía un muerto! ¡Estos artistas están hechos de mantequilla!

José Carlos Sanromán tampoco había estado cerca de Gabriel Cisneros durante la guerra o después de ella. Sus caminos no se habían cruzado.

—No te he preguntado si querías un vaso de agua.

—No, gracias. ¿Ya está?

—Sí, ya está.

—Pues, si has de oír todas las historias de los cincuenta y uno del barracón …, vas listo. Me da que no hay mucha diferencia entre unas y otras. ¿O tú no tienes la tuya?

—La tengo.

—¿Puedo irme?

Miquel le tendió la mano, como había hecho con Aniceto Perales. Sanromán se la estrechó con más fuerza. Una vez en pie, se acercó a la puerta de la oficina.

—Oye —dijo.

—¿Qué?

—Solo por curiosidad: si suena la flauta y pillas al que lo hizo, ¿qué vas a hacer?

—Depende.

—¿De qué?

—De quién sea, del motivo, de si estoy de buen o mal humor…

El exteniente le enseñó los dientes en una falsa sonrisa.

—Eres un tipo curioso —manifestó—. Pero no sé cómo eres capaz de aguantar a Buendía, porque ése sí es un tocahuevos de cuidado.

31

Carta

Querida Quimeta:

Cuando éramos novios, te miraba preguntándome: «¿Cómo es que esta preciosidad me hace caso?». Y luego, de casados, seguía mirándote y entonces lo que no entendía era cómo tenía tanta suerte. Durante años te observé en la penumbra de nuestra habitación mientras dormías, vuelto hacia ti. Tu rostro blanco parecía nacarado. Había tanta paz en él. Dormías con la boca entreabierta, y tu respiración era muy suave, apenas audible. En verano, con el calor, encima de las sábanas, tu combinación brillaba como un espectro y la seda como un espejo. A veces te acariciaba el pecho sin que te dieras cuenta. Otras, te rozaba los labios. Si a pesar de todo te medio despertabas, era como si respondieses a mi llamada: ronroneabas y te acercabas a mí para que te abrazase. Y al hacer el amor, en el momento culminante, te gritaba: «¡Mírame, mírame!». Tú al comienzo te reías. «¿Para qué quieres que te mire?». Y yo: «Para recordarte así».

Y te recuerdo así.

Tantas caras en tantos momentos.

Un día te escribí un poema y te echaste a llorar.

¿Qué nos pasó? ¿Por qué no aprovechamos más el tiempo, cada hora, cada minuto, cada segundo? ¿O sí lo aprovechamos, pero no nos dimos cuenta de que el tiempo es una amante cruel? Todos aquellos años y, de pronto, ya no estabas. Y, a los pocos días, tampoco estuve yo. No sé si estoy muerto en vida o vivo muerto.

Aquí hay hombres que ya no son hombres. Se lo han arrebatado todo. Lo único que les han dejado es la piel que recubre sus huesos y el odio que los mantiene en pie. Porque hay mucho odio, Quimeta. Mucho. Odio, amargura, resentimiento. Algunos «se convierten», y son tan convincentes que incluso engañan a los curas cuando dicen que ahora han visto la luz. ¡Milagro! Otros caen en la trampa de creer en el perdón, sin entender que el perdón, por parte de los vencedores, no existe. La represión, sí. A la mujer de uno de los presos la rapan una vez y otra para que todo el mundo sepa qué es y qué era. A los hijos de otro los han mandado a un reformatorio por pelearse con los que los llaman «rojos». A la hija de uno que es ya muy mayor le han quitado a la niña que ha tenido por ser madre soltera. ¿Habrá bastante tinta para escribir todo esto algún día? ¿Quedará quien lo escriba? Y, si se consigue, ¿alguien lo leerá? O, lo que es peor, ¿a alguien le importará?

A la gente le molesta mirar atrás.

No sé si por impotencia o por algún remoto sentido de culpa.

Ha habido un crimen, y no sé si quiero saber quién lo cometió ni por qué. Imagino que detrás de todo habrá una oscura historia. Y en todo caso es una historia nuestra, de los perdedores, no de ellos.

De los otros.

Los otros, todavía, en esta España de dos caras en la que una muere y la otra no siente la vergüenza de asesinarla.

32

El final de la madurez

Encontró a Argimiro Campoamor sin pretenderlo, porque lo único que quería era estirar un poco las piernas antes de acostarse, y mejor hacerlo solo.

Su amigo se apartó de otros dos nada más verle y fue directo hacia él.

—Creía que no te vería esta noche. —Fue su saludo.

—Hace frío, pero necesitaba tomar un poco el aire.

—Ya me han contado algunos del barracón que andas haciendo preguntas.

—¿Y qué quieres? —lo proclamó a modo de resignación—. Ya oíste a Santos.

—Es una putada que te mezcle en esto.

—Lo sé.

—Te pone entre la espada y la pared.

—Lo sé.

—Alguno puede pensar que les estás haciendo la cama.

—Si lo piensa, es que no me conoce. Trato de nadar y guardar la ropa, nada más.

—¿Vas a interrogarnos a todos?

—No lo sé. De momento voy a hablar con los cinco que estaban cerca de Cisneros. Hoy he visto a dos, pero, con el papeleo acumulado, la de camiones que han llegado y todo lo demás, no he podido seguir. Lo haré mañana.

—Yo no le conocía. De nada. Así que puedes ahorrarte llamarme. Y, si quieres preguntar algo, aprovecha.

—Nadie habrá visto nada, Campo. Sé que caéis rendidos de sueño, como todos. Y, si alguien ha visto algo, no creo que me lo diga, ni a mí ni a nadie.

—¿Qué esperas encontrar entonces?

—Algún punto de contacto. —Suspiró—. Ha de haber una conexión, ¿entiendes? Gabriel Cisneros tuvo que coincidir en algún momento de estos años con su asesino en alguna parte.

—¿Y ese historial no está en los expedientes de cada uno?

—No todo. Siempre hay algo. Algunos han estado en tantos lugares antes de recalar aquí…

—¿Y qué harás si descubres al asesino?

—No lo sé. —Fue sincero—. Ni lo he pensado —mintió—. Todos preguntan lo mismo. Depende de muchas cosas, por ejemplo, de si Cisneros fue víctima o verdugo.

—¿Qué quieres decir?

—Si es una venganza, será por alguna razón.

Campoamor bajó la cabeza. La humedad penetraba en los cuerpos y se asentaba en los huesos. Era como tener una barra de hielo por esqueleto. Pese a todo, estaban acostumbrados. Veranos de fuego, inviernos de frío. En ambos casos, dos infiernos.

—Me voy a dormir —le dijo a su amigo—. Mañana tengo otro día duro.

—Espera, he de contarte un par de cosas.

—Dime.

—¿Te acuerdas del chaval, Ismael Puerto?

—Claro.

—Mira que le advertiste que tuviera cuidado con Peláez…

Miquel se envaró.

—¿Qué le ha hecho?

—Hoy le ha puesto a trabajar con un saco de veinte kilos atado a la espalda.

—Hijo de puta… —exhaló sin siquiera levantar la voz, ya más agotado que enfadado—. ¿Qué se supone que ha hecho?

—Nada. Según Peláez, trabaja poco y va despacio. Le ha dicho que o espabila o le pondrá uno de treinta kilos.

—¿Y los ingenieros, los capataces…?

—Nada. Boca cerrada. ¿Quién se va a enfrentar a Peláez? Tiene malas pulgas. Nos odia y nos querría ver muertos a todos, sin excepción.

—Luego dicen que las obras van lentas. ¡Tratando así a la gente…!

—¿Y qué, inspector? Si se muere uno, traen más.

Miquel pensó en el hombre con el que había hablado unos días antes. Hombre… o joven. Ismael Puerto. Uno de tantos, pero demasiado joven para estar allí. Veintidós años. Un tiempo perdido que jamás volvería.

—O sea que, después de todo, la ha tomado con él —mencionó.

—Lo que nos contó que le pasó en la cárcel, lo mismo, sí. Se ve que hay gente que atrae los problemas igual que hay caras que piden bofetadas.

—Si pudiera meterle en oficinas… Yo no doy abasto en la mía. Y solo me faltaba lo del asesinato.

—Si das la cara por él, te la partirán a ti. Cada cual ha de aguantar su vela. Bastante has hecho por otros en estos años, que por eso se te respeta aquí.

Miquel sintió una inesperada oleada de calor.

Fue muy breve.

Le llegó a la cabeza, explotó y se fue.

Regresó el frío.

—Has dicho «un par de cosas».

—Es Buendía —dijo Campoamor.

—¿Qué le pasa? —Frunció el ceño.

—Hoy ha echado más sangre por la boca que mierda por el culo, y mira que caga lo suyo. O al menos eso dice él. —Sonrió un poco, más por inercia que por sentirlo—. Le he dicho que fuera al médico pero ha insistido en que está bien, que no pasa nada.

—Buendía no debería estar aquí —asintió Miquel—. Si Lausín no hace algo…

—Sabe que se muere, y quiere hacerlo en el tajo.

—Es un cabezota.

—Es capaz de ponerse junto a un barreno y reventar con él.

—¡No fastidies, va!

—Dice que así, dentro de unos años, se hablará de los muertos del Valle de los Caídos. Y cuántos más haya, más juzgará esto la historia.

Miquel miró hacia la boca del túnel que penetraba en la falda del risco. Los muertos en las obras serían unos, pero los muertos por

silicosis al cabo de los años serían muchos más. Y de esos no hablaría la historia.

Quizá Nicanor Buendía tuviese razón.

Morir allí era gritarles a la cara a todos.

—¿Dónde está ahora?

—En el barracón. Ya debe de estar dormido. No sé ni cómo aguanta.

—Yo sí lo sé —dijo Miquel.

—Bueno, te dejo —se despidió Campoamor—. Mañana ten cuidado con Indalecio Argüelles. Tiene malas pulgas.

—¿Y los otros dos?

—¿Quiénes son? Yo duermo en la otra punta del barracón.

—Salvador Paniagua e Isidoro Galarza.

—Paniagua es un tipo muy triste, desesperanzado. Al otro no le conozco, solo de vista. También es un chaval joven.

—Gracias, Campo.

—No hay de qué, inspector. Descansa.

No tenía más remedio.

Hacía demasiado frío para seguir paseando, y, aunque no trabajaba de manera física, se sintió tan cansado como si hubiera estado picando piedras en el túnel o haciendo obras en la explanada. Dio media vuelta y se encaminó a su pequeña isla.

Iba a cumplir sesenta y un años.

¿Eso era ser viejo o estar al final de la madurez?

—Viejo —se dijo a sí mismo—. Esto es ser viejo.

33

Es necesario contarlo

Argimiro Campoamor le había dicho que tuviera cuidado con Indalecio Argüelles, porque tenía malas pulgas. Lo constató nada más verle entrar, con velada violencia, tanto por la forma de sentarse como por el tono de la mirada.

Fija en él.

Inquisidora.

Tenía cuarenta y siete años. Su expediente era de los más parcos. Capturado en el 37, había sido llevado al campo de concentración de Castuera, en la provincia de Badajoz, ya en el año 39. Desde su captura hasta su internamiento en Castuera, solo constaba «detenido y encarcelado». Por supuesto, Extremadura estaba lejos del norte, donde había estado preso Cisneros en varias cárceles. En este sentido, lo mismo que Paniagua en Málaga, eran los menos sospechosos.

Miquel sabía que, cuanto menos sospechosa pareciera una persona, más posibilidades existía de que apareciera lo que él llamaba «el factor inesperado».

—Siento importunarte. —Fue lo primero que le dijo.

—Estar aquí sentado es mejor que en el túnel —manifestó Argüelles sin más—. Por mí, podemos charlar todo el día.

—¿No te molesta?

—Sí, por lo que se trata, pero da igual. Aunque me extraña que tú hagas las preguntas.

—¿Por qué?

—Te tenía por un buen tipo. Los hay que dicen que eres una buena persona.

—Lo soy.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces ¿por qué haces esto?

—¿Investigar?

—Pues claro.

—Aquí todos recibimos órdenes, y las cumplimos o se acaba todo. ¿Te extraña que, habiendo sido inspector de policía en Barcelona, me hayan pedido que investigue lo de la muerte de Gabriel Cisneros?

—Extrañarme, no. Pero… —Hizo una mueca—. ¡Bah, olvídalo!

—No, no puedo olvidarlo —dijo Miquel expeditivo—. Si no te fías de mí, esto no nos llevará a ningún lado.

—Quieres que me fíe de ti —expresó como una afirmación, no como una pregunta.

—Así es.

—¿Y lo que diga se quedará entre nosotros?

—Por supuesto.

—Hay mucho confidente, ¿sabes?

—En las cárceles sí. Aquí en el Valle no he oído ningún rumor. La gente suele hablar con libertad. Yo he de hacerte preguntas, y tú es mejor que las respondas. Pero, puestos a demostrar algo, puedes contarme tu vida y así pasamos el rato.

—Mi vida —rezongó con tanta amargura que casi se convirtió en algo sólido—, ¿puedo preguntarte cómo fueron las cosas en Barcelona?

—Bombardeos incesantes, mucha hambre y frío… Todo se fue al garete tras la batalla del Ebro. Estaba claro que la guerra estaba perdida. Mi hijo murió allí.

—¿Qué hacías en Barcelona mientras tanto?

—Seguir trabajando.

—¿En serio?

—Todos lo hacíamos. Médicos, periodistas, policías… Hasta la mañana del 26 de enero, cuando entraron las tropas de Franco. —Cambió la orientación e hizo la primera pregunta—. ¿Tú estuviste en Badajoz?

—¿Se habló de la matanza en Barcelona?

—Sí.

—¿Con detalle?

—No sé a qué te refieres con lo del «detalle». Los periódicos dijeron que había sido cruento y cruel.

—Cruento y cruel —lo repitió con un deje de ironía—. Eso es rebajarlo demasiado. Hay palabras que no definen la realidad. Más bien la enmascaran. ¿Sabes que masacraron a un diez por ciento de la población de la ciudad?

—No.

—Extremadura era distinta al resto de España —siguió hablando con sequedad, pero ya más participativo, con ganas de contarlo—. Allí, la Ley de Reforma Agraria otorgó a los campesinos, que eran la mitad de la población activa en la región, la posibilidad de hacerse dueños de las tierras que trabajaban. Imagínate. ¿Crees que a los latifundistas les hizo gracia? Aún les hizo menos gracia que esos campesinos decidieran no esperar a la entrada en vigor de la ley para invadir las fincas. Con ese clima, piensa lo que representó para la derecha y el capitalismo el estallido de la guerra. Lo bien que les vino a los cabrones.

—Sé que a Franco le corría prisa que cayera Badajoz, para abrir camino hacia el norte y unificar esa parte y el oeste del país.

—Y mandó a Yagüe. —Casi escupió el nombre—. El Carnicero de Badajoz.

—Un ejército contra…

—Contra cuatro gatos mal armados y sin formación militar. —No le dejó acabar la frase—. Éramos milicianos, no teníamos un mal cañón y mucho menos cobertura aérea. Para los nacionales fue pan comido. Badajoz cayó en menos de un mes después del inicio del Alzamiento, el 16 de agosto del 36. Al comienzo nosotros ganamos la batalla en varios pueblos: Almendralejo, Quintana, Campanario…, pero eso se acabó rápido. Las milicias estaban sedientas de sangre, todo hay que reconocerlo. Tantos años aguantando a la derecha y de pronto… vuelta a lo mismo. Hubo matanzas de fascistas. Cuando les tocó el turno a ellos, pasó lo mismo al revés. En Fuente de Cantos se asesinó a veinticinco personas por cada derechista muerto antes. Más de sesenta mujeres, algunas embarazadas, cayeron ese día. Sucedió lo mismo en Almendralejo. Más de cien mujeres

violadas, rapadas y paseadas tomando aceite de ricino. No hace falta decir para qué. Humillante. Morir llenas de mierda… —Hizo un gesto de rabia—. Pero no en todas partes los milicianos se volvieron locos. En muchos pueblos, como Montijo, Talavera la Real, Torremayor…, el Frente Popular detuvo a los derechistas sin hacerles nada, solo los encarcelaron. A Yagüe le dio lo mismo. La orden fue no dejar a ningún dirigente de izquierdas vivo.

—¿Dónde estabas tú?

—En Talavera la Real. Tuvimos que salir por piernas. Mi mujer y mi hijo quedaron allí. No los he visto desde entonces. Solo sé que están vivos. Ni idea de cómo llegué a Badajoz. Allí, el 13 de agosto aparecieron los aviones y corrimos a refugiarnos, porque llevábamos desde el 7 aguantando los bombardeos. Pero ese día no hubo bombas, nos tiraron octavillas: «Vuestra resistencia será estéril y el castigo que recibáis estará en proporción de aquélla». Nos pedían que detuviéramos a nuestros jefes y los entregáramos. Luego decían cosas como: «El movimiento salvador español es de paz, de fraternidad entre todos los españoles de orden, de grandeza de la Patria y a favor de la clase obrera». ¿A favor de la clase obrera? —rebufó airado—. Acababa diciendo que su triunfo estaba asegurado, porque confianza no les faltaba, teniendo en cuenta lo bien armados que estaban; y como final: «Destruiremos cuantos obstáculos se nos opongan, aún es tiempo de corregir vuestros errores, mañana será tarde».

—¿Y cuando cayó Badajoz?

Indalecio Argüelles bajó la cabeza. Toda su pose, su enfado, el tono de su voz, se vino abajo. Apareció en él el peso de una culpa extrema.

—Escapé.

—¿Escapaste?

Volvió a mirar a Miquel.

—¡Aquello era insostenible, hombre! Me fui con otros dos y… ni siquiera sé cómo alcanzamos el monte, donde nos ocultamos. Más tarde supe lo que pasó, cómo ametrallaban a los prisioneros en la plaza de la Catedral o en la de toros, en grupos de veinte o treinta. ¡Con ametralladoras! Se ve que les sobraban las balas. Ni siquiera eran soldados, todo hombres y mujeres, trabajadores. Había sangre y más sangre. Los que llegaban para morir chapoteaban sobre la sangre de los que acababan de caer. Y así cuatro mil personas que luego fueron quemadas junto a las tapias del cementerio de San Juan. Y las cenizas, en una fosa común. ¿Para qué más?

—¿Cuándo te cogieron?

Levantó la barbilla con orgullo.

—¿Quieres creer que les costó lo suyo?

—Pareces un tipo listo.

—Quizá tuve suerte. —Se encogió de hombros—. Mis dos compañeros y yo estuvimos escondidos durante semanas, viviendo de la nada, porque comíamos frutas mientras las encontramos y bebíamos agua de la lluvia. Hacer incursiones a los pueblos era muy peligroso. En invierno, uno de mis dos compañeros enfermó y murió. En la primavera del 37, el otro decidió arriesgarse y probar suerte. ¿Ir a Portugal? Imposible. En plena represión tras la caída de Badajoz, los gendarmes portugueses devolvían a los españoles aun sabiendo lo que les esperaba. Me quedé solo y nunca más he vuelto a saber de él. Finalmente, pasó lo que tenía que pasar, que en un descuido me pillaron. Mentí todo lo que pude, me mandaron a la

cárcel y cuando por fin supieron quién era me juzgaron, me sentenciaron a veinte años y me enviaron al campo de concentración de Castuera, donde estuve desde el 39 hasta el 43, cuando conseguí que me trasladasen aquí con lo de la remisión de penas.

Tercer interrogatorio, el mismo resultado.

La peripecia de Indalecio Argüelles había sucedido tan lejos de Santander como la Tierra de la Luna.

Ninguna conexión con Gabriel Cisneros.

—Todos tenemos una historia —reflexionó Miquel.

—¿Te sirve de algo todo lo que te he dicho? —se burló Argüelles —. ¿Alguna conexión con el muerto?

—No.

—Porque se trata de eso, ¿no? De buscar si le conocía y si le odiaba tanto como para matarle.

—No le conocías.

—Ya ves que no. Y esa noche ni hablé con él. Intercambió algunas palabras con los otros y nada más.

—¿Dijo algo?

—No. El nombre y que le llamaban «el Cisne», cosa que a mí no me hizo ninguna gracia porque me sonó a mariconada. Se mostró un poco simpático, imagino que para caer bien. Nada más.

—Dices que intercambió algunas palabras con los demás.

—Con Sanromán, creo. No sé, yo iba a lo mío. Estaba de espaldas y me subí a la litera, encima de Galarza. Me giré, me puse cara a la pared y cerré los ojos. No hubo más.

—Entonces ya está. —Miquel abrió las dos manos—. Siento haberte hecho pasar por esto.

—Es necesario contarlo, compañero —aseguró Argüelles—. Y cuantas más veces, mejor. Si no se sabe, el discurso que quedará será el de ellos. Y no es justo. ¿Por qué te crees que estamos aquí? ¿Para construir ese monumento al ego de Franco? No. Estamos aquí para sobrevivir y ganarles la carrera del tiempo.

—Es lo que me dice Buendía.

—Un tipo legal. Lástima que no vaya a llegar a Navidad.

—¿También lo sabes?

—Basta verle. Aunque… ¡cómo aguanta el tío!

Miquel se levantó, porque ahora el que no parecía dispuesto a irse era su interrogado. Una vez más, como con Sanromán y Perales, le tendió la mano.

—Oye, y si lo descubres, ¿qué?

—No lo sé. Supongo que nada, salvo que el asesino sea un hijo de puta.

—Aun así, será un compañero.

—Depende, Argüelles. Depende.

El preso se le quedó mirando. Chasqueó la lengua.

—Tú sabrás, poli —dijo—. Tú sabrás.

34

Tenía las manos muy largas

Isidoro Galarza era joven, muy joven, demasiado joven para estar allí. Sin embargo, estaba curtido. Debía de haberlo pasado mal. Miraba a los ojos, no rehuía el contacto visual, pero no transmitía emociones, era frío.

Un frío mayor que el del exterior.

Él también ocupó la silla de los interrogatorios mientras miraba el entorno, la oficina llena de papeles y archivos.

—Siempre me he preguntado cómo sería esto —dijo.

—Ya ves que no hay mucho.

Se relajó. O lo pareció. Era distante. Tenía los ojos transparentes, de un gris suave, y se adivinaba en ellos un cansancio oculto por las defensas, siempre a punto. A pesar de las circunstancias, resultaba atractivo. Al contrario que los otros tres, Miquel no supo muy bien cómo entrarle.

Optó por lo más básico.

Fingió examinar unos papeles, dejó transcurrir un buen puñado de segundos, sin prestarle atención, y finalmente puso las cuartillas sobre la mesa y le dijo:

—Según tu expediente, empezaste a luchar a los quince años.

—Catorce.

—¿Catorce?

—Sí.

—¿Cómo fue eso?

—Había una guerra, ¿no? Yo quise ir a pegar tiros enseguida. Mi padre, por desgracia, me hizo cambiar de opinión.

—¿Cómo?

—A base de hostias, señor.

Miquel no pudo evitar una sonrisa.

—¿Tu padre no quería que luchases?

—Yo era el pequeño. Dijo que, si les pasaba algo a ellos, tenía que cuidar de mi madre.

—¿El pequeño de cuántos?

—De cinco. Todo hombres. Yo nací un poco descolgado. El que iba por delante de mí ya tenía los veintiuno, el mayor treinta y dos. Ellos y mi padre sí combatieron.

—¿Qué te pasó?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Necesito hacerme una idea de lo que hiciste en la guerra, hasta llegar aquí.

—¿Qué tiene que ver eso con la muerte de ese hombre?

—No lo sé. Me han pedido que formule preguntas y es lo que hago. No tienes que temer nada, es pura rutina.

—Aquí nada es rutinario. Y más tratándose de un crimen. —Bajó un poco la voz—. Me han dicho que fue policía.

—Sí, en Barcelona.

—Y que no parece mal tipo.

—Gracias. ¿Quién te ha dicho esto?

—Argüelles, ahora, al salir.

—Entonces ya ves que se trata de algo protocolario. Imagino que no viste ni oíste nada a pesar de estar a su lado porque dormías como un tronco.

—¿Cómo lo sabe? —Esbozó una sonrisa—. Por si acaso, incluso me pongo bolitas de tela en los oídos, aunque a veces también pillo algo de cera.

—Mira, Galarza, yo he de entrevistar a todo el barracón. He comenzado por vosotros porque sois los que estabais más próximos a Gabriel Cisneros. Eso es todo. Me gusta tan poco como a ti haceros preguntas. Sé que no voy a sacar nada en limpio, pero he de hacerlo o me caerá el lío a mí. Así que vamos a charlar un rato. Tú colabora y luego te vas. Si entras y sales en cinco minutos, pueden pensar que no hago bien mi trabajo.

—¿Y qué quiere que le cuente?

—Lo que te he preguntado. ¿Qué te pasó?

—¿Al detalle? Porque es largo, ¿sabe?

—Venga, ¿quieres un vaso de agua?

—Ahora no, gracias.

—¿Vas a seguir llamándome de usted?

—Podría ser mi abuelo. Mi madre me enseñó a ser educado.

—De acuerdo, empieza. —Se cruzó de brazos Miquel.

—¿No va a tomar nota?

—Empieza —volvió a decir alargando la «e».

Isidoro Galarza plegó los labios. Siguió la frialdad, pero bajó un poco las defensas. Incluso dejó de mirarle a los ojos unos instantes. Era un joven fuerte, de manos grandes. Miquel le imaginó

practicando alguno de los deportes o costumbres tradicionales vascas, como levantar piedras o cortar troncos.

—Como le he dicho, tuve que quedarme en casa al comienzo, pero, cuando ya las tropas nacionales pusieron cerco a Bilbao…, entonces era imposible escaquearse. Ya sabe que nos bombardearon de mala manera, y no solo Bilbao, también el resto, Guernica… Mi padre y mis hermanos mayores trabajaban en la siderúrgica, que era el objetivo de los rebeldes. Mola pensaba que caeríamos rápido, pero no contaba con lo que somos, y somos duros, *gudaris* todos. En junio del 37, sin embargo, las cosas ya se torcieron definitivamente. Después del bombardeo del 17 de junio, me escapé de casa y, para parecer lo que no era, me puse el uniforme de un soldado muerto.

—¿No pensaste que si te cogían sería peor?

—Yo pensé que iba a morir, señor.

—¿Te cogieron ya?

—No, el 19 de junio salimos de Bilbao los que quedábamos. Todos se dirigían a Santander. —Por primera vez, Miquel tensó un poco la espalda. Gabriel Cisneros había estado en varias cárceles de Santander—. Pero yo cometí el error de tratar de volver con mi madre, y ésa fue mi perdición.

—¿No llegaste a Santander?

—No. Las ganas. Supongo que todo habría sido distinto. —Plegó los labios haciendo una mueca—. Bueno, no sé, nunca se sabe.

—¿Todavía llevabas el uniforme de soldado?

—Me las vi venir y me lo quité. Mi aspecto de niño me ayudó. Me detuvieron, dije que tenía quince años y les di un nombre falso. Acabé en la cárcel de Nanclares de la Oca, donde estaban todos:

presos políticos, soldados, milicianos… Me hice un poco el loco, y alargué las cosas lo más que pude, hasta que se descubrió el pastel. Fue entonces cuando supe que a mi padre y a mis hermanos los habían matado en la cárcel, y que mi madre había sido represaliada, porque era esposa y madre de varios rojos. De la noche a la mañana, yo estaba solo.

—Lo siento.

Reapareció el témpano, la mirada insondable, una extraña forma de mantenerse en pie.

—Entonces, cosas del destino, allí en Nanclares le caí en gracia a un cura. En gracia o… no sé, porque tenía las manos muy largas. Había pasado casi un año y a alguien del ejército de Franco se le ocurrió que los menores de edad éramos «salvables». Se creó el Consejo Superior de Protección de Menores, el CSPM. La edad de corte eran los dieciocho años. Así, algunos que seguíamos lejos de esa edad pasamos de los campos de concentración a los reformatorios. Eso sí, a los peores los mandaban a la Casa de Corrección, también llamado Reformatorio Especial, que estaba en la Casa de Observación. La base de nuestra salvación, por supuesto, era que fuésemos buenos católicos y españoles dignos. Yo seguí librándome, porque, según aquel cura, era «un buen chico». —Hizo una pausa breve—. Hubo tres categorías, de los trece a los catorce, de los quince a los dieciséis y de los dieciséis a los dieciocho. Yo estaba en los quince y… —Se echó a reír, aunque sin ganas—. ¿Sabe lo que me hicieron?

—No.

—Me mandaron al campo, a una casa rural, para ser poco menos que adoptado por una familia, que recibía una peseta con ochenta

céntimos para mi manutención. Todo muy bonito, sí, pero en el fondo yo me convertía en esclavo. ¿Una familia? ¡Y un cuerno! Comía lo justo para no desmayarme y trabajaba de sol a sol. Encima, tenía que darles las gracias por ser tan buenos. —Movió la cabeza de lado a lado un par de veces—. Como puede imaginarse, me escapé.

—Mal asunto.

—Muy malo, porque cuando volvieron a cogerme el cura ya no pudo hacer nada. Al contrario, me dijo que «había traicionado su confianza». Seguía teniendo menos de dieciocho años, pero pasé a ser peligroso. Tras eso, reformatorio, y a los dieciocho de nuevo la cárcel de Nanclares de la Oca. Allí me moría en vida, así que aproveché la amistad con otro cura, éste sin manos largas, que me procuró el venir aquí en el 43. —Abrió las palmas—. Y esto es todo.

—¿Nunca habías visto a Gabriel Cisneros?

—La primera vez fue a su llegada.

—¿Y qué tal?

—Uno de esos que quiere caer bien, y cuanto antes mejor. —Fue explícito—. «¿Qué hay, camaradas? ¿Qué se hace aquí? Me han dicho que esto está bien, que se come mejor y que no es una cárcel…». Cosas por el estilo. Lo malo es que duermo abajo. Cuando Perales se puso a gritar y dio la alarma… Bueno, no era una imagen agradable de ver. Lo tenía a tres palmos.

—Sabes que saldrás en un par de años, ¿verdad?

—Para eso trabajo, aunque sea en este mausoleo.

—¿Qué harás al quedar libre?

Isidoro Galarza no contestó a la pregunta. Se le quedó mirando con un punto de ironía en los ojos. Una ironía triste, desangelada. La

ironía del que ya no tiene nada porque lo ha perdido todo.

De hecho, Miquel se vio reflejado en él.

Tampoco tenía ya nada.

—No hago planes a largo plazo —confesó el joven—. Ni siquiera a medio plazo. Un día me lleva a otro, y éste al siguiente. Pensar más allá de una semana no sirve de mucho. Pero ya que lo pregunta… Supongo que ir a donde sea, a cualquier parte menos a Bilbao.

—Pero es tu casa.

—No, ahora es un santuario. Mi padre, mi madre y mis hermanos. Todos muertos. ¿Qué quiere, que me vuelva loco? A veces pienso en su tierra, Cataluña, por eso de que vascos y catalanes somos un poco primos. Pero ya le digo, no lo sé. Supongo que si pudiera me iría al otro lado del Atlántico, tal vez a Estados Unidos, tal vez a México. Dicen que las mexicanas son guapas.

Isidoro Galarza nunca había estado con una mujer.

Quizá ése fuera su sueño.

El amor era lo poco que les quedaba a muchos.

Eso y la esperanza.

—No ha sido tan malo, ¿ves?

—Si tiene estómago para escuchar nuestras historias…

—No hay ningún preso que no tenga la suya.

—¿Qué edad tiene usted?

—Voy a cumplir sesenta y uno.

—¿Y qué hace aquí?

—Sobrevivir, como todos. Tengo una sentencia de muerte en suspenso. Quizá mañana la activen, o me la conmuten por treinta años de cárcel.

—Debió de ser un buen policía.

—Gracias.

—Es que se nota que es listo.

—¿En qué se nota?

—Finge que no pasa nada, nos pide que hablemos, nos relajamos… ¿Qué espera, que el asesino meta la pata?

—No espero nada, Galarza, en serio.

Intercambiaron la última mirada.

Esta vez, amigable.

—¿Puedo irme ya? —preguntó el joven.

35

Carta

Es extraño volver a sentirse policía.

Lo echaba de menos.

No es lo mismo, claro. Aquí ha habido un asesinato misterioso que puede significar cualquier cosa. El teniente Santos espera que le resuelva el enigma, para quedar bien delante de sus superiores. Pero no es fácil. Estoy hablando con gente que ha sufrido mucho. Ni te lo imaginas. Gente que ahora está bajo la lupa. Y yo, en medio, entre dos aguas. Tengo la confianza de los presos, que en estos años han aprendido a respetarme, y no quiero perderla. También tengo, si no la confianza, sí algo de respeto por parte del teniente. El sargento Peláez es otra cosa. Si de él dependiera, estaríamos todos muertos. Claro que, entonces, ¿quién construiría este sueño megalómano?

¿Recuerdas cuando me hicieron inspector? ¡Qué día! ¡Cómo lo celebramos! De entrada porque, de esta forma y en cierto modo, me salía de los peligros de la calle. ¿Y recuerdas mi primer caso? Así de buenas a primeras me enfrenté a un asesinato. No había pistas, no había nada, y apareció mi olfato, mi instinto para saber buscar en la nada, escrutando la cara de

las personas y haciendo un montón de preguntas en círculos hasta formular la buena de sopetón, habiéndome ganado ya la confianza del interrogado. No fue más que una leve incorrección, un matiz, un cambio de palabras, y supe que aquel hombre era el asesino. Pero tenía que demostrarlo. Y jugamos al gato y al ratón durante días, hasta que fui a por él y le acorralé. Le dije lo que sabía, cómo lo sabía y por qué lo sabía. Estuve de lo más convincente y se derrumbó, se vino abajo. Ahí empezó mi fama.

¡Ah, la fama!

¡Qué tramposa fue!

Empezaron a darme todos los casos raros, los más difíciles, pero supe resolverlos. Y disfruté. Disfrutaba. No cogiendo al culpable, sino investigando, resolviendo cada crucigrama, cada rompecabezas, pregunta a pregunta. Lo mío era la paciencia. Siempre me lo dijiste. Mi infinita paciencia. Puede que ahora también me sirva de ella. Paciencia para seguir, paciencia para esperar, paciencia para fingir que no sé nada ni veo lo que pasa, de qué forma los camiones de comida dejan tan poco para nosotros, ya que Franco nos quiere comidos y fuertes para su obra, y se llevan el resto, Dios sabe dónde, para los estraperlistas. Dicen que las guerras son la muerte de muchos, pero suponen el enriquecimiento de unos pocos. De esta guerra van a salir muchos ricos, Quimeta. No solo por esos camiones de comida, o de material de obra, que desaparecen, sino porque todos los constructores se están beneficiando de nosotros, de esta mano de obra barata que les ha caído del cielo.

Si ese maldito cáncer no nos hubiera cambiado la vida, me pregunto si estarías en Barcelona esperándome. Supongo que sí. Es lo que hacen los miles de mujeres que aguardan la libertad de sus maridos. ¿Pero cómo van a volver a casa? ¿Y las heridas, no las del frente, sino las del alma? ¿Qué clase de país vamos a reconstruir o a tener bajo la bota del fascismo? ¿Acaso el nuestro es un país condenado a repetir los errores a perpetuidad? Porque, si es así, nunca estaremos en paz, nunca conseguiremos ser felices. Ni me imagino cómo estará España dentro de diez, veinte o treinta años. ¿Y Cataluña? ¿Seguirá siendo la incomprendida? El daño que siempre nos hemos hecho unos a otros por razones de lengua o creencias.

Esta noche estoy un poco deprimido. Bueno, no te asustes. Llevo aquí tanto tiempo que a veces siento como si estuviera catárquico, anestesiado. Y de pronto pasa algo, despierto, y me enfrento a una realidad que pese a estar ante mis ojos he intentado no ver.

Mi amigo Buendía se está muriendo.

Y, con cada muerto, llegan otros. Esperamos una nueva oleada de presos. Según he oído, Franco quería terminar esto en un año. Llevamos cuatro y medio. Creo que ni en otros cinco habremos acabado. Por lo menos, mano de obra no le faltará.

Me viene a la memoria un recuerdo más. Hace diez años, por estas fechas, Roger nos presentó a su novia. ¡Cómo la observabas! Yo le miraba a él, su cara de felicidad, que me recordaba a la mía cuando te conocí. Pero tú la escrutabas a ella, preguntándote si sería lo bastante buena para «tu niño». Y al final, cuando se fueron y nos quedamos solos, me dijiste:

«Sí, es una buena chica, y se nota que le quiere». Eso fue todo. Me quedé tranquilo. Para Roger fue el tiempo más hermoso de su vida. Y me alegro de que, por lo menos, hubiera conocido el amor antes de caer en el frente.

Es tan importante el amor…

Tú nunca recordabas los aniversarios. Yo sí. Y lo sigo haciendo.

Y te los seguiré recordando.

36

El sol, al menos, sí está ahí arriba

Salvador Paniagua era un hombre mayor. El más viejo de los cinco candidatos. Tenía cincuenta y cinco años, pero su aspecto era peor que el de Miquel. Bolsas bajo los ojos, ligeramente encorvado y de aspecto frágil, para nada dentro de los cánones de los obreros del Valle. Cuando se quitó la gorra al entrar, descubrió un cráneo lleno de costras oscuras, con escaso pelo incluso por los lados. Más que cansado, parecía… derrotado. Todo él transmitía ese efecto. Miraba al suelo, a sus manos sosteniendo la gorra, a todas partes menos a Miquel. Parecía la clase de hombre al que se le decía cualquier cosa y respondía «amén», porque tanto le daba una respuesta como otra.

Nada que ver con los otros cuatro.

—Me han dicho que quiere hablar conmigo. —Le llamó de usted.

—Sí, sí, siéntese. —Mantuvo el tratamiento Miquel.

—Bueno.

—¿Quiere un vaso de agua?

—Si no es molestia…

—No, ninguna.

—Entonces sí. Me irá bien.

Miquel se levantó para servírselo.

—¿Bien?

—Es que no sé qué quiere, inspector.

—Ya no soy inspector.

—Dice que sí.

—Lo fui, hasta el último día de la guerra en Barcelona. No ha llovido ni nada desde entonces. —Le entregó el vaso de agua.

Salvador Paniagua dio un pequeño sorbo.

—Pero hace preguntas —dijo.

—¿Y qué quiere que le haga? —Intentó parecer amigable, demostrarle que era tan preso como él—. El teniente Santos está empeñado en encontrar al asesino de ese hombre, ya ve usted. Yo ya le dije que era imposible, con cincuenta más en el barracón. —Le mostró impotencia a través de la expresión de su cara—. Sea como sea, hay que obedecer. ¿Quiere que investigue? Pues investigo. No pasa nada. Charlamos un rato y ya está.

—¿Charlar de qué?

—Por ejemplo, de lo que le pasó, qué hizo en la guerra, por qué está aquí.

—¿No lo dicen esos papeles? —Señaló los expedientes apilados encima de la mesa.

Salvador Paniagua quizá no fuese tan poca cosa.

Sabía que aquellos papeles contenían sus vidas.

—No. —Hizo un gesto despreocupado Miquel—. Yo nunca me fío de los papeles. A mí me gusta hablar con las personas, sentir el calor humano. Su expediente solo dice que estuvo en Málaga, lo cual no es demasiado.

—Ni demasiado poco —musitó.

—¿Por qué lo dice?

Salvador Paniagua levantó la cabeza.

—¿Sabe cómo estaba Málaga antes de la guerra, señor?

—No.

—¿Ni lo que pasó cuando escapamos de allí?

—Sé que hubo una masacre.

—«Masacre» es una palabra fuerte, pero ni ella se acerca a la realidad de lo que sucedió. ¿No se habló en Barcelona de La Desbandada?

—Sí.

—¿En serio? —pareció dudarlo.

—Llegaban noticias de la guerra, claro, aunque para no desmoralizar a la población se tamizaban un poco. No se hablaba de «derrotas», sino de «repliegues tácticos». Tampoco se empleaban términos como «matanza», aunque sí de la crueldad de las tropas sublevadas, en especial de los moros. Había que leer entre líneas.

—Yo estuve en La Desbandada.

Lo dijo como si anunciara el Apocalipsis.

—Entiendo.

—¿De verdad lo entiende? —Dio la impresión de burlarse con acidez—. ¿En serio conoce lo que probablemente haya sido lo peor de la guerra, la página más oscura de todas las sucedidas entre el 36 y el 39?

—Cuéntemelo.

—¿Le interesa?

—Alguien me ha dicho estos días que todos deberíamos conocer las historias de todos, para que los supervivientes puedan contarlas. De lo contrario, solo va a quedar un relato: el de los vencedores.

Aquí compartimos un mismo destino, Paniagua. Con que sobrevivamos unos pocos, ya habremos ganado.

—Tiene usted mucha moral. A mí me la mataron bomba a bomba en aquella carretera.

—Pero sobrevivió.

—¿A qué precio? —Reapareció lo peor de la amargura que le envolvía—. Cierro los ojos y aún veo a esos cientos de muertos, ancianos, mujeres, niños, con los rostros tintados de terror en el instante final, las tripas saliéndoseles por sus cuerpos destrozados, brazos, piernas… —Bebió un sorbo de agua—. Caían bombas y más bombas. No había donde esconderse. Lo único era seguir, seguir, seguir esa maldita carretera mientras ellos jugaban al pim-pam-pum con nosotros. —Otro ligero sorbo de agua—. Ha dicho que no sabe cómo estaba Málaga antes de la guerra. ¿Quiere que se lo explique?

—Sí, mejor.

—Supongo que cualquiera de los que estamos aquí le dirá que en su zona se pasó fatal, que hubo asesinatos, represalias, lo inimaginable. Bueno, pues… le aseguro una cosa: Málaga era la cuna nacional del movimiento obrero. Éramos Málaga la Roja. ¿Qué le parece? ¡La Roja! Yo pertenecía a la CNT, y el Partido Comunista era fuerte. Ya antes de la guerra hubo muchos problemas, asesinatos, quema de conventos. Pero, cuando el Alzamiento…, quedamos aislados. El único acceso era la carretera de Almería, así que los sublevados la controlaban con sus bombas y no podíamos recibir nada, ni material bélico ni mucho menos alimentos. Se puede decir que las autoridades malagueñas iban por libre, al margen de lo que se hacía o decía desde Madrid. Entonces, a mediados de enero del 37, Queipo de Llano ya fue a por nosotros. Fueron cayendo

Estepona, Marbella… El bombardeo del puerto del día 13 de enero causó cientos de muertos. No podíamos ni curar a los heridos. Estábamos rodeados, camisas negras italianos del Corpo Truppe Volontarie en el norte, el Tercio de Marruecos… Éramos doce mil milicianos y solo teníamos ocho mil fusiles, sin apenas balas. —Esta vez acabó el vaso de agua y lo depositó en la mesa.

—¿Quiere más?

—No, deje —continuó—. Teniendo en cuenta lo que había sucedido en Badajoz, se desató el pánico. El día 6 de febrero, las autoridades ordenaron evacuar la ciudad, nos reunimos en el paseo del Parque y enfilamos al Rincón de la Victoria y El Palo. No sé ni cuántos éramos, cien mil por lo menos, aunque yo diría que más, ciento cincuenta mil. Yo iba con mi mujer. Por suerte, no tuvimos hijos, de eso me alegré entonces. Nos tiramos todos a la carretera de Almería. Fue lo que se conoce como La Desbandada. Miles de personas al aire libre, sin refugios, a merced de los bombardeos de la Luftwaffe alemana por el aire y las andanadas de la armada, apostada frente a las costas. El Canarias, el Baleares y el Almirante Cervera disparando sin cesar, y nosotros caminando, caminando, caminando, viendo caer a cientos y pensando: «Bueno, si me toca, se acabó, y, si no, me salvo». Era todo lo que teníamos. Pero aquello fue un asesinato en masa, señor. Éramos personas, y nos masacraron como animales acorralados.

Salvador Paniagua no llegó a llorar, pero poco le faltó.

El relato de Indalecio Argüelles ya había sido sobrecogedor.

Ahora el de Paniagua estaba a la par.

Miquel se levantó para servirse un vaso de agua. Recogió el de su interrogado y se lo llenó de nuevo.

—Aquello duró cuatro días, con sus noches —habló de nuevo Paniagua, despacio—. Doscientos kilómetros a pie. Hombres y mujeres desfallecidos cargando a niños ya medio muertos. Pura miseria. No tuvieron piedad. Ninguna. Actuaron como bestias. Después de cada andanada, por el aire o desde el mar, volvíamos a la carretera mientras se oían los gritos de los heridos o de los que buscaban a los suyos, dispersos o perdidos. A mi mujer y a mí nos cayó una bomba cerca, salimos volando por los aires. Cuando me levanté y la busqué, ya estaba muerta, pero no por la bomba, sino porque se dio con una piedra en la cabeza. Nunca tuvo suerte la pobre. Ni conmigo. —Su voz se convirtió en un hilo apenas mantenido en alto—. Con mis propias manos, hice un agujero en la tierra para enterrarla… —Apretó los puños, pero sin detenerse, como si necesitase continuar—. Volver atrás era imposible, lo único que nos quedaba a todos era seguir… Doscientos kilómetros… Doscientos kilómetros llenos de muertos en las cunetas, personas descalzas, bebés llorando al lado de sus madres muertas…

Salvador Paniagua ya no pudo más.

Rompió a llorar.

Miquel se dio cuenta de que no tenía fuerzas. Ni siquiera para hacer la última pregunta, la única que, en el fondo, le importaba más allá del aterrador relato del hombre.

Bebió agua.

El prisionero hizo lo mismo.

Luego se miraron.

—Lo siento —dijo Miquel.

Salvador Paniagua se pasó el antebrazo por la nariz. Luego la mano por los ojos.

Era un hombre de cincuenta y cinco años que aparentaba sesenta y cinco y ahora, de pronto, tenía diez años más.

—Bestias… Bestias… Bestias… —gimió antes de recuperarse un poco—. Queipo de Llano incluso bromeó diciendo que nos bombardeaba para que fuéramos más rápido… —Levantó la cabeza —. Los curas mienten cuando hablan del «valle de lágrimas» y lo de que «hemos venido a este mundo a sufrir». Su valle de lágrimas es el paraíso comparado con aquello y el sufrimiento dejó de existir como tal tras La Desbandada. El horror entró en una nueva dimensión. —Tomó una bocanada de aire—. Mire, señor, yo no sé cómo será la guerra en Europa ahora, pero dudo que se parezca a lo que nos pasó aquí. ¿Quién mata sin más a cuatro o cinco mil inocentes que escapan por una carretera vacía? ¿Qué daño hacíamos? Y a los que se quedaron en Málaga no les fue mejor. Dicen que fusilaron a miles más. O al menos eso he oído decir. Ya… Bueno, se dicen tantas cosas.

—¿Siguió luchando?

—¿Con qué? —Le mostró las manos desnudas—. ¿Querrá creer que a partir de este momento apenas si recuerdo nada, que es como si tuviera una nebulosa en la mente? ¡Estuve muerto en vida! El día que caí prisionero pensé: «Bueno, ya está, se acabó». Pero ya ve, no se acabó. Estando en la cárcel me ofrecieron venir a trabajar aquí y dije que sí, solo porque lo iba a hacer al aire libre. No veré el mar nunca más, pero el sol, al menos, sí está ahí arriba.

—Por lo que me cuenta, deduzco que jamás se cruzó con Gabriel Cisneros ni sabía nada de él.

—¿Quién? —Reaccionó rápido—. ¡Ah, el muerto! No, no. Apareció, se metió en la cama que dejó libre Amancio Prados, hizo un par de

bromas y eso es todo. Por la mañana…

Quinto interrogado.

Salvo que alguno mintiera, ninguno había estado cerca de Gabriel Cisneros.

—¿Puedo decirle algo, Paniagua?

—Claro.

—No creo en Dios, ni pienso que usted crea en él. Pero las cosas suelen suceder por algo. Si está vivo, pregúntese por qué pueda ser. Y no piense que es suerte o casualidad.

—¿Usted cree en la suerte?

—No, pero sí en el destino. La suerte la forja cada uno. Yo también perdí a mi mujer, y ahora me alegra estar vivo porque así puedo recordarla. De lo contrario, nadie lo haría.

El hombre meditó lo que acababa de oír.

—Es un buen punto de vista —admitió.

Miquel se levantó, con la mano derecha por delante.

—Vuelva al trabajo, ande —se despidió—. Y siento haberle hecho recordar su odisea. Para lo que necesite, dentro de mis limitaciones, aquí me tiene.

Por un momento, Salvador Paniagua llegó casi a sonreír.

37

El instinto y la lógica

Solía sucederle.

En ocasiones, cuando investigaba un caso complicado, llegaba un momento en el que sentía una voz interior. Una voz que le decía: «Párate»; y también: «Reflexiona sobre lo que ya has oído».

«Lo que ya había oído».

La campanita de su mente tintineaba con perseverancia.

De acuerdo con ella, en sus cinco primeros interrogatorios alguien había dicho algo que podía ser la clave de todo.

¿Pero qué?

Cuando sucedía eso, se detenía, como le sugería su instinto, y reflexionaba. Trataba de volver a reproducir las charlas mantenidas con los sospechosos.

Si no daba con el detalle, fuera cual fuese, sabía que tendría que interrogar a todos los hombres del barracón, uno a uno, y con ello acabaría loco, perdido. Si no había sido uno de los cinco que más cerca estaban del asesinado…

—La lógica, la lógica…

Podía darle mil vueltas a un caso, y al final siempre se imponía la lógica.

Uno de los cinco.

¿Cuál?

¿Por qué?

Ninguno había coincidido con Gabriel Cisneros.

Pero estaba seguro de que uno había dicho algo.

Miró la pila de expedientes con los restantes hombres del barracón. Reflexionar no le impedía continuar. Alargó la mano y cogió el primero. Luego el segundo. Y el tercero. Lo único que buscaba era una conexión, nada más. Saber dónde había estado cada uno de los presos antes de acabar en el Valle.

—¿Y si la cuita viene de mucho atrás, de antes de la guerra?

Escuchar su propia voz también le ayudaba, se interrogaba a sí mismo.

Si se trataba de una rencilla anterior, le resultaría imposible desentrañar la madeja. ¿Qué podía haber hecho Gabriel Cisneros antes de 1936? Esos datos no se reflejaban en los expedientes. Solo su participación en la contienda.

Se cansó de mirar expedientes.

Mientras dejaba el último, resonó por todo el lugar la explosión de un nuevo barreno. Imaginó la nube de polvo, los hombres entrando con sus inútiles mascarillas para quitar las rocas desgajadas de la montaña y emplear los picos para trocearlas o hacer caer las que estaban medio sueltas. Imaginó a Nicanor Buendía allí, tosiendo…

—Maldito loco…

Hablaba con muchos, pero Buendía era su único amigo. Quien más se le aproximaba después era Argimiro Campoamor, pero a distancia. Cuando llegó a Cuelgamuros supo dos cosas: que su existencia allí podía ser efímera, y que en las mismas circunstancias

iban a estar sus coetáneos. La solidaridad y el compañerismo eran necesarios, pero, con la muerte rondando cada día, nadie quería llorar otra vez por el camarada muerto.

Bastante lo habían hecho ya todos.

Nadie, ninguno, estaba en el Valle con el alma virgen y libre de haber visto o padecido las peores atrocidades que el ser humano podía infligir a sus semejantes.

Cerró los ojos y volvió a repasar mentalmente los interrogatorios de Salvador Paniagua, Isidoro Galarza, Aniceto Perales, José Carlos Sanromán e Indalecio Argüelles. Rememoró sus caras, sus expresiones, su dolor al hablar de la batalla de Bilbao y la matanza de Badajoz, la encerrona de los artistas valencianos o La Desbandada. Ninguno parecía culpable. Y si uno lo era, como le gritaban su instinto y la lógica, había contenido mucho sus emociones para no delatarse.

¿Quién era Gabriel Cisneros?

—¿Te mató tu asesino para que no le reconocieras o para vengarse de ti?

Desde luego, él no había dado la impresión de reconocer a nadie. Llegó, se mostró simpático y locuaz, y se acostó porque ya era tarde. ¿Pudo optar por mostrarse tranquilo? No, nadie duerme con miedo. O su asesino, en caso de conocerle, había cambiado mucho, o no se trataba de eso.

Quedaba la venganza.

Y de nuevo las preguntas claves: ¿quién, por qué… y de qué le conocía?

—¿Tu asesino te conocía, pero tú a él no?

Se quedó en suspenso, escuchando los latidos de su corazón. Bum-bum. Fuertes, intensos. También le sucedía a menudo. La pregunta era pertinente, pero, en apariencia, fuera de lo real o lo común. La palabra «venganza» quedaba en entredicho salvo que fuese…

—¿En diferido?

Era absurdo.

¿O no?

Tampoco tuvo tiempo de pensar en ello. Primero, porque un nuevo barreno lo hizo estremecer todo; y, segundo, porque uno de los ingenieros entró en la oficina para reclamar su atención con el papeleo normal de cada día.

—¿Qué hace aquí pasmado, hombre? ¿No ve que han llegado tres camiones de material?

38

Bum-bum

Nicanor Buendía no estaba en ninguna parte.

Quería hablar con él, para ver cómo se encontraba y para comentar con alguien, en voz alta, sus inquietudes. El anarquista era de los pocos con cierta lucidez allí dentro, aunque fuese una lucidez cargada de odio, resentimiento y mala uva sazonada con mucha ironía y dolor. Un extraño compañero de viaje.

Finalmente se encontró con el inevitable Argimiro Campoamor.

Ni siquiera tuvo que preguntarle.

—Está en el hospital.

—¿Tan mal…?

—Sí —reconoció el aparecido—. Le ha dado un acceso de tos y pensaban que se desangraba allí mismo. Ha acabado en el suelo, sin poderse levantar, como si las fuerzas le hubiesen abandonado de golpe. «Hasta aquí», ¿entiendes?

Miquel miró a lo lejos.

Al llamado «hospital».

—No vayas ahora. Estará dormido y ya no queda tiempo antes del toque de silencio. —Interpretó su mirada Campoamor.

Miquel bajó la cabeza.

—Se me acabó la suerte —dijo.

—¿Qué suerte?

—Buendía siempre dice que tengo la suerte de tenerle.

Su compañero escupió al suelo.

—La suerte se nos acabó el 18 de julio del 36 —manifestó.

—Seguimos vivos —le recordó él.

—Entonces nos acompañó hasta aquí, pero se quedó en la puerta.

Dieron unos pasos. Como siempre, y pese al frío, había grupos de hombres hablando en el exterior de los barracones y la explanada, sentados en el duro suelo o de pie. Las conversaciones eran en voz baja, así que reinaba el silencio, salvo que alguien se acercara a uno de los grupos y entonces percibiera el murmullo de lo que decían. Otros ya estaban en sus jergones, apurando las fuerzas después de un día de trabajo. Uno más. Los turnos se alargaban, las horas se multiplicaban, los destajos abundaban. Y, pese a todo, las malditas obras siempre parecían estar igual, eternas.

—Hoy has tenido trabajo, ¿eh? —reanudó la charla Campoamor.

—Ha sido un día de ajetreo, sí. Muchos camiones.

—Pero no solo controlas eso.

—No —reconoció—. La mayor parte del tiempo la paso rellenando impresos oficiales que luego se envían a la Dirección General de Prisiones. No quieren que nada les pase por alto. Todo es burocracia, Campo. Los partes de recuentos de presos son lo peor. Día tras día. Yo no sé porque nos cuentan cada tres horas, por Dios. Nadie se ha escapado, todos prefieren trabajar y redimir pena para salir libres. ¿Qué sentido tendría fugarse? ¿A dónde va a ir uno?

—¿Nos siguen robando comida?

—Pues claro —bufó Miquel—. Llegan tantos kilos de garbanzos y han de distribuirse entre los presos de manera que al final del día no quede ni uno. Pero no significa que esto sea así. La jefatura del destacamento está engañando a la Dirección General. Aquí los funcionarios hacen trampas, y, si las hacen aquí, imagínate en los campos de trabajo o de concentración de toda España. El Estado recibe diez pesetas con cincuenta céntimos por el alquiler de cada preso. Se descuentan cinco para alimentación y cincuenta céntimos que van a nuestras cartillas de ahorro, y de las cinco pesetas restantes, ¿qué?

—No solo perdimos la guerra, poli.

—Ya.

—¿Y de lo otro?

—¿La investigación?

—Sí, claro.

—Estancado.

—No vas a dar con nada. Cincuenta en el barracón… Eso es mucha tela que cortar. No sé ni por qué sigues y te empeñas.

—Porque fui inspector de policía, Campo, por eso. Nunca he dejado un caso por resolver.

—Pero aquí…

—Aquí es lo mismo, aunque llegado el momento me lo calle.

—¿En serio?

—He de saber por qué le mataron. Luego ya veremos. Hay cosas que no pueden decidirse de antemano.

—Tozudo.

—Profesional. —Logró sonreír.

—¿No tienes miedo de Santos?

—Precaución, solo eso.

—¿Sabes qué te digo?

—Ilústrame.

—Que el asesino ha de ser listo.

—¿Por qué?

—Porque matar a un compañero el mismo día de su llegada… Eso indica o prevención o miedo —calculó Campoamor—. Desde luego, fue rápido. Pero no sé, me da que piensa que no le van a relacionar con él. ¿O no es lo que estás haciendo tú, buscar una relación?

—Es lo que hago, sí.

—¿Hay algo antes de la guerra entre Cisneros y alguno de los cinco primeros?

—No, nada.

—Entonces ha de ser un crimen relacionado con la guerra.

—Es lo que creo.

—¿Dónde estuvo Cisneros?

—En varias cárceles de Santander. No pasó más de dos años en ninguna.

—¿Y por qué le cambiaron tantas veces?

Miquel no llegó a responder.

Campo de concentración de La Magdalena, campo de concentración de Corbán, Cuartel de Manzanedo, Departamento Penal en Ganzo, en Torrelavega…

Cuatro destinos antes de recalar en las obras del Valle.

Bum-bum.

Aquel latido.

Y la voz de su instinto.

«Uno de los cinco dijo algo…».

Santander.

Santander.

Gabriel Cisneros había estado en todas las cárceles de Santander.

En todas.

¿Por qué?

¿Y cuál de aquellos cinco hombres había luchado no en Santander, pero sí cerca, y…?

Entonces el bum-bum cesó y sintió el escalofrío final.

La conexión.

La posible verdad.

Argimiro Campoamor no lo notó. Además, en aquel momento sonó el toque de silencio.

Fin de la jornada.

Bum-bum.

Miquel supo que iba a costarle dormir.

39

Carta

Querida Quimeta:

Cuando resolvía un caso me sentía especial, ¿te acuerdas?

Y hubo dos que me llevaron por la calle de la amargura. ¡Cuántas vueltas les di! Primero, el de aquella viuda adinerada de 1929. No encontré el nexo final hasta días, semanas después. Y, aun así, no tenía forma de relacionar al asesino con ella. ¡El hombre estaba cubierto, no cometió ningún error y no se puso nervioso en los interrogatorios! Mi instinto me gritaba que era él, que no había nadie más, pero las pruebas son las pruebas, y no las tenía. Así que, cuando encontré aquel resquicio y le acorralé, provocando que se viniera abajo, me sentí que estaba haciendo justicia, que aquella pobre mujer, al menos, descansaría en paz. Pero ése no fue el caso que más tardé en resolver. El asesinato de aquel hombre en 1933, sin pistas, un misterio absoluto. Un tipo solitario, sin amigos, vulgar y corriente. Pasamos mucho tiempo indagando en su entorno y no encontramos nada. Cuando el comisario me dijo que lo olvidara, que se archivaba el caso, me rebelé. Tuve que

obedecerle, pero solo de puertas adentro. Yo, obstinado, continué con esa labor paciente, cuando podía, a ratos perdidos. Pasó un año hasta que, finalmente, de nuevo encontré el pequeño, pequeñísimo indicio que nos condujo al asesino, en este caso una asesina, aquella mujer que le había asesinado solo porque no la miraba ni le hacía caso al pasar. La motivación más extraordinaria y asombrosa para cometer un asesinato que yo recuerde. Nunca olvidaré la cara de asombro de la mujer cuando la detuve. «Yo no existía para él», me dijo. Y añadió: «¿Puede creerlo?». Sí, estaba loca, pero ni lo parecía ni a nadie le había asombrado nunca su manera de ser, tan solitaria como la del asesinado.

Las motivaciones para matar son tan variadas como las flores de un jardín, aunque en el fondo se resumen en cuatro: dinero, venganza, celos o envidia. Se dice que hay que odiar a alguien para asesinarle, pero el odio va implícito en todas ellas. Habría una quinta: los asesinos en serie, esas personas que se vuelven locas y matan por azar, siguiendo un impulso irrefrenable que las obliga a hacerlo por un placer macabro que les produce satisfacción.

He resuelto un asesinato, Quimeta. Probablemente el último de mi vida. Sé quién es el culpable, aunque me falta engarzar las últimas piezas. Espero hacerlo mañana. Un simple detalle me ha llevado a la resolución del caso, una palabra y…, sí, mi instinto. No me he oxidado estando aquí.

No te rías, pero a veces me siento orgulloso de mí mismo. Dicen… Decían que soy taciturno y serio, pero no es verdad. Lo que pasa es que ésta es mi fachada, mi disfraz. Tú me conocías

mejor que nadie. Me dabas con el codo y me decías: «Feliz, ¿eh?». Y yo me encogía de hombros, como si nada. «Es mi trabajo», te contestaba. Y tú: «Sí, ya». Entonces nos mirábamos y nos reíamos.

¡Ah, cómo nos reíamos!

Es justo aquí, y ahora, cuando más valoro la justicia, porque aquí no la hay y ahora no existe. La justicia no es solo una palabra, es un concepto. Como si España fuese una escuela llena de niños y, de pronto, una pandilla de matones hubiera asolado el patio, imponiendo sus leyes de manera violenta y a la fuerza. El odio con el que nos hemos matado los unos a los otros es propio de lo peor de cualquier guerra, y una guerra civil, sin duda, es la más salvaje de todas. El día menos pensado les dará por cumplir mi sentencia, se me llevarán y adiós, acabaré en una cuneta o bajo la tapia de un cementerio junto a otras personas, tan desconocidas para mí como yo para ellas. Y tanto dará que uno sea campesino, el otro cartero, el de más allá lampista o yo inspector de policía. Reposaremos eternamente en ese agujero de la tierra. Y si no fuera así, si un día me indultaran, ¿qué sería de mí? Ni siquiera me imagino regresando a mi Barcelona, solo, para ver lo que han hecho con ella. Sé que nadie podrá cambiarla jamás, que perdurará por encima de estos tiempos tan duros, pero no sé si podría soportar verla tal vez no muerta y aniquilada, pero sí dormida.

Tan dormida como lo estás tú, cariño.

No sé si te lo dije muchas veces, pero te quiero, te quise y te querré. Fuimos de una generación parca y escueta, en la que los sentimientos se mantenían ocultos. Un abrazo era

impensable, y, sin embargo, los necesitábamos. Por eso dormíamos abrazados, y no solo en invierno, para darnos calor, también en verano, cuando era mejor respirar separados. Hoy me siento próximo a ti. Supongo que será por la adrenalina.

¿Sabes? No te estoy escribiendo esta carta. No vas a leerla. La estoy recitando en mi mente, a solas, en mi camastro. Hay muchas formas de hablar contigo y ésta es una de ellas.

El poder de la mente no tiene igual.

—Anda, duerme.

—No seas mala, déjame seguir.

—Es que cuando te pones a divagar, no paras.

—Quimeta…

—Yo también te quiero, tonto.

40

Un día especial

Cuando abrió los ojos tuvo una tiritona. La primera del día. El cielo estaba semicubierto. Por un lado, nubes grises, difusas; por el otro, retazos azulados por los que trataba de penetrar la primera claridad de la mañana. Pese a los jerséis y las pocas maneras que encontraba de sentir un poco de calor, sus manos eran dos carámbanos. Había tenido unos guantes, pero de esa bendición hacía mucho tiempo.

Miquel se imaginó el despertar en los barracones.

Cincuenta hombres apretados, somnolientos, malhumorados, atendiendo a sus necesidades, dispuestos para la achicoria que les servía de desayuno y preparados para enfrentarse al día.

Un día más.

Se levantó del camastro y acudió a la jofaina con la que, al menos, se lavaba la cara. No apetecía mucho mojarse con agua tan helada el resto del cuerpo, pero necesitaba de un mínimo de higiene para que no aparecieran los malditos piojos o los demás insectos que solían acompañarlos. Era un preso especial, destinado a oficinas. Para el resto de penados, un privilegiado.

Cuando llegó a su lugar de trabajo, se dio cuenta de que no había sido consciente de nada de lo que había hecho desde el momento de levantarse. Recordaba el frío del agua, poco más. Actuaba como un autómata, con la cabeza en otra parte, aunque no muy lejos de allí. Abrió la puerta, miró la mesa, el papeleo de siempre, y por fin recordó que ése era un día especial.

Al menos para él.

Para él y para otro hombre.

El sabor de la maldita achicoria le bañaba la boca. Hacía esfuerzos para imaginar que era café, pero resultaba imposible. Soñar era fácil y barato. La realidad era otra.

Tenía que ir a ver a Buendía, pero antes…

Intentó evitar al teniente Santos. Intentó evitar al sargento Peláez. Intentó comportarse como cada día y que su voz sonase de lo más normal. Si Santos sabía que había vuelto a llamar a uno de los cinco primeros sospechosos de la muerte de Gabriel Cisneros, lo interpretaría a su modo. No era estúpido. Ganarse su confianza era una cosa, y tomarle el pelo, otra.

Pero tenía permiso especial para lo que estaba haciendo: investigar.

Meditó por última vez lo que iba a hacer, lo que iba a decir, cómo se disponía a actuar. Visualizó gestos y formas, tonos y pausas. La puesta en escena era importante, pero más la naturalidad. Ninguna estridencia.

Él tenía que confesar.

El asesino de Gabriel Cisneros.

Salió de la oficinita. No era el único que atendía la burocracia del Valle. Había otros. La diferencia residía en que él era el mayor, y con

su aureola de inspector de policía… A veces le miraban con respeto. Otras, con curiosidad.

Miquel llamó a uno de los capataces.

—Aureliano…

—Dime, poli.

—¿Puedes hacer que venga Isidoro Galarza a lo largo de algún momento de la mañana?

41

Una vida por delante

Isidoro Galarza entró en la oficina con el mismo aspecto y el mismo talante de la primera vez. La diferencia fue que ahora no observó el entorno, sino que le miró directamente, con fijeza, manteniendo el rostro serio y aquel frío distante que parecía convertirle en un témpano. Los ojos, de un gris suave, seguían sin ocultar en lo más profundo el cansancio y la tristeza que debía de acompañarle en todo momento.

—¿Cómo estás, Isidoro? —Empleó su nombre de pila.

—Bien, señor.

—¿Sabes por qué te he hecho venir otra vez?

—No.

Miquel dejó pasar unos segundos. El choque de las miradas fue calmado. No eran dos enemigos, aunque, ahora, uno fuese el inquisidor y el otro el acusado.

Un acusado que todavía no sabía que lo era.

¿O quizá sí?

—Sé que mataste a Gabriel Cisneros —dijo Miquel de manera inesperada.

Isidoro Galarza no alteró ni un solo músculo. Nada cambió en él. Nada salvo un destello titilante en sus ojos, rápidamente amortiguado por aquella inescrutable calma. Ni siquiera se defendió. No lo negó ni pretendió mostrar un leve atisbo de sorpresa.

Esperó.

—Vamos, Isidoro —trató de apremiarle Miquel.

—¿Qué quiere que diga? —manifestó con la misma serenidad.

—Te estoy acusando de asesinato.

—¿Puede probarlo?

—No se trata de eso.

—¿Ah, no?

—No hay que probar nada. No es necesario. Aquí estamos tú y yo, solos. Simplemente quiero saber la verdad y cerrar el círculo.

—¿Cerrar el círculo? ¿Qué círculo?

—Es una forma de hablar.

Por primera vez, Galarza se movió en su silla. Se echó para atrás, como si quisiera buscar más distancia con respecto a él. Tenía las dos manos con las palmas sobre las piernas. Manos grandes para un hombre joven.

—Voy a contarte lo que sé, o lo que imagino —dijo Miquel—. Ya me corregirás si me equivoco. ¿De acuerdo?

—Por mí… —Se encogió de hombros.

—Primero, Gabriel Cisneros —comenzó a hablar despacio—. Apresado tras la caída de Santander en agosto del 37, fue ingresado en el campo de concentración de La Magdalena, de donde fue trasladado al acabar la guerra al de Corbán, y de allí al de Manzanedo primero y al Penal de Torrelavega después. Es decir: muchos cambios antes de acabar aquí. Demasiados. ¿La razón?

Imagino cuál pudo ser. Pero, antes de hablar de ella, pasemos a ti. —Hizo otra pequeña pausa—. Me dijiste que, tras la batalla de Bilbao, no pudiste irte con tu padre y tus hermanos, que ellos se dirigieron al oeste, hacia Santander, mientras que tú lo hiciste en dirección contraria, hacia el este. Después de que te cogieran, tuviste tu propio calvario, pero lejos de ellos. Así pues, en todos los interrogatorios que he hecho, en ninguno ha salido la palabra «Santander», salvo en el tuyo, aunque fuese tangencialmente, porque tú no estuviste allí. Tu padre y tus hermanos sí.

Isidoro Galarza se cruzó de brazos.

Era su primer signo realmente defensivo.

—¿Va a continuar o espera que diga algo?

Miquel apreció su resistencia, su aplomo.

—Es evidente que tu padre y tus hermanos sí fueron a parar a una de esas cárceles en las que estuvo Gabriel Cisneros. Cualquiera de las cuatro, da igual. Y los mataron. A todos. Demasiada coincidencia como para obviar que tú asesinaste a Cisneros nada más llegar aquí, tras oír su nombre. Nunca le habías visto, me consta, pero, cuando te contaron que tu familia en pleno había muerto, también debieron de decirte el nombre del delator. Porque Cisneros era eso, un delator, ¿verdad?

Isidoro Galarza quemó su última defensa. La mayoría de las personas que mataban por una causa justificada, al menos para ellos, llegado el momento de la verdad, cuando ya no había vuelta atrás y se sentían atrapados, lo que querían era contar su propia historia. Lo necesitaban.

Era su expiación final.

—Es usted listo —reconoció.

—No, no tanto. Nadie de los que forman tu barracón ha estado en Santander, ni siquiera tú. Pero mencionaste el nombre de la ciudad al hablar de la huida de los tuyos. Fue suficiente, aunque estoy oxidado y he tardado en atar cabos. Sin embargo, la clave residía en esos múltiples cambios de cárcel por parte de Cisneros. Eso solo podía deberse a una cosa.

—Él los delató, sí.

—¿Dónde?

—En la misma Magdalena. —Suspiró—. ¿Cómo imaginar que uno de los nuestros fuera a convertirse en un soplón, un confidente? Los fascistas se empeñaban en convertirnos. A los que no enviaban al paredón se les lavaba el cerebro a base de religión y otras leches. Yo, por ser joven, era «reutilizable», «aprovechable». Bien que lo intentaron. —Volvió al tema central—: Alguien me contó que en La Magdalena uno de los presos se había hecho amigo de todos, que era dicharachero y simpático, que estaba en todas partes. Los presos que eran irreductibles, como mi padre y mis hermanos, hablaban sin cortapisas. Lo hicieron delante de él y… —Chasqueó la lengua—. Una vez hecha limpieza en La Magdalena, le mandaron a la siguiente cárcel, y se repitió la historia. Así fue como su nombre empezó a hacerse famoso, por asociación. Cada vez que cumplía un trabajo o se sospechaba de él, le cambiaban de prisión. Debía de estar ya quemado en las cárceles de Santander, por eso imagino que le mandaron lejos de ellas. Aquí habría hecho lo mismo, señor Mascarell. —Le miró con acritud—. No solo hice justicia por mi padre y mis hermanos. También le he salvado la vida a los que en esta mierda de lugar hubiesen hablado de más.

—Cuando te interrogué…

—Me preguntó si le había visto antes, no si había oído su nombre. Así que no le mentí. —No le dejó acabar la frase.

Miquel esbozó una sonrisa.

—Eres listo, muchacho.

—¿Es un halago?

—No sé si lo es, porque a veces, para ser listo, uno ha de haber pasado por lo suyo, como tú.

Galarza bajó la cabeza por primera vez. Se miró las manos, sucias, las uñas ennegrecidas, los sabañones que le abultaban y deformaban un par de dedos. Pegando tiros desde los catorce años. Y estaba allí, en Cuelgamuros, sin haber vivido.

Pero habiendo odiado toda su corta existencia.

—Supongo que se acabó, ¿no? —dejó ir.

—Sí.

—De acuerdo, ya me da igual —se resignó de una manera cargada de dolor.

—No ha de darte igual —manifestó Miquel—. Te queda una larga vida por delante, hijo.

Hijo.

El preso levantó la cabeza.

Ceño fruncido.

—¿No va a delatarme?

—No.

—¿Por qué?

—Tú lo has dicho: has ahorrado muchas muertes aquí, en el Valle. Lo único que has hecho ha sido ajusticiar a un traidor.

Isidoro Galarza no le ocultó su sorpresa.

—¿Habla en serio?

—Pues claro.

—Pero si le encargaron investigar el incidente…

—Un asesinato en un barracón de más de cincuenta personas, sí.

—Usted era policía.

—¿Y qué? No siempre se encuentra al malo. Esto no es una película.

—¿Y si se la carga?

—Pues me la cargaré y ya está.

—¿Se la va a jugar… por mí?

—Me la jugaría por cualquiera si con eso defiendo la razón y se hace justicia.

Seguía la sorpresa, pero ahora envuelta en una clara sensación de alivio, como si Galarza hubiera revivido.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro.

—Si no hubiera sido el caso, es decir, si no se hubiera tratado de matar a una rata y sí de un simple ajuste de cuentas entre presos, ¿le habría contado la verdad al teniente Santos?

—No, tampoco. No soy un delator. Incluso aquí hay códigos no escritos.

—¿Entonces por qué aceptó meterse en este embrollo?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Los presos dicen que se ha tomado muy en serio la investigación. Dudan de usted.

—Cuando vean que no hay ningún detenido, quizá interpreten la verdad.

—¿Y los que no? ¿Y los que crean que ha colaborado con los fascistas?

—No se puede tener contento a todo el mundo.

Hubo un brillo final de admiración en la mirada. Isidoro Galarza ya no era un témpano. Poco a poco se transmutaba, se abría, daba paso al ser humano que todavía anidaba en él.

Más allá de todo, aparecía la esperanza.

Esa rara palabra.

—Gracias, señor. —Fluyó la voz del joven como en un susurro.

—No hay de qué.

—Si salgo de aquí y algún día tengo un hijo, le juro que se llamará Miguel.

Miquel se echó a reír.

—¡Pues no eres el primero que me lo dice! ¡A este paso habrá un montón de Migueles en España!

Su risa contagió a Galarza.

Fue la última explosión de libertad.

Luego Miquel se puso en pie y dijo:

—Deberías volver al trabajo, Isidoro.

42

¿Y si resulta que, después de todo, hay un Dios?

Nicanor Buendía estaba postrado en uno de los camastros. Boca arriba. Tenía los ojos fijos en el techo y muy abiertos, como si, en lugar de ver tan solo aquella pared deteriorada y llena de manchas, estuviese viendo una película de su amada Carole Lombard, la mujer de sus sueños. Miquel se sentó a su lado y esperó a que su amigo volviese la cabeza hacia él.

Lo hizo despacio.

Y sonrió.

—¡Eh! —musitó sin muchas fuerzas.

—¿Qué excusas tienes hoy para no ir a trabajar? —le preguntó Miquel.

—Mira tú: que les den por el saco.

—A ver si te oyen y te fusilan.

El anarquista sonrió un poco más.

—¿Ahora te da por ser divertido?

—Siempre lo he sido. Lo que pasa es que no se me nota.

Se quedaron mirando unos segundos, con fijeza. Buendía dejó de sonreír y a Miquel se le acabaron las ganas de parecer ocurrente, como si no pasara nada. Fue el moribundo el que le cogió la mano.

Los dos contuvieron la emoción.

—Adiós, catalán —exhaló Buendía.

—¿Ya no soy el poli, el inspector, Mascarell…?

—Que te lo digo con respeto, coño.

—Ya lo sé, hombre. Pero no tienes que decirme adiós. Volverás.

El enfermo levantó las cejas como muestra de escepticismo.

—¿Estás loco? —proclamó—. ¿Con un solo brazo y los pulmones hechos mierda? En cuanto salga de aquí no llego ni al primer árbol. Como que van a darme matarile, o me dejarán tirado, que ni una bala querrán gastar.

—¿Seguro que no estás fingiendo para poder escapar?

—Me has pillado.

—A mí no me engañas.

—Ya ves tú. —Hizo una pausa acompañada de una mueca de dolor que trató de contener—. Es una mierda que no fumes. Lo bien que me iría ahora un pitillo.

—Sabes que te lo daría.

Nicanor Buendía se pasó le lengua por los labios. Hacía frío, pero estaba sudando a causa de la fiebre. Apenas si tenía ya carne por entre los huesos y la piel. Se le había evaporado de golpe. Con su única mano, se frotó la cara. Una mano agrietada y ennegrecida, con las uñas tan sucias como las de todos los obreros y las puntas de los dedos amarilleadas por el tabaco.

—Catalán…

—¿Qué?

Le miró con ojos extraviados. Parecía como si sus pulmones se estuviesen desintegrando. La voz era un hilo, aunque seguía siendo lo grave que había sido siempre.

—Mira que si resulta que, después de todo, Dios existe…

Miquel contuvo su asombro a duras penas.

—¿Ahora me sales con ésas?

—Bueno, no sé, es un decir. Puestos a pensar…

—¿Y lo piensas en este justo momento?

—Ya ves.

—Pues, si lo hay, lo tienes mal, camarada.

—Sí, ¿verdad?

—Menuda sorpresa.

—¡Uf!

—¿Qué le dirías?

—Que por qué no hizo las cosas mejor, joder.

—¿Eso le dirías a Dios?

—¿Te parece poco?

—No es la mejor forma de entrarle.

—Me va a mandar al infierno igualmente.

—Eso sí.

—Pues entonces… ¿qué más da?

—Bueno, tranquilo. Tú te lo tomas con calma, ¿eh? Si no hay nada, pues ya está. Se apagaron las luces. Y, si hay algo…, será interesante, ¿no?

—Será la hostia, catalán. Será la hostia… Porque me voy a despachar a gusto. Escucha. —Le aferró el brazo con la reserva de sus fuerzas y dilató las pupilas—. Tú vas a vivir, ¿de acuerdo? Vas a salir de aquí, y resistirás, volverás a tu Barcelona, que más que una ciudad parece una amante por cómo hablas de ella. Vivirás y recordarás esto, esta ignominia, porque se necesita de los vivos para honrar a los muertos, y para no perder la memoria, y se necesita del

tiempo para que la verdad salga a la luz tarde o temprano. Ése será tu deber, Mascarell. Un día tendrás ochenta años y seguirás pensando en mí, y contarás lo que pasó aquí, lo que… —Le llegó la tos, y también la sangre borboteando por entre sus labios secos. Los ojos perdieron intensidad. La mano dejó de sujetarle con fuerza. Con apenas un hilo de voz, todavía murmuró—: Dales por el culo…, Mascarell.

La tos hizo que reapareciera el médico.

—Hemos de llevárnoslo —le dijo a Miquel.

Nicanor Buendía había cerrado los ojos. Respiraba fatigosamente. Miquel le lanzó una última mirada.

Después de Quimeta, era la única persona por la que podía llorar.

Pero no lo hizo.

En el Valle no se podía gastar nada que se necesitase.

Como, por ejemplo, una lágrima.

43

Un poco decepcionado

Le esperaba, tarde o temprano, y no le sorprendió que fuese lo segundo.

El teniente Santos.

Para disimular, había entrevistado a media docena más de presos del barracón del asesinado. Media docena, de manera aleatoria. No era necesario, pero tenía que cubrirse las espaldas. Había seguido casi las mismas rutinas que con los cinco sospechosos iniciales. Casi. Les hacía preguntas, ellos contaban su historia, siempre dura, siempre terrible, siempre dramática, y eso era todo. En el Valle no había milagros ni un preso sin un dolor en el alma. Lo que él solía llamar «el dolor invisible».

Antonio Santos se le acercó entre marcial y… ¿amigable? Buendía decía que era peor un fascista sonriente que un fascista enfadado y sin careta, porque si sonreían eran imprevisibles y, por lo general, llevaban la guadaña escondida por detrás.

—¿Mascarell?

—Diga, teniente.

No se anduvo por las ramas. Parecían estar muy ocupados todo el día. En especial, el sargento Peláez, persiguiendo y castigando a los

más débiles o a aquellos a los que cogía ojeriza.

—¿Cómo están las investigaciones?

—Siguen su curso, pero…

—¿Pero?

—O hay un milagro o no creo que llegue a ninguna conclusión.

—¿En serio?

—Es lo que hay, teniente.

—¿No tiene ninguna pista? ¿No hay ningún sospechoso?

—No, lo siento. Hasta ahora todos a los que he interrogado dicen más o menos lo mismo: no conocían al penado Gabriel Cisneros, y de noche dormían como troncos, agotados como están al acabar cada jornada de trabajo.

Empleaba las palabras adecuadas, «cada jornada de trabajo».

—¿Cómo ha centrado la investigación?

—Bueno, en primer lugar he examinado los expedientes de todos los presos del barracón y he seguido sus historiales para ver si, en algún momento, se cruzaban con el del muerto. Y nada. No hay relación alguna. Gabriel Cisneros estuvo preso en varias cárceles de Santander y ninguno de los hombres del barracón coincidió con él. Eliminada esta posibilidad, solo me ha quedado ver si pudo pasar algo antes de la guerra. Pero esto ya es más remoto. La causa de la muerte es un misterio.

—¿Colaboran?

—Sí, sí, señor. Ninguno se ha mostrado reacio a hablar. A nadie le hace gracia ser sospechoso de un crimen.

—Nosotros podemos sacarles la información que haga falta —le recordó.

«Nosotros».

Por suerte no iban a torturar a cincuenta hombres que se necesitaban para el trabajo, y más tratándose, en el fondo, de la muerte de un rojo, por muy confidente que fuese.

¿Sabía Santos que Cisneros era eso, un confidente?

Sus superiores, sí. Probablemente él también.

—Me quedan todavía muchos interrogatorios. Quizá haya suerte.

—¿Qué le dice su experiencia?

—Que la suerte no existe.

—¿De qué manera ha procedido aparte de buscar un punto de coincidencia temporal? ¿Cuál ha sido el hilo a seguir?

—He empezado por los más próximos al camastro del muerto.

—Ya, claro.

Lo dijo mirando al suelo, bajando la cabeza. Antonio Santos se mostró contrariado. Si supiera que había interrogado a Isidoro Galarza dos veces, le preguntaría la causa. Pero estaba claro que no lo sabía.

A veces, la suerte existía.

—Ya le dije, cuando me encargó investigar el suceso, que sería difícil…

—De usted decían que era el mejor inspector de policía de Barcelona. —Le miró a los ojos.

—Eran otros tiempos.

—Peores.

—Tanto da si eran mejores o peores. Lo eran. Esto es diferente. Además, hace años que no ejerzo. Estoy solo, más viejo, cansado, sin medios. Aquí no basta con hacer preguntas y escrutar a cada hombre para saber si miente. Nadie quiere problemas. Todos trabajan por lo mismo: redimir condenas por medio del trabajo. El

que mató a Gabriel Cisneros tendría sus razones, a saber cuáles, pero no dejan de ser cuitas entre dos hombres del mismo bando.

—Sea como sea, estoy un poco decepcionado, Mascarell.

—Lo siento, teniente.

—Esperaba más de usted.

Miquel no supo qué decir.

—¿Seguirá interrogando al resto?

—Sí, claro.

—Y nos dirá lo que descubra.

—Por supuesto.

Volvió a mirarle. Por primera vez hubo un atisbo de duda en sus ojos.

—¿No intentará proteger a nadie?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Ustedes… —Se encontró con el semblante serio de Miquel y, por una vez, no acabó la frase.

«Ustedes, los rojos…».

«Esa rara especie de malos españoles…».

—Le aseguro que haré lo que pueda —dijo Miquel—. Aunque ya he recibido quejas de los capataces por hacer perder el tiempo a tantos hombres.

—Le diré la verdad —mesuró Santos sus palabras—. Me da igual si se matan entre sí dos comunistas, pero, ya ve, me gustaría saber sus razones. Descubrir al asesino no habría estado mal.

Gabriel Cisneros era un confidente. Si lo habían mandado al Valle como tal, no les daba igual. No podía serles indiferente. Ésa era la razón de aquella investigación.

—No desespere —se atrevió a decir Miquel.

Antonio Santos volvió a sonreír. Se trató más una mueca. El tono de su porte fue altivo y el de su voz condescendiente. Habló desde una clara superioridad moral.

—Es usted un personaje curioso, Mascarell. —Seguía pronunciando bien el apellido—. Inteligente, culto… Un desperdicio que estuviera en el bando equivocado.

—Yo no estaba en el bando equivocado, teniente.

—¿Ah, no?

Miquel escuchó la voz de Quimeta en su mente:

«¿Quieres hacer el favor de callarte? ¿Tantas ganas tienes de reunirte conmigo? ¡A mí no me vengas lleno de agujeros de bala, que parecerías un colador!».

Quimeta siempre decía lo justo.

Pero acertaba.

—Se lo dije una vez: solo era policía, y la policía defiende la ley mande quien mande.

—La ley de la República —dijo Santos.

«¡Cállate!».

Se calló.

A veces no era cuestión de miedo, sino de no meter la pata innecesariamente.

Antonio Santos dejó pasar aquellos largos segundos.

—Si encontrara al asesino, su vida aquí podría ser incluso mejor —suspiró finalmente—. Y ya le digo que es mera curiosidad —le recalcó para que siguiera quedando claro que no le importaba nada que ellos se mataran entre sí.

«Cisneros era un confidente, claro que les ha importado».

—¿Han dicho algo de Madrid o de alguna otra parte? —se atrevió a preguntar Miquel.

—¿De Madrid? No. Un incidente molesto y poco más. Después de todo, no son pocas las cárceles en las que hay venganzas y ajustes de cuentas. Lo bueno es que en las cárceles se sabe todo.

—Aquí es más difícil.

La conversación se estaba alargando demasiado. Miquel mantuvo el temple. De hecho, todo estaba dicho. «Estoy un poco decepcionado». Lo demás sobraba. Si Santos sabía que mentía, o le haría la vida imposible, quitándole el privilegio de trabajar en una oficina, o activarían la sentencia de muerte. Todo pasaba por mostrarse natural.

Y de eso sabía mucho.

El inspector impertérrito.

«Cara de palo», decían algunos de sus agentes.

—Interrogue hasta el último hombre de ese barracón, Mascarell —inició la despedida el oficial.

—Lo haré, señor.

—Y al menor indicio o sospecha…

Miquel asintió.

Seguía de pie, soltando bocanadas de aire, un minuto después de que Antonio Santos le dejase solo.

44

Carta

Querida Quimeta:

Solo quería desearte buenas noches.
Espero que no sientas el frío que hace aquí.

Día único

Miércoles, 1 de abril de 1964

45

—Así que fue Isidoro Galarza.

—Sí.

—Y nunca lo dijiste.

—No.

—Ni a mí.

—Tampoco se lo habría dicho a Buendía.

—¿No te fiabas?

—De vosotros, sí. —Se encogió de hombros—. Pero de ellos, no. Podían cogerte por cualquier tontería, torturarte y sacarte hasta el nombre del cura que te bautizó. Era mejor no correr riesgos, ni comprometeros, porque en el Valle lo que no se sabía no podía hacerte daño. Me lo guardé para mí y todos felices.

—Pues le salvaste la vida al chico.

—Lo sé. No por el asesinato en sí, sino porque, a fin de cuentas, Cisneros era un maldito confidente. A saber lo que habría contado de los presos a medida que le hubieran cogido confianza.

—Hijo de puta…

—Debió de mandar a muchos al paredón en las cárceles en las que estuvo.

—Galarza hizo justicia —dijo Campoamor—. Y tú también al no denunciarle.

—Supongo —lo aceptó Miquel.

—¿Sabes? Jamás lo hubiese imaginado. Había muchos más candidatos a rajarle el cuello al Cisne.

—Si los que tienen cara de buena persona fueran santos, y los que la tienen de malo fuesen demonios…, la vida sería más sencilla, sobre todo para la policía. Pero ya ves que no es así. Nunca va a ser así.

—¿Has sabido algo de él?

—No. Salió antes que yo. A saber dónde para.

—Te debe la vida.

—Supongo, sí.

—Imagino que de Santos o Peláez…

—Nada. —Se estremeció Miquel.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Lo digo porque como estás casado en segundas nupcias…

—No seas tonto. ¿Qué quieres saber?

—Las cartas que le escribías a tu mujer…

—¿Sí? —lo apremió al ver que volvía a detenerse.

—¿Te las llevaste del Valle?

—No.

—¿Por qué?

—¿Estás loco? En primer lugar, me las habrían requisado igual. En segundo lugar, si hubieran podido leerlas, me habrían enviado al paredón por muchas de las cosas que decía en ellas. Me dijeron que iba a salir al día siguiente, sin más, y esa noche las quemé.

—¿En serio? —Arqueó las cejas Campoamor.

—¿Qué querías que hiciera? —lo justificó—. De todas formas me las sabía de memoria. De hecho, las tengo aquí. —Se tocó la frente con el dedo índice de la mano derecha—. Fue un alivio escribirlas. Me hicieron sentir vivo, próximo a ella. Luego… Ya te lo he dicho esta mañana: el comienzo en Barcelona tras mi libertad fue muy triste, lo más amargo imaginable, hasta que Patro me ofreció la oportunidad de vivir con ella, aquí, en este piso. Primero fui un realquilado. Dos personas maltratadas por la guerra que se unían para no estar solas. Un *quid pro quo* protector. Luego, por raro que te parezca, nos enamoramos. —Se había enamorado de Patro ese día de enero del 39, al verla desnuda en aquel balcón, pero eso no se lo dijo—. Así que nos casamos y hemos sido felices hasta ahora.

—Oye, ¿y por qué te liberaron?

—Es una larga historia. Buscaban un cabeza de turco para un turbio caso de asesinato en el mundo del estraperlo, y no se les ocurrió nada mejor que indultarme del todo para que volviera a Barcelona y me metiera en él. ¿Qué mejor que un viejo inspector recién salido de donde fuese para colgarle todos los muertos posibles? Pero les salió el tiro por la culata. Y aquí sigo.

—Aquí seguimos.

—¿Crees que tuvimos suerte?

Miquel se encogió de hombros.

—Sales a la calle, cruzas la calzada y te atropella un coche. Mala suerte. Sales a la calle, te agachas para recoger una simple moneda de cinco céntimos, y eso hace que ese atropello no se produzca, por cuestión de un par de segundos. Buena suerte. Lo malo del segundo caso es que no lo sabes. Sonríes por haber encontrado una moneda y sigues andando. Creo que sobrevivir cada día ya es tener suerte. Y,

en medio, está la propia vida, que es lo que tenemos entre el despertar y el acostarnos.

—Eso de que hiciste de detective…

—¿Sabes la mercería en la que has estado? Pues es nuestra, de Patro y mía. Entre eso y lo que hice durante algunos años como pies planos —utilizó un término muy hollywoodiense—, nos las hemos apañado bien. Mi socio, David Fortuny, todavía me pide ayuda de vez en cuando. O consejo. El instinto nunca muere. Fortuny había sido agente cuando yo era inspector, me lo reencontré y acabamos trabajando juntos. La vida hace extraños compañeros de viaje. Dice que es de derechas. —Sonrió—. En el fondo es un superviviente, como todos. Labia y cara dura no le faltan. Se casó con una viuda comunista más roja que un tomate.

—Deberías escribir un libro.

Miquel prefirió no decir nada.

—Pero con Franco todavía vivo… —continuó su visitante.

—25 Años de Paz —dijo Miquel.

—Los tienen cuadrados —asintió—. ¡Matando a todos los que les sobraban…!

Los que sobraban.

¿Cuántos?

¿De verdad eran un millón?

Se quedaron callados de pronto.

Y, en aquel momento, Argimiro Campoamor debió de pensar que tenía que irse, que ya estaba bien de hablar del pasado y de la muerte cuando lo que debían celebrar era la vida.

Su nueva vida.

A pesar de todo.

Buendía seguía allí en medio:

«Cada uno de nosotros que sobreviva será una pequeña victoria, una patada en los huevos de la dictadura. Por eso hemos de resistir, Mascarell. Por eso».

Miquel también pensó que, por un día, había sido demasiado. Una vuelta de trescientos sesenta grados para regresar al infierno de aquellos años.

—Se ha hecho tarde —suspiró Campoamor.

—¿Qué hora es? —Miquel le echó un vistazo al reloj. No dijo nada.

—Menudo día de cháchara hemos pasado.

—Nos hemos puesto a la última.

—Y que lo digas.

Se quedaron mirando. Casi veinte años sin verse. Y posiblemente no volverían a verse jamás.

¿Quién podía saberlo?

Pero habían sobrevivido al Valle, y eso los hermanaba.

—Gracias por venir, Campo.

—Gracias a ti por contarme lo de Cisneros, inspector.

—El crimen del Valle de los Caídos.

—El crimen del que nadie ha oído hablar jamás, porque se quedó allí, oculto en la historia.

Argimiro Campoamor fue el primero en levantarse.

Agradecimientos

Es difícil resumir en una novela todo lo que fue el Valle de los Caídos, lo que significó para los que se vieron obligados a trabajar en él y para las familias de los que, una vez muertos en la guerra, acabaron haciéndole compañía al dictador de manera ignominiosa en el caso de los vencidos. No he pretendido hacer un documento histórico. Siempre digo que, en la serie Mascarell, escribo novelas policiacas dentro de un contexto histórico, que no es lo mismo que hacer novelas históricas. De todas formas, lo reconozco, ésta se encontraría entre los dos extremos.

Me ha preguntado mucha gente qué sucedió entre *Cuatro días de enero* y *Siete días de julio*, las dos primeras novelas de la serie Miquel Mascarell. Es decir, qué sucedió estando Miquel en el Valle de los Caídos. Este libro surge de estas inquietudes de los fans de mi personaje, pero debo aclarar que en modo alguno pretende ser parte de la colección. *Cuatro días de enero* tiene lugar en 1939 y *Siete días de julio* en 1947. He situado esta novela en 1944 para satisfacer la curiosidad de mis lectores y para pagar mi deuda con Miquel. Por esto la ubico aparte, como un paréntesis dentro de la serie.

Mascarell, con elle no habría sido posible sin los testimonios de un sinfín de personas, tanto en internet como en estudios de la Guerra

Civil o libros. Trataré de mencionarlos a todos a continuación.

En primer lugar, los libros *La verdadera historia del Valle de los Caídos*, de Daniel Sueiro (Sedmay Ediciones, 1976), y *Los esclavos de Franco*, de Rafael Torres (Oberón, 2000).

Siguen los nombres de Teodoro García Cañas, Eduardo de Guzmán, Hugh Thomas, Jesús Cantelar Canales, Eduardo Sáez de Arana, Alejandro Sánchez Cabezudo, Manuel Romero, Benito Rabal, Manuel Lamana, Miguel Gila, Francisco Ortega Benito, Vicente Díaz Cuenca, Marcial Díaz, Mirta Núñez Díaz-Balart, Antonio Ontañón Toca, Tario Rubio, Andrés Ortolá, Norman Bethune, Robert Capa, Arthur Koestler, Paul Preston, Leopoldo Nunes, Mario Neves, Marcel Dany, Jacques Berthet, Jay Allen, Herberth Southworth, René Brut, Jean d'Esme, John T. Whitaker, François Mauriac, Francisco Pilo, María de la Luz Mejías Correa, Eusko Gudarostea y los dibujantes, ilustradores y pintores de Valencia en 1939, mencionados especialmente en un momento de la novela. En este sentido debo señalar que las historias que cuentan los cinco sospechosos del ficticio asesinato de este relato son reales, además de la del personaje de Gabriel Cisneros.

Querría hacer una mención especial para Margarita Cruells, siempre auxiliando mis necesidades logísticas, lo mismo que para Hortensia Galí, que fue la primera en leer este libro, y Francesc Gómez.

Todos los personajes de la novela son inventados, a excepción de Ángel Lausín, médico del Valle; Luis Orejas, su practicante; y Gonzalo de Córdoba, el maestro desde 1943. Mis respetos para ellos.

Mascarell, con elle es una obra de ficción, pero todo lo que se cuenta en ella es real. Sucedió.

Y Cuelgamuros sigue ahí.

Vallirana y Barcelona,
agosto y septiembre de 2024

Esta es la novela que faltaba en la serie del exinspector Mascarell.
Situada entre las dos primeras, *Cuatro días de enero* y *Siete días de julio*, nos ofrece el retrato final de una época y refleja el valor de su protagonista como héroe inesperado de su tiempo.



1964. Se celebran en España los 25 Años de Paz, lema con el que el franquismo quiso conmemorar el final de la Guerra Civil un cuarto de siglo después. Un visitante inesperado llega entonces a casa de Miquel Mascarell, retirado y con ochenta años. Fue su compañero de prisión en el Valle de los Caídos. El visitante le pregunta por el asesinato que tuvo lugar a fines de 1944 en el Valle y que investigó

Miquel. Esta pregunta devuelve al anciano exinspector a los días de su cautiverio, cuando le escribía cartas a su difunta esposa y era uno más de los presos de la megalómana obra franquista. ¿Resolvió aquel crimen? ¿Quién lo hizo y por qué?

A través de los testimonios de su investigación nos asomamos a las páginas más oscuras de la guerra, como la batalla de Bilbao, la cruenta matanza de Badajoz o la triste Desbandada de Málaga. *Mascarell, con elle* se convierte así en un relato estremecedor que también ejerce de memoria histórica, como sucede en todas las obras protagonizadas por el personaje más humano de la literatura policiaca española.

«No solo es un acierto dentro del género policiaco español, sino también una recreación formidable de unos años de los que hay muy poca narrativa, y mucho menos crítica social».
IRENE DALMASES, *EFE*

Jordi Sierra i Fabra (Barcelona, 1947) es uno de los autores más leídos y populares del panorama literario español y, con dieciséis millones de libros vendidos y casi sesenta premios literarios, uno de los más sorprendentes por la versatilidad de su obra, que aborda todos los géneros. Viajero impenitente, circunstancia que nutre buena parte de su extensa producción, y comprometido con la realidad, ha creado dos fundaciones en Barcelona y Medellín (Colombia) para impulsar la lectura y ayudar a jóvenes escritores a dar los primeros pasos (anualmente otorga el premio literario que lleva su nombre a un autor menor de dieciocho años). Por esta obra social, sus fundaciones merecieron el Premio IBBY-Asahi de Promoción de la Lectura en 2010, máximo galardón internacional en la materia, y la Fundación Jordi Sierra i Fabra fue condecorada en 2015 con la Medalla de Honor de Barcelona en reconocimiento a su labor. Premio Nacional de Literatura Juvenil en 2007 y cuatro veces candidato al Premio Andersen, el autor también recibió en el Premio Cervantes Chico en 2012, el Premio Iberoamericano de Literatura en 2013, la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes en 2017, la Creu de Sant Jordi en 2018 y el Premio Antonio de Sancha, de la Asociación de Editores de Madrid, en 2024. Su trayectoria como autor policiaco se vio recompensada con el Premio González Ledesma en 2020.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Jordi Sierra i Fabra
Autor representado por IMC, Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Composición fotográfica a partir de imágenes de © Alamy / Victor Hernando e © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03777-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Mascarell, con elle

Día único. Miércoles, 1 de abril de 1964

- Capítulo 1
- Capítulo 2

Valle de los Caídos. Octubre-noviembre de 1944

- 3. Carta
- 4. Si no fumas, no eres hombre
- 5. Mascarell, con elle
- 6. ¿Y lo que te gusta discutir?
- 7. Carta
- 8. Ella no sabe que está muerta
- 9. El buen español
- 10. Aquella muchacha de enero del 39
- 11. Carta
- 12. La cosa se va a complicar
- 13. Con el pico en la cabeza
- 14. Hablas como un líder
- 15. Carta
- 16. De *Las uvas de la ira a Cinco semanas en globo*
- 17. Se dicen muchas cosas
- 18. La puntería de Amancio
- 19. Carta
- 20. ¿Cuánto amor se necesita para vencer al tiempo?
- 21. Para mantenerme en pie y seguir vivo
- 22. Mientras no me entierren aquí…

Día único. Miércoles, 1 de abril de 1964

- Capítulo 23

Valle de los Caídos. Noviembre-diciembre de 1944

- 24. Nos toca dar ejemplo
- 25. ¡No te jode…!
- 26. La lógica, sí

27. Carta
28. Ir paso a paso
29. Cuéntame un chiste
30. El chico de pueblo
31. Carta
32. El final de la madurez
33. Es necesario contarlo
34. Tenía las manos muy largas
35. Carta
36. El sol, al menos, sí está ahí arriba
37. El instinto y la lógica
38. Bum-bum
39. Carta
40. Un día especial
41. Una vida por delante
42. ¿Y si resulta que, después de todo, hay un Dios?
43. Un poco decepcionado
44. Carta

Día único. Miércoles, 1 de abril de 1964

Capítulo 45

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jordi Sierra i Fabra

Créditos